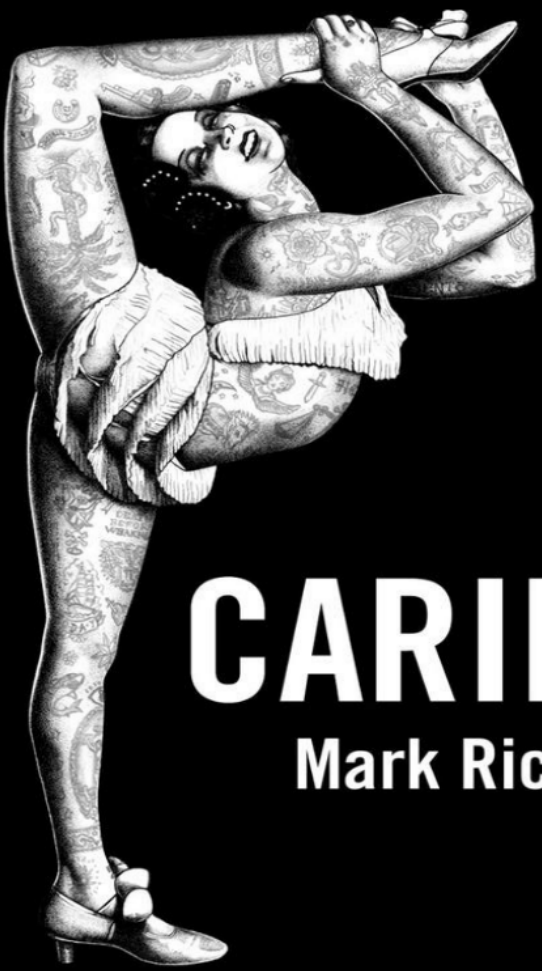
DIRTY WORKS



CARIDAD

Mark Richard

Traducción Tomás Cobos

CARIDAD

MARK RICHARD

Traducción Tomás Cobos

Título original:
Charity

Anchor Books, 1998
Primera edición Dirty Works: Febrero 2019

© Mark Richard, 1998

© 2019 de la traducción: Tomás González Cobos
© de esta edición: Dirty Works S.L.
Asturias, 33 — 08012 Barcelona
www.dirtyworkseditorial.com

Traducción: Tomás González Cobos (por su caritativa ayuda con esta traducción, estoy muy agradecido a Jonathan Gleave, Ione Harris, Javier Lucini y Mark Richard)
Diseño de cubierta: Nacho Reig
Ilustración: © Antonio J. Moreno «El Ciento»
Maquetación: Marga Suárez
Correcciones: Marta Velasco Merino

ISBN: 978-84-19288-14-1
Producción del ePub: booqlab

MARK RICHARD, de ascendencia cajún-creole-francesa, nació en Luisiana y pasó buena parte de su infancia en hospitales para niños tullidos. Debido a la deformidad de sus caderas le dijeron que a partir de los treinta estaría condenado a vivir en una silla de ruedas. No fue así. El día que los cumplió le pilló haciendo autostop para mudarse a Nueva York y ser escritor. No lo tuvo fácil. Su padre, un hombre violento e impredecible, les abandonó una noche de borrachera. Sus motivos: la mala tierra, una mujer triste, varios bebés perdidos, un hijo «extraño» y la marcha del general Sherman. A los trece Mark se convirtió en el locutor de radio más joven del país. Abandonó sus estudios, se metió en problemas y se pasó tres años faenando en barcos pesqueros. Fue fotógrafo aéreo, pintor de brocha gorda, camarero e investigador privado. Asistió al taller literario de Gordon Lish, que le compró un gorro de artillero forrado de lana para sobrevivir al duro invierno de Nueva York y le publicó su primer libro de cuentos. El libro se vendió poco, pero después de que la editorial le transmitiera su poca fe, Norman Mailer le entregó el PEN/Hemingway Foundation Award y Barry Hannah le llamó para dar clases en Oxford, Mississippi. Por las noches se acercaba con su perro a la vieja casa de Faulkner y se asomaba a las ventanas esperando ver fantasmas. Un día, al volver de su paseo, se encontró a Larry Brown sentado en la mesa de la cocina, fumando y bebiéndose su bourbon. En el Sur nadie cierra la puerta de atrás. Al verle, Larry simplemente le dijo: «Hey». Actualmente vive en Los Ángeles con su mujer y sus tres hijos. El día de su boda se dio cuenta de que había conocido a todos sus amigos en bares. Es autor de dos colecciones de relatos, una novela y un libro de memorias.

Los cuentos de esta colección han aparecido, con ligeras variaciones, en las siguientes publicaciones: «Pacto entre caballeros», «Donde el azul es azul» y «Diversión en la playa» en *Esquire*; «La Roca de Plymouth» en *Grand Street*; «Los pájaros por Navidad» en *The New Yorker*; «Caridad» y «Jamás en la vida» en *Harper's*; «Estudio con encanto, 1 hab., ventanas francesas, tranquilo, seguro. Comisión» en *The Literary Insomniac: Stories and Essays for Sleepless Nights*; «Tunga tuggo, lingua dingua» en *The Paris Review*; y «El Día de los Caídos» en *The Oxford American.*

JENNIFER, ROMAN, RAY

Pacto entre caballeros

El niño había recibido una advertencia. Su padre le había dicho que la próxima vez le iba a clavar la mano lanzadora de piedras a la pared del cobertizo, a ver si entonces, con la mano clavada a la pared del cobertizo, era capaz de romper parabrisas y ventanas de los vecinos. ¿A que así no iba a poder?, le preguntó el padre, que había vuelto para descansar unas horas de un incendio forestal que no había logrado extinguir. Maldita sea, ¿sabía el niño cuánto costaba un parabrisas? El padre sujetó al niño de la oreja para que pudiera observar mejor la rotura en forma de telaraña del parabrisas. Lo único que el niño veía mejor, estirado así, eran los remaches que sujetaban los pantalones de su padre, impregnados de olor a humo.

El caso es que tampoco el niño entendía cómo había ocurrido lo del parabrisas. Aquella mañana había estado sentado, con las piernas abiertas en el polvoriento y pedregoso camino de entrada a la casa, jugando a dejar escapar de su puño —transformado en diminuto reloj de arena— un hilo de gravilla con piedras del tamaño de pepitas, jugando a ofrecer un guijarro, como si fuera una semilla, a un cuervo que había bajado volando a espiar, aunque el cuervo no se dejó engañar y se alejó aleteando cuando el niño le arrojó una tormenta de arena, y jugando después a chapotear en la arena como un idiota en la orilla del mar, dejando goterones de arena suspendidos en el aire ahumado, un aire blanco como una cáscara rota de melón que olía igual que la barba y el aliento del viejo.

En el terreno cerca del barranco, donde crecían las piedras buenas, había surgido un amigo, y habían comenzado a medir sus fuerzas de nuevo, entregados a las lecciones de curva y trayectoria, de tal modo que la naturaleza específica de las cosas había ampliado su perímetro respecto al día anterior en aquel cielo de cáscara blanca, hasta que una piedra se escapó de los dedos del niño mientras su mente andaba en otras cosas, una piedra que había dibujado tal trayectoria que hasta el amigo detuvo su bombardeo para observarla mejor.

El tiempo se ralentizó para los dos, mientras la piedra describía un arco hacia el conocido coche familiar, aparcado plácidamente a la sombra de la pacana. El tiempo se ralentizó. Más y más lento. Si el tiempo no se hubiera ralentizado, la piedra habría sorteado el coche, habría pasado por encima de la pacana, por encima de la casa alquilada, por encima de la ciudad y de los bosques incendiados más allá. Pero aquella mañana el mundo era enorme y su gravedad, inmensa. Tras añadir a la curva y la trayectoria las nociones de cúspide y descenso, la roca cayó hasta clavarse en forma de ojo de

cristal roto en el conocido coche familiar, y de repente el amigo se largó soltando las piedras, brincando entre risas, y se escabulló por el barranco en dirección a su casa.

Toda la tarde la cáscara del cielo iba descendiendo con aquel olor a bosque quemado.

¡Maldita sea! ¿Sabía el niño cuánto costaba un parabrisas? De entre todos los días, su padre, con sus vaqueros sucios y gastados, había elegido este para volver a casa antes de tiempo, cubierto de barro y ceniza, machete en la cadera y pistola para serpientes, botas de forestal con cordones de alambre para que no se quemaran, perneras ennegrecidas hasta el tobillo, las suelas de las botas agrietadas de tanto calor y tantas paladas desesperadas, dejando una disparatada topografía de huellas laberínticas en el impoluto suelo de madera.

Maldita sea, ¿qué había en esa cabeza que su padre agitaba entre sus manos como un globo de nieve? Nada, dijo el niño, y grabó en su corazón las palabras del pacto: nunca, nunca más lanzar otra piedra, nunca. Jamás.

En aquellos días el fuego se dirigió al sur y el viejo tuvo que marcharse otra vez, a dormir en bosques y campos que las llamas aún no habían encendido. El niño se situaba en la parte superior del pedregoso camino de entrada y esperaba a que llegara la furgoneta de su padre, con el corazón inmaculado pues había cumplido el pacto: ninguna piedra había pasado por su mano. Sabía que su madre le observaba mientras esperaba a su padre desde la ventana delantera de la casa alquilada. El muchacho había oído a la madre preguntarse si el marido volvería a casa.

Un sábado por la tarde, cuando daba la impresión de que el padre no iba a volver, el niño se situó en la parte superior del pedregoso camino de entrada a observar cómo pasaba una mula que tiraba de un carromato lleno de hombres negros por delante de la casa alquilada, rumbo a la ciudad. Un negro sentado en la plataforma trasera del carromato extendió el dedo corazón en dirección al chico y este le saludó con la mano. Aquel día el viento alejaba el humo de la ciudad y el niño decidió ir a tumbarse al barranco y fingir que estaba muerto en una trinchera del campo de batalla.

El muchacho bajó por el deteriorado camino de entrada, descamisado y descalzo, moreno como un indio, y fue arrastrando los pies hasta que entre el polvo se reveló una piedra con forma de hacha de guerra y cabeza de bebé. El chico se detuvo y tanteó la piedra con la punta del pie. La tanteó, la removió con el pie, hasta que la piedra se desprendió de la tierra del camino. El niño revisó el pacto en su corazón y no descubrió mención alguna a «dar una patada» a una piedra, así que el niño fue dando patadas a la piedra con forma de

hacha de guerra y cabeza de bebé hasta el final del camino de entrada, donde la hierba era alta y densa, crecida en exceso por la ausencia del padre. No había nada en el pacto, nada en aquel acuerdo con su padre que el niño llevaba en el corazón, que hiciera referencia a «transportar una piedra por encima de la hierba», pues no se trataba de otra cosa, así que el niño agarró la piedra para transportarla sobre la hierba, hasta el barranco, donde podría mirarla mientras fingía estar muerto en una trinchera.

Pero el mero hecho de sacar la piedra de su sitio, de extraerla de la tierra ordinaria, daba cierto empaque a la piedra, por lo que pensó que sería mejor ponerla en un sitio especial. No tirarla, nunca tirarla, no, porque eso supondría romper el pacto con su padre que llevaba en el corazón; solo poner la piedra en algún lugar para analizarla después, quizá incluso para ponerse a prueba y nunca, jamás, tirar una piedra otra vez. Así que el niño llevó la piedra al cobertizo del tejado de chapa. No había nada en el pacto sobre «llevar una piedra a un cobertizo como ejemplo de la bondad del niño». Había una caja en el cobertizo donde el niño podía esconder la piedra. Para analizarla después. Y cuando creciera y fuera mayor de lo que el viejo era ahora, podría menear la caja delante de la cara del viejo y decirle: «¿Ves? ¡Aquí hay una piedra que nunca tiré!».

En el cobertizo del tejado de chapa había una cortadora de césped que el padre utilizaba para cortar el ahora descuidado jardín. También estaban las herramientas rotas para apagar incendios que el padre había traído a casa para repararlas. De un clavo colgaba una tira de acero fundido que había sido un casco, deformado ahora por un incendio rabioso que había perseguido a través de tres cortafuegos al padre, con la cabeza descubierta; le había perseguido hasta un río humeante, le había hecho correr por una quebrada naranja y roja en la que su padre se lanzó a la boca accidentada de una cueva, y allí su padre gateó tan al fondo como le fue posible gatear en aquel lugar hediondo, hasta que gateó sobre la cabeza de una osa que intentaba gatear tan al fondo como le fue posible gatear para huir del incendio rabioso que ladraba en la boca de la cueva, listo para entrar. Su padre y la osa gatearon hasta el rincón más alejado de la cueva y se acurrucaron juntos, la osa abrazada al padre, gritando, llorando a grito pelado, según el padre, porque se había dejado al cachorro en la quebrada naranja y roja desde donde ladraba el incendio rabioso y donde el mundo tocaba a su fin.

Y en el cobertizo del tejado de chapa el muchacho vio el sitio donde debería estar aparcada la Cabra, la moto de incendios, grande y amarilla, con sus protuberancias del tamaño de canicas en el dibujo de los neumáticos, con unas jaulas de malla metálica que el viejo había fabricado y soldado en torno a la cadena y los radios para protegerlos

de arbustos y ramas, pues su padre cabalgaba a lomos de la Cabra en frenéticas misiones de reconocimiento de las líneas de vanguardia del fuego, y los domingos en que el mundo no estaba en llamas el viejo y sus discípulos bebían cerveza en el patio de atrás y recorrían con la Cabra el deteriorado camino de entrada, a velocidad suficiente para saltar sobre el barranco, haciendo derrapes y caballitos borrachos en el maizal hasta que la mujer de alguien se ponía a gritar o alguien se rompía el brazo y le parecía muy gracioso.

Al pensar en el lugar en que la Cabra debería estar aparcada, la piedra con forma de hacha de guerra y cabeza de bebé se calentó hasta que no hubo forma cómoda de mantenerla en la mano.

Resultaba mucho más fácil conservar en la mano la piedra detrás del cobertizo del tejado de chapa, donde no había a la vista nada relacionado con el padre, nada de nada a la vista salvo océanos de maíz que solo se hubieran podido cruzar en un barco. Detrás del cobertizo del tejado de chapa había un montón de piedras de la época en que el dueño de la finca derribó el viejo pozo, y él y su padre tenían otro pacto al respecto, sellado con un apretón de manos, que en este caso establecía que no podía ir nunca a aquel lugar de la finca cubierto con tablones gruesos; había serpientes y el agujero no tenía fondo, y hasta el niño sabía que no tenía fondo porque había tirado palos entre los tablones para provocar a las serpientes y que salieran a la superficie.

El niño tenía que decidir cómo esconder su piedra de manera que se distinguiera de todas aquellas rocas ordinarias del pozo que había detrás del cobertizo del tejado de chapa. La inclinación del cobertizo, por la podredumbre, permitía que el niño alcanzara el borde del tejado de chapa si se subía al montón de rocas ordinarias, y eso fue lo que hizo, se encaramó al montón de piedras y estirándose mucho casi llegaba al tejado para esconder allí su piedra, quizá para soltarla allí, no para tirarla, eso no es lo que iba a hacer, solo la iba a soltar hacia arriba, en el tejado, para que se distinguiera de las otras rocas ordinarias del montón, iba a poner la piedra en un sitio especial, y así guardarla para después.

Fue un ruido como de escopeta barata el que hizo el niño cuando soltó la piedra en el tejado de chapa, no de artillería ni de algo apocalíptico aún, solo un buen y bonito disparo que da comienzo a un tiroteo, y de inmediato las piedras ordinarias en el montón al que estaba subido el niño se pusieron celosas, el niño podía sentir sus celos bajo los pies. No querían ser piedras, sino proyectiles, balas y artillería, y el niño se dijo: «Vale, solo un par. Soltar un par de piedras no es lo mismo que tirar un par de piedras a sitios en los que se rompen los parabrisas o las ventanas de la gente». Estaba siendo amable con las piedras ordinarias del pozo, nada más.

Así que el niño comenzó a elevar las piedras desde el montón al que estaba subido hasta el tejado de chapa del cobertizo. Era un tiroteo, una batalla, una guerra, por la forma en que rebotaban y explotaban en el tejado, rebotaban y retumbaban, mientras él esquivaba pistolas y rifles, se agachaba y soltaba piedras, sin esperar a que decayera el estrépito, pues en todo momento había piedras en el aire que rebotaban, que aporreaban. ¡Balas!, decía el niño, ¡granadas de mano!, hasta que se reveló la dovela, la gran piedra central del arco del pozo, y el niño dijo: ¡bomba atómica!, y tuvo que impulsar la pesada piedra con las dos manos, con toda la fuerza de aquel día, con tanta fuerza que su pie resbaló en las piedrecillas sueltas y el niño se cayó del montón de piedras. La piedra del juicio final no alcanzó el borde del tejado de chapa. Se precipitó hacia abajo, justo en la cabeza cortada a cepillo del niño caído.

El mejor médico blanco de la ciudad era el abortista, que vivía en una casa a la que se subía por unos escalones de madera enfrente de los juzgados. Hacía un calor pegajoso y el médico dormía pegado al papel sucio de la camilla de exploración.

Impecables despegues aéreos desde la pista de asfalto de Florida, zumo de naranja caliente con su pulpa, el soplo blanco y fresco del giro del ventilador sobre las pantorrillas desnudas de la Enfermera Bedpan… así eran los sueños de morfina de este antiguo médico de la aviación, ahora en tierra tras un brusco y tembloroso aterrizaje onírico cuando el coche familiar verde saltó el bordillo de la calle y chocó contra el inmueble de madera del médico, debido a las dificultades para conducir con un parabrisas estallado en fisuras brillantes y opacas, que obligaban a la madre a sacar la cabeza por la ventana para comprobar la dirección, con una mano en el volante y la otra apretando una bonita toalla rosa —ahora echada a perder— enrollada a modo de turbante en la cabeza del niño, manejando además la palanca de cambios, con más pelotas que todos nosotros, según diría después el viejo sobre ella, sobre su conducción, sobre cómo hizo que se apartaran de un salto los jóvenes negros en la acera, donde habían llegado a bordo de carromatos tirados por mulas o a pie para callejear y escupir, jóvenes negros que se apartaban al paso del coche familiar revienta-rótulas de color verde y guardabarros aplanado, cuyo morro generó un estrépito que sacó al médico del lugar donde había pedido al dulce Morfeo que le llevara hasta su querida Enfermera Bedpan, despierto ahora por el estrépito del viejo inmueble y sus canalones, donde se escondían los alados nocturnos, los murciélagos, colgados a cientos y miles por la calle principal todo el día si sabías dónde mirar, que salían a revolotear en busca de las toneladas de mosquitos que generaban al anochecer las zanjas y el agujero embarrado de la tercera

base en la cancha de béisbol, pero de día solo veías los murciélagos si los buscabas, una alita por aquí y otra por allá, plegadas sobre un canalón doblado, una larga fila de negro betún calafeteando las vigas del techo —aunque sin calafetear realmente—, una fila de miles de cabecitas colgadas hacia abajo en los aleros y la cornisa, una de las cuales —al menos una— se despertó ante el revuelo que despertó al médico, que ya estaba con los ojos abiertos y la boca pastosa, que veía un rostro fugaz en el rincón del techo, de su aviador favorito, el que estaba dotado de una coordinación extraterrestre y una irritante secreción venérea.

Las criaturas se agitaron, las criaturas estaban agitadas, y en el camino a casa del médico, a través de un intersticio en el vendaje de la toalla-turbante, el niño había analizado los guijarrillos pegados a la alfombrilla de goma del coche familiar, aquel insoportable entramado era lo único que alcanzaba a ver, esos guijarrillos pegados en las largas estrías de goma verde. Había sentido la colisión del coche familiar y el canalón de desagüe, había sentido cómo le sacaban del asiento del coche, y entonces observó sus pies salpicados de polvo y sangre por una rendija del vendaje toallero, y observó que sus pies subían de un paso al bordillo. Se produjo un derramamiento de tabaco de mascar junto al pie de la madre, y se intensificó la presión de la mano materna sobre la toalla en el punto en el que su cabeza se había abierto. Sintió la presión de la toalla en la cabeza y la otra mano de la madre que le conducía hacia un escalón de madera, que le conducía a otro escalón de madera, y entonces de pronto oyó el grito de su madre y risas de hombres, y sintió que la toalla caía porque ya no la sujetaba su madre, y sintió que la toalla caía como una túnica sobre sus hombros, y la luz se volvió blanca ante sus ojos enturbantados mientras los entrecerraba, y justo después de sentir cómo caía la toalla húmeda hasta sus hombros, cayó algo más, y cayó con un aleteo contra su cuello, donde la sangre goteaba desde su cabeza abierta, y la cosa que cayó contra su cuello parecía al tacto como unos dedos que hicieran cosquillas, y pese a estar cegado lo apartó de su cuello y aquel ser fue a parar a sus pies, aquel ser aleteó y chilló ante los dedos de sus pies, y los ojos del niño se fijaron en aquel ser, y oyó los alaridos de su madre y risas de hombres, y alguien le sujetó y le subió por las escaleras de madera antes de penetrar en otro tipo de sueño aquel día.

El niño estaba sentado en una bañera fría, preocupado por si caían más murciélagos de su cabeza, cuando por fin trajeron a su padre a casa. La enorme venda que el médico había pegado a la coronilla del niño ya estaba seca y deshilachada, pues el médico había dicho que no le lavaran la cabeza durante dos semanas, hasta quitarle los puntos, y

ahora ya habían pasado dos semanas y los puntos picaban, deseosos de salir, o al menos el niño tenía la sensación de que había algo, con unas garras negras, que arañaba el interior de su cráneo para salir. El niño no confiaba en que los puntos aguantaran contra los murciélagos y rezaba para que no salieran cuando estuviera su madre, porque estaba convencido de que se espantaría si los veía salir de su cabeza de nuevo, ¿y qué pasaría si esta vez no caían de su cabeza, sin más, sino que se ponían a volar por la casa y se metían detrás de las cortinas? El médico había estado impaciente por regresar a sus sueños y hasta el niño se dio cuenta de que había hecho una chapuza en su cabeza; más tarde la madre diría que los puntos del médico eran más propios de un remiendo en una manta mexicana, y es que el médico se había olvidado incluso de que le pagaran, hasta que la madre insistió en que le diera un recibo, entonces el médico escribió unos números en un papel amarillo y se encerró con llave cuando se fueron, para inyectarse y regresar a aquel lugar con el patio blanco en el que él vestía un uniforme blanco y estaba la enfermera de los pechos blancos a la que tanto quería, en aquel lugar blanco, aquella arena blanca, aquel oleaje blanco.

Cuando trajeron al padre al recibidor, al principio el niño no le reconoció. Al padre le faltaba el pelo de la cabeza y las cejas, y la barba se le había derretido formando nudos negros sobre la piel. Según dijeron, su padre fue el único que sobrevivió. Le dijeron a la madre en el recibidor que su padre se había negado a arder, mientras que todos los demás se habían convertido en pequeñas parrilladas humanas, negras y arrugadas. El padre del niño no llevaba nada más que un chubasquero de mujer que era de plástico transparente y no se pegaba a aquellas quemaduras rojas, en carne viva, algunas también ennegrecidas, de la espalda y los brazos del padre. Las manos del padre estaban envueltas en aceite y gasa, y el niño se preguntó si aquellas manos podrían sostener algún día un martillo para clavar una mano lanzadora de piedras a la pared del cobertizo. El niño se quedó de pie junto a la cama de sus padres durante mucho rato y observó a su padre mientras dormía en aquella habitación que olía a secadero de tabaco.

El domingo, de camino al cobertizo, el padre juntó sus herramientas y enseñó al niño sus cálculos, su pequeña columna de cifras, sus sumas, sus papeles. Los papeles blancos eran de las ventanas y parabrisas. El papel amarillo, del médico. El pequeño talón verde es lo que pagaron al padre por impedir que el incendio llegara a la ciudad. Según los cálculos del padre, no podía permitirse mantener al niño, por lo menos no en una burbuja de cristal. Hacía dos semanas, pero no habría más viajes al Doctor Matasanos, como le llamaba el padre. Al final la mano lanzadora de piedras le había costado al padre

más de lo que había ganado.

Lo siento, dijo el padre.

En el cobertizo, el padre abrió su caja de herramientas y le dijo al niño que no tuviera reparo en chillar si le dolía, que los chillidos del niño seguramente no molestarían a nadie. Era domingo y la madre se había ido a la iglesia. El padre trasteó en su caja de herramientas, buscando con sus manos de garra. El niño había cerrado los ojos y, cuando olió a su padre al lado, levantó la mano lanzadora de piedras.

Vamos allá, dijo el padre, y con las cizallas y tenazas el padre se puso a trabajar en la cabeza del niño, recortando y sacando los hilos de seda negra que habían sujetado la piel desgarrada de su único hijo.

Donde el azul es azul

La última vez que vino la feria a nuestra ciudad, tuvimos a la contorsionista en la ensenada. Bueno, no a la contorsionista entera, para ser precisos. De alguna manera se la había tragado la draga que limpiaba el fondo marino masticando arena para mantener abierta la ensenada. Entraron trozos de la contorsionista por el canal de vertido antes de ser bombeados de vuelta al exterior, envueltos en espuma, y acabar nutriendo una playa de arenas removidas. En un principio, un socorrista de la Calle Quinta pensó que se trataba de una gran medusa, pero después un médico de Dayton, Ohio, que andaba por la playa con su hijo recogiendo objetos perdidos, lo identificó correctamente. El trozo más grande que se había encontrado hasta el momento, cuando llegó Cecil, nuestro policía, era una pierna a la que se había enrollado un tramo de intestinos. Un hombre de color la sujetaba contra la corriente, cerca de la draga, con una red de cangrejos de mango largo. Había tantos cangrejos en torno a la pierna que apenas se distinguían los tatuajes. A todos los que lo vimos, se nos fastidió el apetito de cangrejos para el resto del verano.

Por aquel entonces era un gran misterio cómo había llegado a la ensenada la contorsionista: ¿había saltado desde el puente de la ensenada, la habían empujado, o había sucedido algo totalmente distinto? Pero sabíamos que era ella por lo que quedaba de los tatuajes en la pierna que los cangrejos no se habían comido. Es sorprendente lo profundo que penetran los tatuajes en la piel. Cecil sacó su bloc y se puso a observarla; el resto de nosotros nos ofrecimos para el empleo que nadie más quería, que era quitar los dientes de la draga y buscar más pruebas. Por la forma en que Cecil nos observaba, dibujando en su bloc, era evidente que en su opinión allí había algo que aclaraba la historia.

Cecil, nuestro único amigo en la policía, el detective que calzaba náuticos y portaba un bloc de bocetos y un álbum de dibujos. Todos los delitos de nuestro litoral, todos los delincuentes de nuestro litoral eran cosa suya. Camareros encocados con cuchillos de cocina, turistas que apretaban demasiado en los juegos de estrangulación. Sórdidas historietas vacacionales con pruebas que se esfumaban con cada cambio de marea. Muertos no identificados, homicidios lejos del hogar de la víctima… a veces Cecil lo solucionaba con un boceto del tamaño de una postal y una copa con la encargada de cambiar las sábanas.

Sí, Cecil, todos habíamos *visto* a la contorsionista. «Ver» es una palabra fácil para hombres como nosotros. Bajo la sofocante carpa donde trabajaba la chica, habíamos *visto* más de ella de un solo golpe

de vista y desde un solo ángulo de lo que podríamos ver en toda nuestra vida de nosotros mismos o de la gente con la que nos acostamos. Como en un cuadro en el que se muestra todo de un vistazo, todo el cuerpo de la chica se desplegaba y se mostraba bidimensional, imposible. Todos nos acercamos para ver mejor, pero la mirada de la chica nos hizo recular, con ese algo inmutable que había en sus ojos, más allá del destello de la lámpara que iluminaba su cara. Cuanto más nos enseñaba, más nos dábamos cuenta de que no había forma de acercarse a ella, todo lo que podía ser tocado se transformaba en otra cosa. Sus piernas tatuadas se convirtieron en serpientes enroscadas a su cuello; sus manos, en pies que pataleaban; su lengua, en un dedo que salía de su boca a través de un estrecho canal de carne. Sus ojos se clavaban siempre en los tuyos, hasta que te veías obligado a apartar la mirada, y aun así sentías que te quemaban, como si te perforaran la nuca, aquellos ojos por los que habíamos pagado, hasta que no podíamos soportarlo y la lona de la carpa se hinchaba y deshinchaba como un fuelle en torno a nosotros, y los pantalones nos temblaban y dábamos pasos para retirarnos de aquel lugar donde habíamos compartido aquella experiencia.

Sí, todos la habían visto la noche anterior, la noche que desapareció, incluido Cecil, que se había situado en la parte de atrás de la carpa, pues allí lo vi una de las veces que tuve que dejar de mirar lo que la chica mostraba. Cecil estaba junto al empleado de seguridad de la feria, en el lugar donde la lona se anudaba contra la noche; Cecil, con el bloc abierto, dibujando. También habíamos visto a la contorsionista cuando aún no sabíamos que era ella, mientras merodeábamos por la feria en busca de algún trabajillo, y al principio pensamos que era un hombre por su camisa caqui de mangas largas y sus pantalones largos, también de color caqui, con un sombrero de hombre sobre la cara, y ni un tatuaje a la vista. La vimos mientras apremiábamos a su novio a que nos comprara las sobras de los muelles en los que trabajábamos, unas sobras que quería utilizar para alimentar a los reptiles con los que peleaba, tripas de peces grandes, hígados amarillos de tiburón y bolsas de aletas. Nos quedamos a ver cómo alimentaba el novio a los grandes reptiles; les siseaba para que salieran de las jaulas bajas y las cajas de madera llenas de arañazos, abría los pestillos con una patada de sus botas de vaquero, mientras los grandes lagartos aplastaban la hierba quemada del viejo terreno municipal. Rodeaban al novio cuando les daba de comer de las bolsas de tripas que habíamos traído, mientras la chica observaba, sumida en un trance mágico, y los atraía para que fijaran en ella sus ojos fríos, con las tripas colgando de sus bocas hasta que se revolvían y abrían las mandíbulas pidiendo más, y nosotros nos apartábamos de la valla de un salto para alejarnos de sus fauces.

Habíamos estado allí junto a la chica de caqui, sin saber que era ella, hasta el día en que nos presentamos con una botella de whisky escocés y una bolsa de cola para esnifar que queríamos compartir con el novio, y de golpe una manga larga color caqui lanzó su puño al interior del círculo en que estábamos y una mano con arañas dibujadas al final de un brazo tatuado de serpientes apartó de un manotazo nuestra mercancía. Por favor, no, dijo la chica, y nos dimos cuenta de que era ella, que se llevaba al novio para que diera de comer a los animales mientras ella miraba. Entonces llegó un empleado de la feria, que metió la cara en la bolsa de papel y aspiró a pleno pulmón lo que le tocaba al novio. El empleado nos dijo que el novio, cuando se colocaba, intentaba borrarle los tatuajes a la chica con tenedores y cristales rotos. Nos pasamos la bolsa y observamos a la chica mientras hacía su ronda, sacando comida y llenando recipientes de agua para los animales; los leones desdentados la lamieron y tocaron con las encías, el animal multicolor la atrapó contra su jaula para darle otro beso.

Estas eran las circunstancias en que habíamos visto a la contorsionista, hasta este día en que metimos lo que pudimos de ella en bolsas de plástico con números, paquetes de ella que depositamos en una nevera en la cubierta de la barcaza. Cecil rebuscó entre los fragmentos, mirando. Había algunas partes que no encontramos y algunas partes que nadie quería encontrar. Todos pensamos que habíamos visto más de la contorsionista en su último espectáculo de lo que nunca veríamos, pero las bolsas de la nevera demostraron que nos equivocábamos, bolsas repletas de nuestro trabajo en la oscuridad, con el agua hasta la cintura en la cinta transportadora de la embarrada bomba de la draga, con linternas entre los dientes y una lúgubre aprehensión.

Cecil rebuscó entre los paquetes de plástico, cual ama de casa en el mercado, depositó un fragmento plano en la calurosa cubierta de acero, y empezó a dibujar. Cecil. Todos los años presentaba en la Muestra de Arte del Paseo Marítimo las obras que pintaba cuando no estaba de servicio. Obras que todos le ayudábamos después a cargar, de vuelta a casa, sin haberlas vendido. El año anterior el jurado dijo que había una inconclusión perturbadora en la obra de Cecil. Había hecho un retrato de su novia, Veronica, con trazos morados y negros, sentada con las piernas cruzadas, desnuda y sin cabeza. Puede que hubiera sido por pudor o quizá es que aún no dominaba el dibujo de las caras. A veces parecía que, ante una habitación llena de cosas para pintar, Cecil elegía el objeto equivocado. Una zapatilla con la lengüeta arrancada. Una silla que parecía un escalón hacia una ventana abierta. A veces te preguntabas qué pistas de qué delitos, desapercibidos para nosotros, representaban esas cosas que bullían en el cerebro de Cecil.

A veces alguien que conocía a Cecil le preguntaba, durante la feria de arte, si su trabajo de policía afectaba a su trabajo artístico y Cecil respondía que no le daba muchas vueltas al tema. Cecil decía que lo mejor de tener sus obras expuestas en el paseo marítimo era que podía sentarse todo el día a beber cerveza y a trabajarse chivatos entre los ladronzuelos que robaban carteras.

Después, los equipos de pesca de tiburones del torneo que entraron en la ensenada levantaron olas donde estábamos trabajando, así que Cecil y la policía dieron el día por terminado. Nos dieron inyecciones antitetánicas a todos los que habíamos estado en el agua buscando lo que quedaba de la chica y unos trapos empapados en gasolina para combatir el hedor. Junto a la caseta de los cebos nos limpiamos con una manguera y esperamos al reparto del dinero. Cuarenta dólares por cabeza por sacar los restos de la chica muerta de nuestros sueños. Después, cuando algunos ya nos habíamos bebido todo el dinero, nos daba la impresión de que todavía teníamos láminas de carne entre los pliegues de nuestra ropa y tratábamos de sacudírnoslas. Contra esa sensación no podían darnos nada. Ni contra las sospechas de Cecil. Vaciaos los bolsillos antes de abandonar la zona, nos dijo.

Hay que joderse, dijimos.

Al otro lado de la ensenada, los barcos ondeaban las aletas de tiburones como banderas, en una exposición de cuerpos muertos y ensangrentados de bocas serradas, arrastrados por las cubiertas de popa, algunos doblados sobre los extremos traseros de las embarcaciones. Una multitud de turistas, cámara en mano, se interponía en nuestro camino mientras tratábamos de sacarles unas monedas a los pescadores ebrios de cerveza y a los bronceados oficiales, atando cabos y tirando de mangueras. Cecil nos seguía, apoyado en un surtidor de gasolina, con su bloc embutido en el bolsillo trasero, contentándose con mirar.

Habían traído peces martillo y tiburones grises, además de jaquetones lobo. Algunos tenían un arponazo limpio y los ojos apagados, a otros los habían apaleado a conciencia y tenían la piel desollada en algunas partes, como vinilo lleno de ampollas por el sol, con cavidades cerebrales aplastadas bajo el ímpetu de bates de béisbol y tuberías de plomo… La caza del tiburón es el vandalismo disfrazado de pesca deportiva.

Todos los barcos habían regresado salvo el Risky Business de nuestro amigo Royce; Royce aún estaba fuera de la ensenada, remolcando un tiburón tigre por la cola para ahogarlo, ya habían recorrido ocho kilómetros y aun así el tiburón seguía combatiéndolos mientras trataban de subirlo a bordo. Desde el muelle se les oía ensañarse con el pez, primero con una escopeta y después con un revólver de servicio.

Entonces se desató un alboroto en la zona de pesaje, ya que los empleados de la autoridad marítima —equipados con camisas azules, carpetas para anotar y cuchillos para filetear— se presentaron para destripar a los tiburones, como parte de su trabajo, o eso dijeron, explicando que todo estaba escrito en la parte inferior de las papeletas para el concurso de caza de tiburones. Por el aire volaron algunos improperios escupidos por los que se tomaban en serio el trofeo y alguna que otra lata de cerveza. Alguien dijo que Cecil debía intervenir, pero Cecil se abstuvo.

Royce estaba por fin entrando en la ensenada, y aún se oía el ocasional disparo a la cabeza del monstruo atado a su barco. Cuando lo subieron, partió una garrucha y le rompió la muñeca a uno de los nuestros. Entonces elevamos al tiburón con el cabrestante sobre una estructura amarrada a un poste de teléfono y el pez —nadie daba crédito— era demasiado grande para pesarlo. Las autoridades marítimas salieron de entre el público con sus carpetas y sus cuchillos y volvió a armarse un alboroto.

Royce estaba sentado en el puente volante de su barco, mascando la correa que sujetaba sus gafas de sol. Shank, su primer oficial, agarró un arpón de la popa mientras daba la vuelta al cuerpo muerto en dirección a una chica de camisa azul. La inspectora tenía el cuchillo clavado con fuerza en la tripa del tiburón, de la que se escapaban en todas direcciones goterones de un sirope con olor salado.

Había que andarse con ojo con Shank, en su mente vivía el cazador de recompensas que acorralaba a estos grandes peces con los que Royce y él ganaban siempre las competiciones. Tenía la cara roja, comida por verrugas de queratosis seborreica, y el cerebro achicharrado por años de cegadora luz blanca. Podías derribar a Shank, pero Shank se volvía a levantar, y podías volver a derribarle, y de nuevo se volvía a levantar, hasta que después de un rato tenías que echar mano de algo sustancial, como una silla plegable, para golpearle y que se quedara en el suelo. Eran las típicas cosas que se veían si pasabas alguna tarde a echar un trago en el Grey Gull.

Shank empujó a la inspectora, sacó el cuchillo del tiburón y lo lanzó, clavándolo en el poste de teléfono. Cecil salió de entre el público y se situó cerca de Shank, silbando de admiración por el tamaño del tiburón, hasta que Shank, con la mirada en el suelo, dio unos golpecitos con su arpón en uno de sus pies despellejados.

¿Qué es lo que pasa, Cecil?, dijo Royce. Royce quería saber si acaso no necesitaban una orden de registro o algo así para destrozar un pez de trofeo.

Cecil dijo que, al parecer, no, y la inspectora marítima se fue a sacar el cuchillo del poste, pero Cecil llegó antes y se lo entregó a Shank, con lo que todo estuvo en orden.

Nunca deja de sorprender lo que hay en el interior de un tiburón, algunas cosas vivas aún, dando pequeñas volteretas para mostrar que no están muertas, y miras hacia abajo pensando: «Ya, lo que tú digas, ¡pero te han comido!».

En los tiburones de la competición se encuentra lo típico: anjovas y pedazos de cabezas de atún en bolsas de papel cebolla que los cazadores utilizan para elaborar los cebos. En los tiburones tigre encuentras a los moradores de las profundidades, despojos arrojados por la borda de los barcos, las rayas que los tiburones sacan de sus escondrijos en el lecho del mar. Comen rocas, caparazones, basura. El tiburón de Royce y Shank tenía otras cosas dentro, y en cuanto las vimos allí desparramadas, supimos que Cecil querría dibujarlas.

Primero salió un amasijo pestilente que despejó el muelle. Luego aparecieron un vaso de cartón, una lata de cerveza y unas láminas de aletas de raya por digerir que se desplegaban como las páginas de un libro muy hojeado. Siguieron inspeccionando el fango hasta que alguien gritó: «¡Hay una mano!»; un grito y una risa. Cecil miró con interés por encima de los hombros de los marineros mientras un cuchillo desentrañaba la mano. Ah, dijeron, es un guante de goma lleno de arena, con ese tono de carne grisácea descolorida por el agua. También había una lata de comida para perros, agujereada y atravesada por un cordel, que según explicaron era lo que los cangrejeros utilizan como carnada para los cebos. Por último, extrajeron un enorme pedazo de contrachapado y una gaviota abatida por una bala.

Iba en contra de nuestras leyes matar gaviotas para refrescar la sangre de la carnada, y aquel pájaro muerto afeaba el aspecto del pez ganador, por lo que todo el mundo miró fijamente a Royce y a Shank.

Terminamos de limpiar el barco de Royce y ayudamos a Shank a acarrear el tiburón. Cecil ya estaba bebiendo cervezas en el Grey Gull, dibujando en una hoja de papel arrancada de su bloc. Dijo que estaba esforzándose para dibujar bien las bocas. Cada vez que decías algo, Cecil te miraba la boca y daba unas pinceladas. Cuando alguien se fija en tu boca mientras hablas, sientes que no creen lo que estás diciendo, sea lo que sea. Cecil dibujó todas nuestras bocas en papel, esbozando trazos de incredulidad de uno en uno.

Royce nos compró unas cervezas y después le sacó a Cecil el tema de la chica muerta, ¿no era la que estaba retorcida en el espectáculo de la carpa? Cecil preguntó a Royce si acaso no la había visto con sus propios ojos. Royce dijo que negaría haber estado allí y Cecil contestó: «Te vi allí esa última noche con Shank», a lo que Royce replicó que negaría haber estado allí a su mujer, y Cecil continuó dibujando la boca de Royce: «Pues perfecto, porque yo no soy tu mujer».

A todos nos tocó nuestro turno de incredulidad. Todos habíamos

estado en la feria aquella última noche y contamos nuestras versiones. Por último, yo dije que no me gustaba la forma en que Cecil nos acosaba con preguntas. Cecil se giró hacia mí y dijo:

—Muy bien, ¿y no eras tú el que estaba el otro día en la estación de autobuses intentando atraer con un puñado de fichas para videojuegos a esas menores que se habían escapado de sus casas?

—Eso fue un malentendido. Solo ocurrió una vez —dije.

Cecil nos dejó en el Grey Gull y nos quedamos sentados, mirando su página de bocetos empapada en cerveza, un pequeño lienzo húmedo de besitos azules.

No apareció ninguna otra chica muerta en nuestra playa. La ensenada estuvo cerrada durante un día mientras limpiaban la draga con grandes chorros de agua, sin encontrar nada más, ni siquiera una uña. Hubo una noticia breve en el periódico sobre la chica, pero la feria cerró y la gente comenzó a olvidarse. El viejo terreno municipal estuvo vacío durante días, salvo por cajas de palomitas vacías y aplanadas y costras blancas de mierda de lagartija, y después llegó rodando la flota de coches antiguos para nuestro festival. Barrimos el paseo marítimo para la muestra de arte, deteniendo las escobas de vez en cuando para alzar la vista y observar los aviones que practicaban las acrobacias aéreas del domingo.

El domingo hubo concursos de castillos de arena y cerveza gratis, carreras de socorristas y pilotos acrobáticos. También estaban los marineros, porque la flota no había salido, y los bares invitaban a más y más rondas.

En el paseo marítimo, los lugareños curioseaban sin comprar y los más ricos que venían de fuera venían en busca de cierto tipo de obras para sus residencias vacacionales. Paisajes marinos, gaviotas, caballitos de mar, naufragios, dunas y puestas de sol, todos esos cuadros que ves al pasar la linterna por sus paredes en las noches de temporada baja.

No eran las obras de Cecil lo que buscaban, pues no tenían suficiente arena, decían. El jurado del paseo marítimo dijo que la paleta de Cecil parecía de ferretería, porque cuando Cecil quería hacer un cielo azul, o un océano azul, se limitaba a apretar el tubo azul y anunciar: «¡Ahí va el azul!». El juez dijo que lo mejor que se podía decir sobre las obras de Cecil era que, aunque los cuadros no eran más que un revoltijo de fragmentos, parecían contener una cualidad primitiva, onírica. Entonces el juez siguió hacia el siguiente puesto del que tenía que sentar cátedra, el de los móviles de caracolas y caras de payaso triste hechas con fieltro, mientras Cecil le decía muchas gracias.

Al anochecer, todos habíamos vaciado los bolsillos de dinero. No había luz, los puestos de cerveza estaban ya desiertos y de las espitas se escapaba espuma. La basura se amontonaba en el paseo marítimo y en la playa había borrachos a los que tumbaban unas olas que les llegaban hasta las rodillas.

Cecil. Sentado solo, mirando sus obras sin vender en el paseo, con una lata chorreante de cerveza en la mano. El otro artista que quedaba estaba cargando una caja de turquesas en una furgoneta.

Cecil dijo que se alegraba de vernos. Le comenté que habíamos regresado a ver si necesitaba ayuda para llevarse las obras a casa. También teníamos la intención secreta de pedirle prestado el coche para hacer un recado en la casa de una chica a medianoche. Podías pedirle prestado el coche a Cecil si le dejabas una nota diciéndole dónde estaba.

Cecil señaló sus obras, las únicas que quedaban en el paseo marítimo. Estos cuadros son tan nuevos que los pinté anoche, dijo. Según nos contó, al rato de acostarse se levantó, se fue al garaje y se pasó toda la noche pintando.

—La pintura aún no está seca y esta mañana manché los asientos del coche —dijo—. Ya sabéis que cuando pinto no tengo ni idea de lo que voy a hacer. A veces veo cosas como a Veronica desnuda, o la salida del sol, y quiero pintar para capturar el instante, y otras veces veo algo que me ronda por la cabeza, algo que no se va, y pinto para liberarme. Quizá debería comprarme una cámara —y le dio un trago a la cerveza.

—¿Cuánto has bebido hoy? —le preguntó alguien a Cecil, pero él respondió que, cuando estaba atacando su segundo *pack* de seis cervezas, comenzó a darse cuenta de que estaba pasando algo extraño con un cuadro nuevo, una imagen de una escena más grande que le rondaba por la cabeza y no se iba, una escena mayor, parte de una serie.

Todos miramos hacia donde estaban colgados los cuadros, pero el anochecer los había vaciado de todo salvo de oscuridad.

Cecil se levantó y nos pidió permiso para mostrarnos la exposición. Acercándonos mucho, miramos el primer cuadro a la luz de un mechero. Cecil dijo que el cuadro se llamaba *Trazos de S en gris: El aspecto de una hélice de barco atravesando la piel*. Todos nos echamos hacia atrás, y Cecil nos explicó que era algo que había visto el otro día en una de las bolsas de plástico con números que recogimos. Nos contó que en el laboratorio de la policía le habían dicho que la chica aún estaba viva cuando las hélices impactaron en su espalda. Cecil nos preguntó si no nos parecía un prodigio de la ciencia moderna.

La idea le comenzó a rondar por la cabeza porque nadie tenía un barco en la ensenada cuando la chica desapareció. Nos lo había

preguntado a todos, ¿o no?, dijo Cecil. *Trazos de S en gris*, y no está a la venta.

Cecil nos mostró el segundo cuadro, que según él era un trabajo a partir de un boceto que hizo el día de la caza de tiburones. Le había gustado el aspecto de las líneas y las sombras de los barcos de pesca atadas junto al muelle para repostar.

—Formaban un ángulo que me llamó la atención —dijo Cecil.

Todos nos turnamos para sujetar el mechero y verlo, hasta que se calentó tanto que era imposible agarrarlo y tuvimos que tirarlo a la arena.

—¿Veis cómo este barco, en concreto, está atrapado contra el muelle en la marea baja? —nos preguntó Cecil. Miramos, pero no podíamos ver nada, no podíamos ver que se refería al barco de Shank.

Cecil nos contó que estuvo preguntándose dónde se podría haber hecho los cortes de hélice la chica como no fuera en la ensenada. También se había preguntado cómo era posible, para empezar, que un hombre experimentado como Shank amarrara tan cerca el barco, ¿acaso tenía prisa? Cecil dijo que estas eran las cosas que le rondaban por la cabeza.

La siguiente obra de Cecil la recordábamos de haberla visto a la luz del día. Cecil había pintado una rueda de carreta en un trozo de contrachapado sin tratar, y después había clavado una lata de comida de perro aplastada en el centro. La llamó *¡Ataque de Tiburón!* Durante el día, los restos de comida en la lata habían atraído moscas y a la gente le había llamado la atención. Cecil pensaba que las moscas le añadían una dimensión de movimiento.

Cecil dijo que la clave de la obra estaba en el cordel atado a la lata de comida, como el que colgaba de la lata en el tiburón tigre de Royce y Shank. Es algo que le estuvo rondando por la cabeza, dijo Cecil: ¿por qué iba un cangrejero a atar un cordel a una lata de comida de perro que iba a meter en una trampa para cangrejos? Cecil dijo que nunca había visto nada semejante.

Me estaba sacando de quicio con tantas ideas que le rondaban por la cabeza y quería ver a la chica del recado a medianoche, así que dije:

—Venga, Cecil, ¿quieres que te ayudemos a llevar los cuadros o no?

Cecil contestó que yo y todos los demás nos íbamos a quedar quietecitos y a responder unas preguntas. Que iba a averiguar todo lo que concernía a la persona que mató a la chica.

—¡Pero si se ahogó en la ensenada! —dijo alguien.

—Sí, se cayó y no sabía nadar —dijo alguien.

—Igual estaba borracha, se cayó y se ahogó —dijo alguien.

—Ya está muerta, y en trocitos —dijo alguien.

—Muerta, para el arrastre, de la cabeza a los pies, *kaput* —dijimos todos.

Cecil señaló que la chica no bebía y que, según el novio, sabía nadar. Sin embargo, nos reconoció que había algo que invitaba a la muerte en la chica, esa especie de ausencia de vida instalada en sus ojos mientras bailaba.

—¿No visteis que se trataba de eso? Yo lo vi —dijo Cecil—. Igual que lo he visto en muchas otras caras en esta playa. Ojalá pudiera pintar esa cara. Cuando veo una cara así sé que se avecina algún jaleo. Con eso habría redondeado mi exposición, con un cuadro del miedo en vuestras caras por la invitación a la muerte de la chica. Vi cómo os nutríais de ella aquella última noche y supe que habría problemas. Ojalá pudiera pintar esa avidez de miedo, pero aún no me salen bien las caras. ¡Esa hambre en vuestras caras! ¡Ese miedo! —dijo Cecil de repente, tambaleándose en dirección nuestra—. Sabéis que tengo razón.

—Tranquilo, Cecil —dijimos—. Estás bebido.

—Sí, es verdad —dijo Cecil, y se sentó—. Pero he visto algo aquí, algo que me rondaba por la cabeza al pintar estos cuadros. No tengo ninguna prueba concreta contra ninguno de vosotros, pero lo tengo todo en general. Alguien la convenció para salir al océano y después pasó por encima de ella con una embarcación. Su cuerpo llegó a la ensenada con la marea.

Nadie podía convencer a esa mujer de hacer algo que no quisiera, dijimos, y Cecil respondió que alguien le hizo una oferta extraordinaria, algo que nunca había oído antes. No fue un ligue con un hombre, ni una copa, ni nada parecido. Alguien con un montón de carnaza la invitó a salir al océano a alimentar a los animales. Alguien le preguntó si le gustaría alimentar a los peces más grandes que hay.

—Eso es una locura —dijimos—. Nadie sale al mar en mitad de la noche a alimentar a los peces.

—Claro —dijo Cecil—, pero es que al parecer lo único que le gustaba hacer era alimentar a los animales.

Cecil golpeó con los nudillos en su obra en contrachapado. Al buscar contrachapado como el que había salido de las tripas del tiburón de Royce y Shank, Cecil encontró un trozo en el que pintar en su garaje. Con el material entre sus manos, se acordó de un truco que había visto una vez pescando, cuando un hombre tiró las páginas de una edición dominical del periódico al mar, porque según él a los peces les gustaba la sombra cuando hacía calor y se congregaban allí debajo. El hombre le contó a Cecil que los profesionales a veces utilizaban contrachapado con cebo, pero que era mucho lío.

—¿Y qué? —dijimos.

—¿Y qué hace Shank en temporada baja? —preguntó Cecil, y todos lo sabíamos, todos nosotros durante la temporada de los huracanes íbamos en la furgoneta de Shank, a cambio de unos pocos dólares, a clavar contrachapado en las ventanas de los chalés en el sur de la playa.

—¿Y qué? —dijimos.

—Entonces, la noche antes de la cacería de tiburones, Shank sale a amañar el concurso soltando contrachapado con cebo, con latas de comida de perro y carnaza. Lo único que tenía que hacer al día siguiente era calcular la dirección de la corriente para localizar a todos los peces grandes congregados a la sombra.

—Tus cálculos huelen mal —dijo alguien.

—Lo que huele mal —dijo Cecil— es el barco de Shank amarrado tan cerca del muelle el día de la caza de tiburones. Eso me dice que, cuando Shank lo ató, había algo grande en su cabeza chamuscada por el sol, algo tan grande que, pese a todos estos años amarrando el barco, con marea alta y marea baja, se olvidó de aparejar bien los aparejos.

—¿Aparejar los aparejos? Estás borracho, Cecil —dijimos.

—Creo que tratas de liarnos —le dije a Cecil.

Le dije que, puesto que estaba tan empecinado con Shank, por qué no le preguntaba a Shank en lugar de meternos en toda esta historia, y Cecil señaló que no parecía posible encontrar a Shank, porque seguramente estaría escondido en algún lugar entre Panamá y New Brunswick.

—Y te diré por qué estáis metidos en esta historia. Porque os pregunté a todos si habían entrado o salido barcos la noche antes de que encontraran el cuerpo de la chica y todos me dijisteis que no, que nadie había salido. Entonces, aparte del dibujo del barco, pensé que era Shank al comprobar todos los recibos de gasolina en la caseta del surtidor y ver que Shank había llenado sus depósitos, seguramente para tirar cebos y amañar la competición. Pero a ninguno de vosotros se le ocurrió ayudarme, por los asuntos que os traéis con Royce y Shank. Todo el mundo quiere que Royce y Shank traigan el tiburón más grande, y no importa cómo lo consigan, porque así podéis limpiar el barco de Royce y destripar al tiburón de Shank para ganar un dinerillo extra. A nadie le iba a importar si esa chica que habían visto, de la manera que la habían visto, se iba al mar con Shank y se metía en algún lío de difícil solución. Ocurrió algo, lo que fuera, quizá él la empujó, quizá ella saltó, y Shank la pasó por encima con el barco. Aun así, es homicidio. Sigue siendo homicidio. Y todos vosotros habéis decidido contribuir a borrar a esa chica del libro de la vida, cuando no

sois capaces de decidir si os dais una ducha por la mañana o no, y mucho menos algo como eso. Y os calláis todos porque estáis encantados de vivir de Royce y Shank, aunque haya de por medio un homicidio. Y os diré algo más. Creo que hace falta más de un hombre para manejar el contrachapado y colocar los cebos de comida de perro desde un barco, por lo que no creo que Shank estuviera solo, sobre todo cuando podía contar con alguien que le echara una mano por poca pasta, ¡por un poco de calderilla, para ir con él, echar unos tragos y hacer unos puñeteros recados a medianoche!

—Hasta aquí hemos llegado —dije.

Dijimos que ya no queríamos su puñetero coche. Dijimos que solo queríamos ayudarle a cargar todas las obras de la muestra. Nos dijo que iba a darnos a cada uno un cuadro para que nos lo lleváramos a la pocilga o cloaca en la que viviéramos. Que quería que nos hiciéramos con un martillo y un clavo, y que colgásemos en la pared de nuestra pocilga o cloaca el cuadro que nos iba a dar a cada uno, quería que cada uno de nosotros se despertara de nuestras borracheras, después de nuestros chanchullos a cambio de un poco de calderilla, y pensara en la responsabilidad de estar implicado en haber borrado a alguien del libro de la vida. Y también dijo que, si éramos capaces de no volvernos locos y si, pese a nuestro miedo, estábamos dispuestos a ayudar al asesino a esconderse, pues entonces no nos vendría mal tener un bonito cuadro de aquella serie para ayudarnos a reflexionar.

Cecil descolgó todos sus cuadros y nos los puso entre las manos, uno a cada uno.

—Cecil —dijimos.

—Venga, marchaos de aquí —dijo Cecil—. Cada uno, un cuadro. Más de uno es demasiada carga para un hombre, os lo aseguro.

—Cecil —dijimos.

—Fuera —dijo Cecil—. Marchaos corriendo a vuestras pocilgas y cloacas. No quiero tener que ver vuestra cara. ¡Y no os vayáis nunca de la ciudad!

Todos nos llevamos nuestro cuadro. No hubo ningún valiente entre nosotros para decirle a Cecil lo que sabíamos, lo equivocado que estaba sobre nosotros. Los hombres como nosotros nunca podremos contarle a Cecil todo lo que sabemos. Nunca podremos contarle que conocemos un lugar en el que por fin el océano es azul azul, donde las algas son verde verde, donde un hombre como Shank puede descansar eternamente, atado con cadenas para que el cuerpo no suba a la superficie, para que su carne alimente a los peces y sus ojos comidos por los cangrejos no vean más homicidios. Nunca podremos hablarle a Cecil de un sitio así de bonito. Pero quizá albergábamos la esperanza, al separarnos, de que con lo que nos había puesto entre los brazos, quizá alguien, algún día, pudiera pintarle un cuadro de todo el asunto.

Los pájaros por Navidad

Queríamos *Los pájaros* por Navidad. Habíamos visto los anuncios de la película en la televisión donada de tercera mano por la Residencia para Marinos Mercantes y Marineros, una enorme Zenith en blanco y negro con marco de plástico resquebrajado y sin botones, con una moneda encajada en el selector de canales. Podías ajustar la imagen y prescindir del sonido, o tener un sonido de alta fidelidad sin imagen. Nosotros lo que queríamos era la imagen. Nosotros queríamos ver *Los pájaros*.

La Vieja Jefa de Enfermeras nos dijo que no nos hiciéramos ilusiones. La iban a echar en la sesión nocturna de la televisión, ya pasada la Hora de Apagar, el día antes de Nochebuena. Nos explicó que con la película se despertarían los bebés y se asustarían los Niños Pequeños del otro extremo de la sala. Además, no le parecía una película adecuada para verla en la semana de Navidad. Dijo que estaba segura de que también echarían el programa de Rudolph el reno y el muñeco de nieve Frosty, un contenido mucho más apropiado para la víspera de Nochebuena.

—Que le den por culo a Frosty —me dijo Michael Christian—. Lo he visto tropecientas veces. Tío, yo quiero ver *Los pájaros*. Quiero ver a todos esos pájaros enredados en el pelo de la gente. Para mí, de eso va la tele en Navidad.

Michael Christian y yo éramos parte de los últimos Niños Mayores que aún nadie se había llevado por Navidad. Estábamos seguros de que alguien, quien fuera, vendría a por nosotros en algún momento. Aún no habíamos caído en el miedo. También había otros Niños Mayores por allí, como el Niño Mayor que se escapaba para ir a una gasolinera cada dos noches, el Esqueleto Humano que te mordía y el chico apartado en la galería al que los Médicos Jóvenes desarmaban un día un brazo y otro día una pierna.

Los Médicos Jóvenes dijeron a Michael Christian que el regalo que le iban a hacer por Navidad era que un día fuera capaz de abrirse de piernas en el escenario igual que su ídolo, James Brown. Nunca parecía haber la más mínima sombra de duda en la mente de Michael Christian al respecto. Pero ahora, lo que quería era ver *Los pájaros* mientras fingía ser «James Brown en el Hospital».

Ser James Brown en el Hospital no estaba exento de riesgos para Michael Christian; tenía que acordarse de no aplastar su incipiente peinado afro contra la almohada. Una vez, cuando estaba ensayando la voz, las enfermeras fueron corriendo a su cama y le preguntaron

dónde se había hecho daño.

—Estoy calentando para cantar *I Feel Good*, porque me siento BIEN, zorras estúpidas —dijo Michael Christian.

Entonces apartaron su cama de la pared y la llevaron rodando a toda velocidad hasta el pasillo, entre empellones, tirones y refunfuños, chocando con otras camas al pasar, mientras las muñecas de Michael Christian colgaban entre las barras de la barandilla de seguridad como si fueran manos que se asoman por la ventana enrejada de una cárcel; iba a tener que pasarse dos solitarias horas en un pasillo largo, oscuro y vacío, y al pasar a mi lado a toda mecha me miró con cara de pánico, diciendo:

—Jo, tío, ¡ahora me siento MAL!

Rodar la cama hasta el pasillo era una de las pocas alternativas al castigo físico que les quedaba a las enfermeras, pues la mayoría de ellas eran reacias a azotar a niños que tuvieran férulas ortopédicas por haber escupido una semilla de naranja a su vecino, o a abofetear a un niño con el cuerpo totalmente quemado por decir palabrotas. Rodar la cama hasta el pasillo era efectivo, sobre todo en la época de Navidad, cuando incluía la posibilidad de perderse los programas especiales de la televisión. Veterano de varias Navidades en el Hospital, y muy familiarizado con los penosos programas navideños, Michael Christian se burlaba de las dádivas distribuidas por la Iglesia y las organizaciones públicas de caridad: fruta pasada, bolígrafos desechados, ocasionales juguetes reciclados que no funcionaban, juegos y puzles a los que les faltaban piezas. El Deseo de Navidad de Michael Christian era tan concreto como el mío. Yo quería un tren en miniatura con pilas, para desplegar las vías en mi cama, encima de las mantas. No el modelo grande de la marca Lionel o el típico de escala H0. Quería el que se ve en las revistas, que cuando muestran el tamaño real de la locomotora no es más grande que una nuez.

—Pero eso nunca te lo van a dar —decía Michael Christian, y con razón.

El Deseo de Navidad de James Brown en el Hospital era *Los pájaros* por Navidad. Y, como amigo de Michael Christian, yo me convertí en cómplice de su deseo. Así, la palabra «pájaros» se convirtió en un código, como suele ocurrir con algunas palabras entre los niños.

—¡Dadme unos PÁJAROS! —graznó Michael Christian cuando vinieron las damas de la beneficencia de visita navideña para preguntarnos lo que queríamos.

—¿Y qué tal un cepillo bonito para el pelo? —dijo una dama de la beneficencia, que depositó un cepillo para blancos a los pies de la cama de Michael Christian.

—Quiero un pico —le respondió Michael Christian.

—¿Un pico? ¿Un pico y una pala? ¿Para cavar? —preguntó la señora de la beneficencia.

—Creo que quiere un peine para el pelo —dije—. Para peinar su pelo afro.

—Eso es, un pico —dijo Michael Christian—. Dile una cosa a esta estúpida zorra blanca. *Cra, cra* —graznó, y se puso a batir los brazos como si fueran alas, mientras las enfermeras le llevaban rodando hasta el pasillo—. ¡Dadme unos PÁJAROS! —gritó, y cuando me preguntaron, también dije que nos dieran unos pájaros.

El desafío de Michael Christian en lo tocante a los programas de Navidad se intensificó cuando Ben, el vigilante nocturno, rompió la televisión. Pensándolo bien, quizá no sea justo decir que fue Ben, el vigilante nocturno, quien rompió la tele, sino que lo que pasó es que una noche estaba encendida, sin sonido, con algún programa infantil de Navidad, y Ben estaba al lado fregando un orinal derramado, cuando se oscurecieron, de forma simultánea, la pantalla y la esperanza de Michael Christian de lograr su Deseo de Navidad. En un principio Ben se disculpó, consciente de lo que significaba una televisión —aunque no tuviera sonido— para unos niños que apenas la habían visto, pero después propuso «quemarte el culo, Michael Christian, y las piernas, con escayola y todo» cuando Michael Christian refunfuñó y le llamó «negro idiota», fuera del perímetro auditivo de la enfermera de noche. Fue una lúgubre velada después de la Hora de Apagar.

La noche siguiente se pasaron un sacerdote y unos estudiantes del seminario. Predicadores en Prácticas, dijo Michael Christian. Mientras uno de los estudiantes leía la historia de la Navidad en la Biblia, Michael Christian fingió que se sacaba los ojos, simulando que sus dedos eran picos de pájaros. Cuando acabó la historia, Michael Christian dijo:

—Entonces, decís que los pastores esos estaban sobrecagados, ¿no?

—Estaban *sobrecogidos* —dijo el Predicador en Prácticas—. Los pastores nunca habían visto ángeles antes y se quedaron sobrecogidos de temor.

—Ná —dijo Michael Christian—. Yo sé lo que pasó, y es que vieron que venían unos bicharracos grandes y blancos con alas, y eran unos *pajarracos*, tío. Yo sé bien cómo son los pájaros, tío, sé cuando tienes un lío gordo con los *pájaros*, tío.

—Eran ángeles —insistió el joven seminarista.

—Ná —dijo Michael Christian—. Eran pajarracos blancos, y los pastores esos tenían muuucho miedo de que los pajarracos blancos bajaran y los agarraran del pelo y toda la historia. *Cra, cra* —dijo,

aleteando en la cama.

—*¡Cra, cra!* —respondí, y dos de los Predicadores en Prácticas ayudaron a las enfermeras a llevar rodando a Michael Christian al pasillo y a mí al cuarto de la colada.

Una noche de la semana antes de Navidad, se pasó de visita un hombre llamado Sammy. Había sido paciente del hospital de pequeño y apenas podía ocultar —con una extraña raya de bigote rubio— las chapuzas de cirugía que le habían hecho en el labio leporino y el paladar hundido. Ahora Sammy tenía una empresa de mudanzas, y se presentó borracho como una cuba, con un disfraz andrajoso de Santa Claus, y se puso a repartir relojes Timex Junior con correa negra. Todavía tengo el mío en alguna parte.

Uno a uno le fuimos diciendo a Sammy lo que queríamos por Navidad, aunque no estábamos seguros de qué era lo que nos estaba preguntando por su defecto en el habla. Yo, el tren con la locomotora del tamaño de una nuez; Michael Christian, *Los pájaros*. Le respondimos sin entusiasmo, sin esperanza… de manera rutinaria. Al final de la visita, Sammy, convertido en una piltrafa llorona y sensiblera, apestaba a alcohol y promesas. Ben, el vigilante de noche, le echó.

Era la semana de Nochebuena. El niño que siempre intentaba escaparse se escapó definitivamente. Antes de irse, agarró la moneda encajada en el selector de canales de nuestra tele rota. Le vimos todos y nos dio igual. Esta vez ni siquiera gritamos para que se diera cuenta la enfermera de noche, de modo que tuvo una ventaja algo mayor de lo habitual.

Era la semana de Nochebuena y Michael Christian estaba tumbado en su cama, indiferente. Vimos cómo se iba vaciando la sala de los Niños Mayores. Incluso vinieron a llevarse a uno de los quejicas, y se llevaron arriba, para una última visita, al niño apartado en la galería, para que los Médicos Jóvenes le acabaran de desmontar.

La noche antes de Nochebuena, Michael Christian y yo oímos un taconeo de zapatos por el largo pasillo que llevaba adonde estábamos tumbados. Había pasado ya la Hora de Apagar. Nos quedamos alerta, esperando. Era Sammy Santa Claus, salvo que ahora iba vestido con un traje azul pálido, con el pelo engominado, y tenía limpias las manos, en las que llevaba una caja con papel de regalo rojo.

Lo que no queríamos por Navidad eran relojes de pulsera. Lo que no queríamos por Navidad eran pastillas de jabón. No queríamos más bastones de caramelo, ni marcapáginas, ni bolígrafos, ni los juguetes rotos del año pasado de otro niño. Por Navidad no queríamos cruces de plástico, ni cuadernos de pasatiempos, ni cestas de fruta. No queríamos que nos volvieran a estrechar la mano, ni que nos dieran

más palmaditas en la cabeza, ni que nos leyeran más cuentos. Era la noche antes de Nochebuena y hacía días que Michael Christian no mencionaba *Los pájaros*, y yo había renunciado ya al tren en miniatura. Ya no queríamos más Deseos de Navidad.

Sammy habló con la enfermera de noche, le oímos suplicar argumentando que era Navidad, y ella dijo que de acuerdo, y con una linterna le acercó adonde estábamos. A la luz amarilla de unas pilas gastadas, vimos a Michael Christian desenvolver una televisión portátil.

Solo faltaba enchufar la televisión a la pared. Era Navidad, le insistió Sammy a la reacia enfermera. Pusieron la pequeña televisión en una silla y vimos el final de un Programa Especial de Navidad de Andy Williams. Vimos las noticias de las once. Entonces empezó la película: *Los pájaros*. Era Navidad, como Sammy había hecho ver a la enfermera de noche, que acercó su silla, desde su mesa de trabajo hasta la televisión. El volumen estaba muy bajo, para no molestar a los bebés averiados del extremo de la sala para Niños Pequeños; eran bebés que casi nadie venía a recoger hasta después de las vacaciones, si es que los recogían. Sammy se sentó en una cama vacía. Le dio unas palmadas a la manta. Michael Christian y yo vimos *Los pájaros*.

Durante los anuncios, la enfermera de noche echó un vistazo al pasillo por si pasaba la supervisora. Sammy la ayudó con los niños que lloraban. La enfermera de noche le dejó a Sammy más cojines. Michael Christian solo me habló una vez, durante un anuncio, cuando estábamos solos.

—Esos pájaros se la están liando bien gorda a esa gente —dijo.

Cuando acabó la película, era la madrugada de Nochebuena. La enfermera de noche despertó a Sammy y le dejó salir por la galería. Nos dijo que nos durmiéramos y llevó la silla de vuelta a la mesa de trabajo. En el vacío se oía el repiqueteo y los arañazos de los instrumentos metálicos de su mesa, el crujido de los tejidos almidonados al doblarlos. Saqué la cabeza ligeramente por encima de la manta, lo justo para ver la cama de Michael Christian. Su preciosa cabeza con peinado afro estaba enterrada bajo la almohada.

En el extremo oscuro de la sala lloró un bebé dormido y después todo quedó en silencio.

Era Nochebuena y estábamos sobrecogidos de miedo.

Diversión en la playa

Recibí una carta de una chica que decía que teníamos que vernos antes de que le dieran la condicional a su marido. Que quizá podíamos alquilar otro bungaló en las Cabañas Playeras de Big Bill como la otra vez, quizá preparar unas gambas al vapor y chuparles la cabeza, quizá romper otra caja de vinilos viejos contra la pared, cosas típicas de pedo de tequila, como que yo se la metiera por detrás mientras ella se asomaba a la ventana del bungaló y les silbaba a los marineros del paseo marítimo, que qué me parecía.

Le escribí preguntándole: ¿Te conozco?

Recibí otra carta en la que decía que ahora tenía un coche grande, un Caprice del 72 con un motor de 6.6 litros que se sobrecalentaba, sin aire acondicionado y con un asiento trasero en el que podían follar cuatro. Que con esa cilindrada se podía hacer el viaje de cuatro horas en menos de tres, así que podía salir pronto porque había dejado su trabajo. Decía que quería llevar el coche hasta la playa y atascarlo en la arena, tan metido que no pudiera salir, y que después nos lo montáramos en el asiento trasero hasta que la marea entrara por las ventanas mientras lo hacíamos.

Le respondí: No me habías dicho que estabas casada.

Recibí una postal escrita con letra de adolescente en la que decía que quería que me corriera en su pecho, por detrás, por arriba, por abajo, en la oreja y en el bolsillo de su impermeable de raso blanco. Que quería exprimir hasta mi última gota después de la corrida y me pedía que bebiera agua de ostras y zumo de piña para prepararme, lo primero por la sal y lo segundo por el azúcar, que qué fin de semana me venía bien.

Le respondí preguntándole: ¿Por qué estaba en la cárcel tu marido?

Recibí un trozo de papel engurruñado y pringoso con dos pelitos rizados pegados. Me olvido del asunto al no recibir ni una palabra más al respecto, y me quedo tirado todo el día en la tumbona del porche trasero con mi memoria tóxica, observando cómo se forman frentes borrascosos en el mar. Entonces suena el teléfono. Es ella. Está en la Tienda de Robo de Automóviles Lloyd, a seis manzanas de donde vivo, dice que ya está en la ciudad, que a su marido ya le han dado la condicional, que si me importaría que, cuando ella venga, su marido duerma en el suelo.

Mi memoria se niega a destaparse para que pueda rebuscar y descubrir quién es esta chica. Firma con una *S* o una *P* o una *D* y luego pone una carita sonriente encima de una *i* —o eso me parece—. Yo

había llevado en varias ocasiones a chicas de fuera de la ciudad a las Cabañas Playeras de Big Bill, para pasar unos días de diversión empapados en bebercio, con algún que otro amago de apareamiento, aunque en aquellos días de ebria flacidez casi siempre tenía que recurrir a meter el pulgar o amarrármela con un palo de helado y cinta de embalaje. Me extraña eso de que se la metiera por detrás mientras ella silbaba a los marineros, a no ser que fuera la que me ponía a cien diciendo guarrerías sobre pasteles de Navidad y gatos sin pelo.

Y luego estaba lo de su marido en el suelo. He tenido varios altercados con maridos y no me faltan pruebas: lesiones cerebrales y la estrafalaria raya a un lado con la que tengo que peinarme. Además, mi suelo es un sitio especial que he compartido en el pasado con mi perro, Bo, después de llegar arrastrándome a cuatro patas, como tenía por costumbre, tan ciego que no era capaz de subir hasta la cama, aunque sí capaz de ponerme en pie y avanzar a trompicones, y quizá mear en mi cajón de calcetines por enésima vez. Bo a menudo ocupa el espacio en el suelo entre el porche y el baño, donde a veces corre una brisa; allí, esto es innegable, Bo se convierte en un obstáculo para mis pies y contribuye a cualquier herida que pueda infligirme al tropezar con él en mis derivas nocturnas en la oscuridad. En mis días de lobotomía mental y botella en ristre, nunca daba mucho de comer a Bo, y es que a él no le gusta la mezcla de caparazones de cangrejos y picos de gallina machacados que solía comprarle. Así que cuando gimoteaba de hambre yo le abría la puerta, derramando mi cóctel de Vicks NyQuil con un toquecito de tónica, y le decía que se fuera a matar algo. Ahora Bo está gordo, de comer bordes de pizza de los cubos de basura que vuelca en la Avenida Turisteo. A menudo le huele el aliento a cebolla y anchoas. Tengo la convicción de que las malas maneras que por lo general se gasta Bo vienen de tanto tener que rebuscar en las basuras, y de que le han golpeado muchos coches de turistas. Creo que sufre de la misma languidez ósea, las mismas articulaciones doloridas, que un borrachín de huesos averiados como yo cuando cambia el tiempo y se forman frentes borrascosos en el mar.

Cuando recibo una llamada de la chica desde la Tienda de Robo de Automóviles Lloyd, se apoderan de mí unas fantasías potentes que me excitan sobremanera. En una de esas fantasías, Bo va brincando por las dunas salvajes al lado de mi casa y se come a la chica y al marido convicto según salen de su enorme coche nuevo. En mi fantasía, han bajado los seguros antes de salir, por lo que no pueden volver a entrar y Bo se los come, de modo que mi perro queda saciado para tres meses y yo dispongo de coche.

Llegado a este punto, mi memoria sabotea mis fantasías. Porque,

de pronto, recuerdo que soy la única persona a la que Bo ha perseguido, brincando entre las dunas, con la intención de comérsela. Fue cuando yo tenía trabajo y llegaba a casa vestido con mi americana a cuadros y pantalones de camuflaje tras un día de trabajo duro como técnico cartonero. Bo llegaba gruñendo y olfateando por la arena, alrededor de la cabina de duchas de abajo, y en alguna ocasión se detenía para engullir una rana como un Buda bajo el grifo de lavarse los pies. Bo fingía que no me reconocía hasta haber arrancado con sus dientes de sable algunas rebanadas de carne de mis pantorrillas.

Mi fantasía se acabó de desinflar cuando oí el motor de un coche grande que aparcaba junto a mi casa, las puertas que se cerraban y unos pasos por las escaleras. Me subí los pantalones y me bajé de la tumbona de plástico.

Nos dimos la mano alrededor de la chica, mientras ella decía: «Soy yo y él es el Hombre-E, ¿te acuerdas?», y yo dije: «Pues no», y él dijo: «Eh, sin rencor», y yo dije: «Puede ser».

No era tan grande, más o menos de mi tamaño, tenía las manos tan tersas que me dije que quizá fuera Ladrón de Cajas Fuertes, hasta que sonrió y vi sus dientes relucientes, afilados como agujas. Se frotó las sienes y dijo: «Estabas pensando que quizá era Ladrón de Cajas Fuertes, ¿a que sí?». Entonces preguntó si le podía prestar los diez dólares que yo había enrollado y metido en el bolsillo delantero derecho de mis pantalones. Se los di y el Hombre-E se dirigió a la puerta para irse. Le pregunté a la chica si siempre hacía eso y me dijo: «Sí, se le da muy bien sablear a desconocidos».

Mientras escuchaba a la chica, del fango estancado de mi cerebro se elevó una pompa de gas cenagoso, hinchándose como un espectral fuego fatuo de mi memoria, y al estallar soltó un recuerdo que me comunicó que esta chica tenía un pezón de más y podía doblar una moneda por la mitad. Sabía que era un truco, pero me acordé de que me gustaba verla hacerlo.

—Tenemos que aclarar lo de esta visita y tu marido —le dije, y la chica respondió que lo que ella tenía que hacer es tumbarse, tumbarse y ya está. Que le vibraba la cabeza de tanta electricidad estática.

Le pregunté si el Hombre-E suponía algún tipo de amenaza paranormal.

—¿No será el Mago Asesino de la Fiesta? —pregunté.

La chica me ignoró y se dejó caer con gran estruendo en mi agrietada tumbona de plástico, la de los ácaros y las arañitas de arena que te dejan marcas rojas en el cuello y la cara si duermes en el porche toda la noche. La chica empezó a agitarse en sueños, y con cada sacudida desenrollaba una tira del precinto de embalaje que envolvía mi cerebro, hasta que me acordé de ella, me acordé de que me había dicho que estas palizas que se daba en sueños eran

flashbacks por haberse tomado de niña un cuenco de tranquilizantes para cerdos. Me acordé de que me había acostado con esta chica. Me acordé de que acostarse con ella era como dormir en medio de una trifulca.

Estuvo unos treinta minutos en fase REM, golpeándose en la cara y meneándose encima de la tumbona. La estuve observando desde una distancia prudente, sentado en mi equipo de cróquet. Vi que pasaban por la playa Los Chicos, peinando la arena en busca de latas retornables y monedas extraviadas. Se detuvieron a observarnos en el porche.

—Ponle una cuchara en la boca —propuso uno de ellos.

—Gracias —dije.

—¿Otra vez tonteando con la mujer del Hombre-E? —dijo otro.

—¿Qué sabéis del Hombre-E? —pregunté, pero Los Chicos se largaron y se instalaron en las dunas salvajes que hay cerca de mi casa.

—No, Hombre-E, ese no —dijo la chica en mi tumbona, sumida en el combate de sus sueños.

El Hombre-E regresó con una bolsa enorme de la Tienda de Saldos Tirados, vestido con unos pantalones cortos a un dólar de los que por debajo colgaba su badajo de burro. Llevaba una camiseta a noventa y nueve céntimos con la inscripción BEACHIN' BABY, y unas chancletas negras y naranjas que daban palmas bajo sus pies.

—Ya verás lo que he traído —dijo, haciendo rebotar el bolsón en los escalones.

Entonces las chancletas negras y naranjas del Hombre-E se engancharon en la puerta mosquitera y él se puso a agitar su botín de un lado a otro para liberarse, como un espectro marino en Halloween. A continuación, soltó la bolsa en la mesa y me enseñó una cámara de plástico, con forma de pato y picos de pato en los laterales, acompañada de un estuche azul con cabeza de pato. En los pantalones llevaba montones de carretes. Contó que se había dejado la ropa vieja en los baños de mujeres de la Tienda de Robo de Automóviles Lloyd, ya que el de hombres estaba cerrado y dentro había alguien que gruñía. El Hombre-E parecía cambiado. En la bolsa de la Tienda de Saldos había un tubo aplastado de tinte para el pelo. Su nuca, previamente rubia, era ahora del color café negro de la mía.

En el fondo de la bolsa vi una lima de uñas Revlon y un par de botas de gravedad, de las que se utilizan para colgarse al revés. El Hombre-E me devolvió el cambio de los diez dólares: ciento setenta y seis dólares y cuarenta y cinco centavos.

—Venga, vamos fuera y me sacas una foto —dijo el Hombre-E, descalzo y con el badajo colgante, mientras salía por la puerta trasera

hacia la playa. El chasquido de la mosquitera al cerrarse no despertó a la chica, que roncaba entre sacudidas y babeaba sobre una mano dispuesta en forma de cuenco junto a la mejilla. Coloqué un ventilador a su lado para alejar a los gruesos mosquitos que habían comenzado a incordiar en el aire muerto, mientras el frente borrascoso se quedaba paralizado, volcado sobre el horizonte.

Fundí tres carretes mientras el Hombre-E chapoteaba en nuestras olas aceitosas. Por la noche, los buques de queroseno descargan al mar sus aguas de sentina. Te despiertas con un dolor de cabeza martilleante y ganas de beberte seis latas de etanol con alcohol. Una pandilla de colgados de metanfetamina pasó por donde estábamos sacando fotos y se empezaron a arrojar arena a los ojos. Saqué varias fotos del Hombre-E pasándole el brazo alrededor a una chica con el pelo color de aislante de fibra de vidrio. La chica le separó los labios al Hombre-E para ver mejor sus dientes afilados.

—Muérdeme —dijo la chica.

Los mordiscos del Hombre-E le dejaron marcas en forma de pezuñas que se pusieron a sangrar cuando la chica fibra de vidrio las pellizcó. La chica fibra de vidrio le pidió al Hombre-E que mordiera a todos sus amigos y él les masticó los brazos, los tobillos, los cuellos. El grupo de colgados de metanfetamina se largó otra vez en dirección al mar, ahuyentando a los bañistas con historias de peces vampiro, con los mordiscos en brazos y piernas a modo de prueba.

El Hombre-E quería volver a casa. Estaba tiritando. Yo también estaba tiritando, de ganas de echar un trago. El Hombre-E se chupó la sangre bañada en metanfetamina de su camiseta de BEACHIN' BABY. Yo estaba pensando si llevarle donde suelen parar Los Chicos, junto al desagüe de debajo de la calle Sesenta y Ocho. Nada sofisticado: cervezas malteadas cortadas con formol robado en el instituto, cigarros de algas, el idiota que toca canciones de musical en una guitarra hecha con una caja de puros y gomas elásticas… Lo típico.

El Hombre-E se empecinó en que quería llegar a casa antes de que anocheciera. Decía que tenía que hacer unos ejercicios para la columna vertebral. Caminamos bajo el paseo marítimo y el Hombre-E comenzó a encoger. Su cámara azul con cabeza de pato rebotaba contra su esternón hundido. Estaba tan encorvado que la carita le estaba desapareciendo. Estaba tan encorvado que su andar se transformó en un bamboleo, con las muñecas colgando, y una de sus manos se encontró con una de las mías.

—¡Mira, ese tío lleva un mono! ¡Chita, eh, Chita! ¡Capullo! —dijo un turista que iba por el paseo marítimo con su madre.

El Hombre-E había encogido tanto cuando llegamos a casa que fácilmente podría haberle cogido como una pelota entre las manos para arrojarle a la cubierta del petrolero que pasaba al ralentí oteando

el litoral.

A la mañana siguiente vino el Agente Welt. El Agente Welt sobrevivió a un ictus, pero tartamudea, y a veces le tiemblan las manos y la porra cae a la acera cuando se encuentra en el punto álgido del interrogatorio a un infractor. En esos momentos en que a la ley y el orden se le ponen los ojos vidriosos, se abre paso el brazo de un cómplice entre el público que empuja al infractor para que ponga pies en polvorosa. Corre, tonto, le dice el cómplice.

La orden de arresto contra mí estaba escrita en un bolígrafo rojo en los márgenes de un menú publicitario del Ninja Asesino, el chino que hay en el lado bueno de Baltic Avenue. Al parecer, me acusaban de Asociación Ilícita con un Chimpancé y Encubrimiento de un Perro. Le di al Agente Welt una propina de un par de dólares y eché el pestillo. Los farsantes tarados del coche de policía aparcado en la acera se descoyuntaban de la risa y daban palmadas en el salpicadero, y después encendieron la sirena un par de veces para llamar la atención del Agente Welt. El Agente Welt estaba dando vueltas, como un pato mareado, en las dunas junto a la casa. El mes pasado, los farsantes habían puesto al Agente Welt en el cruce de Avenida Impoluta con la Autovía de Succión, a dirigir el tráfico de turistas en hora punta. Un puñado de personas perdieron los dientes en colisiones meticulosamente reguladas y orquestadas.

Fui a la cocina y freí unas rodajas de tomates verdes y media docena de huevos caducados desde el Día de las Fuerzas Armadas. Puse el plato en la mesa y salí al porche a levantar a la chica de la tumbona podrida en la que había pasado la noche. Por mi parte, yo había dormido con un mazo de críquet entre las sábanas y un clavo de siete centímetros bajo la almohada. El Hombre-E estuvo toda la noche colgado bocabajo en la ducha, cantando, con las botas de gravedad enganchadas en las tuberías, estirando la columna, cantando y cantando bajo el chorro, aunque yo sabía que se le había acabado el agua caliente. Agarré el mazo bien fuerte y mordí el clavo.

Eché a la chica de la tumbona, tenía el cuello repleto de marcas rojas infectadas con ponzoña.

En la playa, el Hombre-E había construido un castillo de muros altos rodeado de un foso alimentado por la marea. Salí y el Hombre-E me mostró la empalizada, el módulo de recuperación suborbital, la biblioteca, la Sala de los Reyes y las torres de radiocomunicaciones que había hecho apilando arena con mi cubo de carnaza.

—Venga, sácame una foto —me dijo.

—Después del desayuno —le respondí.

Desenchufé la cafetera y serví a todo el mundo un café en vasos de

poliespán. La chica rodeó el vaso con las manos y dejó que se le enfriaran los huevos. El Hombre-E se entregó al plato de huevos con una cuchara del ejército que yo utilizaba para servirle a Bo la lata de GroDog cuando aceptaba tragarse esa bazofia radioactiva. El Hombre-E lamió el plato, se arrebujó a su lado —como hacía Bo junto a los animales atropellados en la calle— y se puso a mordisquear el borde de cerámica, para que no le saliera sarro, o eso dijo.

Cuando finalmente me senté, el Hombre-E ya estaba comiéndose el desayuno de la chica, sus huevos y sus tomates, y después la media hogaza de pan sacada del congelador.

—Hora de volver al tajo —dijo el Hombre-E, sacudiéndose la arena de su nuevo pelo negro en el plato.

Le sentaba bastante bien la ropa que había robado en mi habitación mientras yo estaba con el Agente Welt —mi camiseta favorita con la inscripción COONASS y los pantalones de la marina mercante—. Podría haber sido yo perfectamente, ese hombre que había dejado el plato en la fuente de plástico que tengo por fregadero y se había largado por la puerta de atrás para reforzar con arena el muro del castillo que daba al mar. La marea creciente amenazaba la *boutique* del castillo.

—Tenemos que hablar, tú y yo —le dije a la chica.

—Muy bien —dijo—. Ya me he tomado el café.

Deja caer su vestido, se queda desnuda. Saca de mi plato mis dos huevos fritos, fríos. Los coloca sobre sus pechos hasta que la yema se rompe y corre entre sus nudillos. Se acerca, se inclina hacia mí y deja que la yema gotee hasta que nos transformamos en un sándwich de huevo en el suelo, delante de los fuegos.

Lo intento, pero no puedo. Aguanto la respiración para escuchar si hay pasos en la arena. El aliento de la chica está más muerto que una borrasca de aire viciado y en su cuello supuran las diminutas mordeduras ulceradas.

¡Sube alguien por los escalones de atrás!

Suena un portazo antes de que pueda desengancharme. En la encimera está el cuchillo que he utilizado para cortar el tomate. Junto a la puerta hay una cuña de madera que utilizo para la contraventana. Hay una pistola Glock de nueve milímetros sobre el cajón abierto del papel aluminio. Todo está al alcance de quien llegue más rápido.

Una sombra en la entrada. Mi espalda se estremece a la espera del cuchillo de los tomates o de un disparo. Pero quien entra es Bo, con un taconeo de pezuñas sobre el suelo de linóleo. Le gruño y Bo me gruñe. Es obvio que ha estado tumbando cubos de basura en la calle Treinta y Dos, detrás del Vagabundo Vegetariano, lo deduzco por los bordes de pizza con frijoles y salsa orgánica entre los dientes

superiores y los colmillos.

Me despego del sándwich y me llevo al porche el café en el vaso de poliespán. El Hombre-E está ocupado con una excavación de gran envergadura cerca del castillo. Miro hacia la cocina. La chica está sentada en el suelo, con la espalda pegada al calor del horno, aún encendido de descongelar el pan. Tiene los ojos cerrados y Bo le lame las yemas de los pechos desnudos.

Por la noche se levanta viento. Sopla sin parar. Cerca de la costa, los buques de queroseno echan al mar sus pesadas anclas; en la ciudad, van cayendo cubos de basura: sin duda Bo está dándose un banquete. El viento erosiona el castillo del Hombre-E y empuja la arena de las dunas hacia los bajos de mi casa. En los lugares en los que la gente ha utilizado las dunas para enterrar mascotas, el viento revela huesos, pieles y collares. Polvo eres, dice la gente en esas ocasiones, de noche en la gran duna, antes de catapultar al abismo de arena una vieja toalla de playa en la que han envuelto, rígido, a Cachorrín.

El viento también había reunido a Los Chicos alrededor de los pilotes que sujetan mi casa, y se estaban pasando un tarro lleno de cebolletas fermentadas. El idiota había traído su guitarra hecha con una caja de puros y gomas elásticas para acompañar al Hombre-E, que estaba colgado bocabajo en la ducha, colgado bocabajo con su canto infernal. No parecía que la chica le oyera. Estaba agitándose en sueños, dormida en la mesa de la cocina, y el viento había repartido las cincuenta y una cartas de su solitario por toda la casa.

Ese canto infernal.

Machaqué una lámpara con el mazo de cróquet. Me tapé los oídos.

Tomé las llaves del coche de la chica y eché a Los Chicos de los bajos de mi casa. La ducha estaba vacía y el agua fría aún caía por el desagüe. Arranqué el coche, la luna era una gota sobre el capó oscuro. Había decidido ir a jugar a los bolos con el coche y echarle la culpa al Hombre-E cuando llegara la policía. Conduje hasta el extremo norte de la playa, donde arrollé unas sillas y mesas de jardín y perseguí a unos niños que jugaban al escondite y se pusieron a gritar. Arrollé sus bicicletas y sus juguetes. Me dirigí a Diablo Pass y arrollé una valla metálica recién puesta y aplasté una cerca de madera. La chica tenía razón, no hay nada como un coche grande con un motor de 6.6 litros y 170 caballos bajó el capó.

En Shore Drive arrollé un segmento de barreras de autopista donde estaban acabando la intersección I-4 y le corté el paso a un autobús lleno de niños que volvían de un campamento religioso. Por si acaso, en el camino a casa arrollé todos los cubos de basura de la Setenta y Siete a la Doce, e incluso choqué con uno que se quedó atrapado bajo el coche y fue soltando chispas por el bulevar mientras lo arrastraba.

Las chispas hacían saltar a los turistas de la acera y encendieron una hoguerita de basura en la esquina de Beulah y Dike. Era un fuego pequeño cuando lo vieron Los Chicos, pero ellos se encargaron de alimentarlo toda la noche con tablones que arrancaron del Albergue Juvenil Anfibio de Pentecostés, mientras tomaban chupitos de un bidón de líquido ignífugo. En casa, dejé las llaves del coche en el bolso de la chica y me tumbé en la cama con mi mazo de críquet y mi clavo de siete centímetros.

El Hombre-E no estaba por ninguna parte.

Por la mañana, los policías farsantes se abrieron camino con machetes a través de mi puerta mosquitera, con dos turistas histéricos a remolque. Estaba a punto de indicarles que podían encontrar al autor de las atrocidades automovilísticas de la noche anterior jugando en la arena de la playa, cuando la mujer turista se puso a gritar: «¡Es el monstruo!». La pareja de turistas gritaba y me señalaba, con vendas y gasas ensangrentadas en el cuello.

—Miren lo que me hizo esa bestia repugnante —dijo la mujer, apartando un poco de gasa para mostrar unas mordeduras que sin duda eran obra del Hombre-E.

Sin darme tiempo a defenderme, un policía farsante me dejó inconsciente con un extintor. Dejaron que el Agente Welt me metiera en el asiento trasero del coche de policía con un cabrestante y cuerda de piano.

Cuando recuperé la conciencia, esposado con las manos detrás de la espalda, me informaron de que me acusaban de Excavación Ilícita de Trampas para Tigres en la Playa. La noche anterior, la pareja de turistas se había ido a dar un paseo nocturno junto a mi casa para inhalar un poco de queroseno y los dos habían caído en un foso cuidadosamente camuflado donde alguien de mi tamaño había intentado comérselos, empezando por el cuello. La pareja se defendió del monstruo de las arenas con una botella de vino y los zapatos de la mujer, y vieron cómo el monstruo corría hasta mi casa con una camiseta que decía COONASS. El turista había logrado arrancarle un mechón de pelo color café negro al infractor.

—¿Puede explicar dónde estuvo cada uno de sus cabellos anoche?

Les dije que había estado jugando a los bolos.

—Sí, claro —respondieron.

Cada vez que abría la boca para defenderme, los policías farsantes aceleraban y luego pisaban los frenos de golpe, gritando: «¡Cuidado con el perro!», y yo me chocaba de bruces con la malla de acero que me separaba de los asientos delanteros. Los farsantes se lo estaban pasando pipa. Al girar hacia Briarwood Lane, salió Bo dando brincos desde detrás de la Charcutería Megamuerte y el policía al volante

subió el coche a la acera para atropellar a mi perro, arrollándolo contra un estacionamiento de bicis de alquiler.

—¡Eh, que ese es mi perro! —grité.

—¡Un perro! —gritaron los policías farsantes, y pisaron el freno de golpe.

Por lo de la trampa para tigres me echaron lo típico, doce horas entre rejas y una multa de quince dólares. A la hora del desayuno ya estaba en casa, con huevos caducados desde el Día de las Fuerzas Armadas y café en vasos de poliespán. El Hombre-E había rellenado su trampa para tigres y ahora estaba poblando su ciudad amurallada junto al mar. Con los huesos de las mascotas que había encontrado en las dunas de al lado de casa había hecho personitas para la fortaleza. La radio estaba encendida en mi habitación, la puerta cerrada, y se oía a la chica hablando y a Bo gimoteando. Le di una patada a la puerta, como hice una vez tiempo atrás, y los recuerdos volvieron a soltar su veneno en mi cerebro. En la habitación, la chica estaba curando la pata rota de Bo con gasas y linimento y por la forma en que me miró cuando le di una patada a la puerta, supe de golpe que una vez la había amado y que había sido hacía mucho tiempo.

Salí a la playa y me puse a dar patadas en la arena para tirársela a la cara al Hombre-E.

—¿Cómo te atreves a volver? —le dije.

Seguí pateando para enterrarle en arena, pero comenzó a encoger.

—¡Venga ya! —dije—. ¡No te me pongas a encoger ahora!

Me puse a estirarle y entonces se echó a cantar.

—¡Para! —dije, pero siguió cantando hasta que me quedé paralizado por una única nota y loco por echar un trago.

Me levanté la mañana siguiente en la playa, con la cara contra la arena. Justo antes de despertar, estuve soñando que intentaba lanzar una nota por una ventana abierta a una chica de la que, estoy seguro, estuve una vez enamorado, pero los policías farsantes me tiraban de la lengua con alicates de punta fina. Me despertaron mis propios ronquidos, solté un par de toses y abrí los ojos a tiempo de ver un cangrejo ermitaño que se escabullía de mi boca abierta por la arena.

Me incorporé. Había un cráter negro delante de mi casa, como si hubiera caído un meteorito de basura, y mi memoria pegó un acelerón, pero después se caló, y me acordé de Los Chicos y sus bailes jubilosos, nuestros bailes jubilosos, en torno al fuego, pegándole tragos a botellas de productos de limpieza. El fuego. Se había encendido en el castillo de arena, en la pequeña ciudad amurallada junto al mar, en una marea de queroseno que cayó en el foso. Alguien. Alguien lo había encendido. Durante varias horas ardieron la *boutique*

y la biblioteca, el Salón de los Reyes, y las personitas de hueso quedaron atrapadas en la iglesia y acabaron convertidas en cenizas, como en un crematorio.

No sabía si pasarme la lengua por los dientes, pues sabía que cada diente que faltara y cada muela suelta se deberían a un intento de morder la acera o mordisquear el bordillo, o al golpe seco de un palo de billar blandido con razón por un ciudadano indignado. Mi lengua realizó un rápido recorrido de una mejilla a otra y me la rebané limpiamente al pasarla por mis dientes delanteros, afilados como cuchillas durante la noche.

De camino a casa, oí el bramido de los disolventes para camisas y pantalones chapoteando en el ciclo de enjuagado de mi estómago. Lógicamente, Bo ya no estaba. Lógicamente, la chica ya no estaba. Lógicamente, el coche ya no estaba. Pero se oía el grifo abierto en la ducha de abajo. Se veían los tacones de las botas de gravedad colgadas de las tuberías. Abrí la puerta de la ducha. El Hombre-E todavía estaba allí. Estaba colgado al revés, bajo el agua, con un clavo de siete centímetros atravesado en el corazón con un mazo de cróquet.

Los días especiales vienen a visitarme Los Chicos. Me traen noticias del exterior y, para la dentadura, masticadores para perros. A veces me traen fotos que han sacado con la cámara de cabeza de pato. Siempre hay fotos de la chica y Bo. La chica y Bo se han instalado en mi casa y viven allí tan ricamente. Los Chicos me enseñan las fotos de la chica y Bo en la playa en las tardes de queroseno, y ella lanza huesos, ennegrecidos por el fuego del castillo, para que Bo se los traiga. Me enseñan las fotos, pero no me dejan que me las quede.

Está bien así.

Justo el otro día recibí una carta de la chica. Decía: «Gracias gracias gracias». Cuando salga de aquí tengo pensado irme a vivir con la chica y el perro, como en los viejos tiempos. Si la memoria no me engaña, seremos muy, pero que muy felices.

Estudio con encanto,
1 hab., ventanas francesas,
tranquilo, seguro. Comisión

El insomnio es fácil.

Cuando tienes insomnio, abres las ventanas francesas del apartamento —demasiado caro para ti— y apuntas a la chusma que está en la esquina vendiendo droga con tu Smith & Wesson Airweight del calibre 38, y presionas el gatillo hasta el punto de asustarte; o llamas a la cabina telefónica en torno a la que están y haces comentarios malévolos sobre sus pintas, su ropa, su acicalamiento, la forma en que se agarran la entrepierna; o llenas unos condones de agua y se los lanzas a los gánsteres borrachos que frecuentan el restaurante de pasta que hay enfrente de tu apartamento cuando salen hablando a voces, sueltan las típicas chulerías de gánsteres, se anudan las corbatas en plan gánster cutre, simulan que boxean con el aterrorizado e inmaculado empleado chileno del aparcamiento adyacente al restaurante de pasta para gánsteres, se divierten anudándole la corbata muy fuerte al empleado chileno, le levantan en su silla de plástico verde, le mandan a recoger su Buick, y mientras, dos de los gánsteres borrachos se enrollan en las largas cadenas de la puerta del aparcamiento, resoplan como si fueran a partirlas sacando pecho, muerden los eslabones, como gladiadores encadenados que gruñen al luchar con osos, mientras un tercer gánster abre la manguera de jardín que el chileno inmaculado utiliza para lavar la acera de los meados y vómitos de los anteriores gánsteres, y el tercer gánster moja con la manguera a los coches que pasan, les desafía a que paren, se pone en cuclillas entre dos coches aparcados y moja a dos personas que pasan, personas desarmadas que no se atreven a girarse y enfrentarse a seis o siete gánsteres borrachos, y entonces tú, presa del insomnio, te asomas desnudo a las ventanas francesas del apartamento —demasiado caro para ti— y volteas un par de veces, como si fuera una honda, el condón con depósito, atado y cargado de agua, lo volteas, hacia delante y hacia atrás, en busca de la trayectoria perfecta, y entonces lo sueltas y observas su vuelo en el aire, un vuelo que se asemeja a los pechos de una chica rechoncha y feliz, unos pechos que bullen en el escote de su vestido de verano —barato y de algodón— cuando ríe al bajar con tacones altos las escaleras del metro, y tú te asombras de la dinámica maravillosa de sus dualidades, la elasticidad, la abundancia, la contención de este ridículo objeto de látex, repleto de agua con su pezón-receptáculo, mientras vuela hasta la acera de enfrente y comienza su descenso, y no se estrella contra el gánster de la manguera, ni contra los dos que juegan a Espartaco encadenado, de hecho no se estrella contra ningún gánster, sino que

explota en la acera y salpica los zapatos y los puños de la camisa del Gran Capo, por lo que todos los gánsteres miran arriba, a ver qué pasa arriba, miran pero no ven nada, uno suelta la manguera, los otros dejan las cadenas, todos se gritan, el Gran Capo mantiene la calma pero está furioso, uno de los gánsteres menores limpia los zapatos del Gran Capo con un pañuelo, perdón perdón perdón jefe, el Gran Capo que había tolerado los juegos de niños borrachos se encuentra ahora rodeado de idiotas, unos idiotas con pistola que se supone que van a tirarse delante del capo para parar las balas y ni siquiera pueden detener un globo de agua, y uno de los brutos, por hacer algo, examina el agua en la acera, en busca de pistas del tipo al que va a haber que cargarse por esto, Gran Capo, Jefe, sí señor, zapatea en el dibujo del agua en la acera, analizando la forma, en busca de una pista reveladora, porque está a un microsegundo de sacar su Semiautomática Olorisca Sobaquera Tec-9 contra el pringado que haya sido, y entonces ve con desconsoladora familiaridad el condón roto y, antes de pararse a pensar, dice: «¡Mirad, es un condón!», y el Gran Capo le da una patada al fragmento de látex, con su precioso zapato que a punto está de golpear al hombre agachado a su lado, y el chileno saca el Buick, los gánsteres le sacan del coche a tirones y señalan la azotea, tiran de él un poco más, y arrojan un puñado de billetes a su silla de plástico verde, después se precipitan caóticamente hacia el interior del Buick, sientan sus músculos enfundados en trajes baratos, arrancan a toda prisa al principio, luego se ralentizan, echan una última mirada desde las ventanillas del coche a los tejados de la calle, sus ojos miran más arriba de donde estás, tú con tu insomnio, desnudo en la oscuridad, las ventanas francesas abiertas del todo en el apartamento —demasiado caro para ti—, te agarras la entrepierna en dirección a ellos, les haces una peineta, les escupes y, cuando se han ido, te sientas y esperas en la esquina de la cama, jugando con la pistola, esperando a que llegue el camión de la basura, el panadero, un ladrón, el alba.

Jamás en la vida

Nos habíamos quedado atascados en una carretera secundaria rumbo a una cabaña de los pantanos, yo y una chica de la que andaba buscando algo. Ella había puesto los pies en el salpicadero y yo le había metido una mano por la espalda, por debajo de su bonito jersey morado. Le estaba contando historias de fantasmas. Es algo que normalmente me funcionaba, pero esta chica no era como las otras. Era de otra ciudad. Según ella, su incapacidad para ver los fantasmas de otra gente era un síntoma de su ensimismamiento. Me pidió que le contara una historia de fantasmas de verdad, una en la que hasta ella pudiera ver al fantasma.

—Bueno —dije—, no todos los fantasmas son en plan sábana blanca. Algunos son bolas de fuego que dan vueltas en el techo de la habitación de una casa antigua y algunos son un trapo que aparece en una escalera todas las mañanas. Todas y cada una de las mañanas. Y sabes que no lo ha traído un perro, porque has dejado al perro fuera, y sabes que no es un niño porque no tienes niños, y sabes que no son ratones, etcétera etcétera. Sabes que es un fantasma porque resulta un incordio, por el dolor de espalda al agacharte todas las mañanas, por el programa de televisión que interrumpe con su silueta al pasar por la puerta.

En aquel momento la chica me volvió a parar, a mí y a mi mano. Me preguntó hacia dónde iba.

—Vale —dije—, lo que tengo son sobre todo historias reales sobre gente muerta a la que había conocido bien, y en su muerte hubo algo raro o divertido. ¿Me sigues? La parte de los fantasmas te la tienes que imaginar tú.

Le dije que tenía una historia real sobre una cosa que ocurrió en la carretera en la que estábamos estancados, que si quería oírla.

—¿Es una historia real o una historia de fantasmas? —me preguntó.

Le dije que estaba bastante seguro de que las dos cosas.

—Venga, cuéntamela —me dijo, recostándose en el asiento. No era una chica como las demás.

—Una noche estábamos un grupo de amigos en la cabaña del pantano, tomando cervezas y whisky, con un cuenco de marihuana en la mesa. Acabábamos de echar otra silla al fuego. Más que una fiesta, era una larga velada huraña que estábamos pasando juntos, en la que de vez en cuando uno se levantaba de pronto, daba unos pasos tambaleantes, salía de un portazo y los demás ni levantaban la vista

del vaso. Es exactamente lo que hizo nuestro amigo Guy, un chico con mechones largos rubios que llevaba todo el año la misma camisa de franela roja, el típico tío que siempre lleva un porro detrás de la oreja. Se levantó a trompicones y desde la puerta nos dijo que se iba a casa andando. Casi ni nos acordamos del momento en que se fue.

—Buf, ya estoy muerta de miedo —dijo la chica.

—Pues deberías estarlo, porque desapareció.

—¿Qué quieres decir con que desapareció? —dijo.

—Digo que desapareció porque nadie le ha vuelto a ver desde entonces, digo que desapareció porque vino la policía a buscarle. Nosotros mismos estuvimos buscándole el otoño pasado. Había niebla y la policía fue al aserradero a preguntar si algún conductor de camiones con troncos había visto algo, si habían llevado a algún autoestopista o algo así, pero dijeron que no habían visto a nadie, y son los únicos que recorren estas carreteras por la noche, vienen a toda mecha desde los grandes bosques de Carolina. Caminamos por el arcén de la carretera principal en busca de algún indicio de que Guy se hubiera metido en los pantanos o se lo hubieran tragado las arenas movedizas. Caminamos por el arcén desde la cabaña hasta la ciudad, son bastantes kilómetros.

—¿Y el fantasma? —dijo la chica, que se separó un poco para mirar por la ventana.

—Imagínártelo es cosa tuya. La verdad es que no soy capaz de concebir cómo sería el fantasma de Guy. Guy era demasiado vago para andar apareciéndose por ahí. Habría dicho que no le apetecía ir a fastidiarle el día a la gente. Estaba demasiado fumado casi todo el tiempo como para colocar un trapo en las escaleras en plan irónico. El fantasma de Guy tendría que ser lo que él habría querido ser. Un dibujo animado, por ejemplo.

—Así que tengo que vigilar por si sale un dibujo animado flotando entre los árboles —dijo la chica, que dobló su bonito jersey morado para hacer una almohada.

—No estoy seguro —dije. La historia de Guy me había deprimido un poco.

Guardamos silencio.

—Entonces, ¿esa es la historia real de fantasmas raros o la historia divertida de muertos y fantasmas? —preguntó la chica.

—Bueno, tengo una historia divertida de fantasmas y muertos, una historia de criminales. Había un tipo al que yo conocía, Johnny, que está muerto, y al parecer su fantasma solo se me aparece a mí. Es decir, tú podrías ver su fantasma, pero no sabrías quién era.

—¿Y eso cómo es? —dijo la chica.

—Es lo que te dije antes, que no todos los fantasmas son en plan

sábanas blancas. De todas maneras, no estoy seguro de que Johnny tuviera la inteligencia necesaria para manifestarse dramáticamente. Además, el pobre Johnny era disléxico y eso le da un toque curioso al fantasma.

—Prueba a ver —dijo la chica, y me arrimé a ella.

—Johnny era el primer oficial de un barco de arrastre, yo me encargaba del cabrestante. Yo tenía que aprovechar para dormir durante su guardia, pero él bajaba por la escalera de la escotilla, me despertaba y me llevaba al puente de mando. Me decía: «Léeme la carta, lee el sistema Loran, ¿estamos perdidos?». Y yo fumaba de su tabaco. Era casi el final de un largo viaje y él me vendía los cigarrillos por cincuenta dólares cada uno. Yo leía la carta y el Loran. El último día del viaje, camino a casa, íbamos justos de combustible. Yo estaba reventado de hacer mis guardias y estar despierto en la mitad de las de Johnny, y el último día no le dejé que me sacara de la litera. Después salí enfurruñado a la cubierta a preparar cosas y abrir escotillas. Johnny estaba en el puesto de vigía. Me arrojó un cigarrillo. «Ahora a cien dólares», dijo. Era un día luminoso, debían de quedar dieciocho horas para llegar a casa, pero entonces vi que el sol brillaba en la parte equivocada del cielo. Los continentes habían cambiado de sitio y ahora estábamos más cerca de Inglaterra que de la ensenada donde vivíamos.

—Y alguien le mató por eso —dijo la chica.

—Casi —dije—. Yo mismo casi le mato. Pero te lo cuento para que entiendas por qué nos pareció tan gracioso después que alguien se tomara tan en serio a Johnny como para matarle. Fue después, ese mismo año. La temporada de pesca había terminado. Johnny reunió una tripulación, chavales casi todos, para llevar un barco de arrastre a Colombia. Era marihuana. Todos esperaban un paraíso tropical de aguas verdes y playas limpias, y lo que encontraron fue olas de cuatro metros y lluvia, kilómetros y kilómetros de rocas escarpadas, y un litoral montañoso. Ni siquiera estaban seguros de haber llegado a la bahía correcta, la carta que llevaban con las indicaciones no era de fiar. Echaron el ancla y pasaron allí dos días muertos de hambre sin que viniera nadie. Una noche, cuando estaban a punto de mandarlo todo al carajo y largarse a México a repostar, un grupo de canoas con motor salió a su encuentro. Unos indios gigantescos se subieron a la borda y entonces salieron más canoas cargadas con fardos y fardos de hierba. Un amigo me dijo que un indio al que pusieron a trabajar en la bodega era tan alto que, cuando estaba debajo de la escotilla principal, su cabeza sobresalía por la cubierta, y podía agarrar un fardo entero con cada brazo. El plan era que los indios le dieran a Johnny combustible y comida fresca. La última canoa trajo un barril de gasolina y unas gallinas vivas.

»Johnny las pasó canutas para traerlos vivos. Se escaparon de la Guardia Costera en un ciclón, pero un chaval salió disparado contra una mampara y se rompió un brazo de mala manera. En Bahamas los estafaron con el combustible y, en algún punto de la curva inferior de la costa de Carolina, Johnny perdió los papeles. Amarró el barco en una ensenada, llamó a los criminales para los que estaba trabajando y después a su hermano mayor, Bucky.

»Yo estaba bebiendo con Bucky en el Thirsty Camel, en Ocean View, cuando Bucky recibió la llamada. Johnny le dijo que había llamado a los jefes de los criminales y les había dicho dónde iba a dejar el barco. Los jefes de los criminales le habían dicho a Johnny que si no traía el barco por la bahía de Chesapeake, como habían acordado, Johnny iba a estar muy, muy muerto, en muy, muy poco tiempo. Bucky volvió a la mesa a contarnos esto. Todos los que estaban en la mesa en aquel momento eran pescadores. Es decir, aunque no todos éramos pescadores, porque yo no lo era, todos estábamos trabajando de pescadores para sacarnos un dinero extra. Todos habíamos estado en barcos con Johnny, todos sabíamos historias de Johnny, y aunque Bucky parecía preocupado por su hermano pequeño, en el fondo no le importó que nos partiéramos de risa cuando nos contó que la mafia iba a pagar a alguien para que mataran a Johnny. Y aun después de que Bucky nos dijera que nos acabáramos las bebidas y que íbamos a meternos en su coche para bajar por la costa de Carolina esa noche, seguíamos tirándonos del brazo y cantando como colegialas: «¡Van a matar a Joooohnny! ¡Van a matar a Joooohnny!».

»Todos íbamos tranquilos con Bucky al rescate de Johnny. Bucky era el típico capitán de barco de arrastre: ante la duda, a todo gas. Bucky le echaba agallas a todo, a veces desafiaba a mesas enteras de pescadores a bailar un vals con él en el aparcamiento, y al pasar por nuestra mesa, rumbo al exterior, nos decía que eligiéramos nuestra pareja de baile.

»Encontramos el barco de Johnny amarrado a un embarcadero de una pesquería apartada, cerca de Wilmington. El barco, una tartana, apestaba a mierda y vómito, y a la gangrena del brazo roto de aquel chaval. El único olor aparte de aquella peste era el aroma perenne de la marihuana fresca. Tras decirnos que limpiáramos las cubiertas y largáramos amarras, Bucky me dijo que la embarcación olía igual que las Navidades en una residencia de ancianos.

»Al dejar Knots Island, sintonizamos las conversaciones de la Guardia Costera en la radio y eran sobre nosotros. Vimos un destello lejano de luz azul y un punto brillante que se movía en nuestra dirección en el radar. Metimos máxima velocidad en dirección al mar, por lo que se estropearon lonas y escotillas, e izamos aquellos fardos,

llenos de cogollos tan grandes como piñas, para arrojarlos por la borda. Más tarde, cuando el guardacostas se puso a nuestro lado, estábamos inundando la bodega vacía con agua del mar para enjuagar todo, lo que casi nos hunde por llevar el barco tan bajo.

—Y los criminales mataron a Johnny por eso —dijo la chica.

—No —dije—. Johnny murió de sobredosis de heroína un par de meses después en New Bedford. ¿Su fantasma? Su fantasma me visita cuando no pronuncio bien mi propio nombre, o cuando el sol brilla en la parte equivocada del cielo.

El sol bañaba el bonito jersey morado de la chica cuando nos tumbamos en el asiento del coche. Era un día de otoño con nubes luminosas. Finalmente, salí y traté de sacar al coche del barro, bamboleándolo mientras la chica pisaba el acelerador. Estábamos muy atascados.

—Venga, vamos andando hasta la ciudad —dije, y la chica estuvo de acuerdo.

No era una chica como las otras. Fuimos por la autopista, bueno, de hecho, por el medio de la autopista, porque era domingo y el aserradero estaba cerrado. Íbamos andando, sin hablar ya de fantasmas, y de repente le vi allí.

Era Guy.

Tenía unos cuatro metros de largo, ocupaba un carril entero, un dibujo oscuro de una sola dimensión en la calzada.

No me pareció necesario tratar de que la chica viera el fantasma de Guy. Le pasé un brazo alrededor de la cintura y rodeé con ella la aparición; esquivé aquel molesto obstáculo en el asfalto que habría roto el encanto de aquella tarde mágica juntos. Caminamos y yo seguí hablando, le fui señalando cosas: las barbas blancas de musgo en los árboles, los troncos-cocodrilo en las ciénagas, las lúgubres narices de cipreses que respiraban hondo en las aguas negruzcas. Y mientras yo hacía aparecer todas estas cosas para ella, supe que ella no sabría, jamás en la vida, lo que me estaba dando entonces, los espíritus que estaba apaciguando con solo dejar que me calentara contra ella mientras caminábamos.

Caridad

No había barreras de seguridad en el puente. Solo un quitamiedos de madera a la altura de los neumáticos. El sedán comenzó a atravesar el puente, pero al momento se precipitó hacia el barro que había debajo. No los descubrieron hasta el amanecer, el niño roto, la mujer muerta.

Con las piernas y la parte superior —hasta el cuello— escayoladas, el niño esperó que alguien viniera a recogerle al ritmo del calendario del hospital. Semana de Paladares Hendidos: balbuceos, babas y cenas a base de avena hervida y huevos poco cocidos. El Mes de los Ciegos: igual que un juego en una fiesta, en el que unas manos inciertas sacudían a los niños para despertarlos mientras ellos tanteaban las barandillas de la cama intentando encontrar las manos de las enfermeras. El niño también siguió esperando durante el Mes de la Cadera Luxada, el Fin de Semana de los Desfigurados y el Día de los Testículos No Descendidos. El Mes de los Quemados era en verano. Había niños que destrozaban su juguete favorito y lo machacaban contra el suelo, en medio de un gran griterío mientras las monjas trabajaban, recurriendo primero al hielo y la pomada, luego a las jeringuillas. Pese a las inyecciones, persistían los porrazos y los ruidos, algo así como el contacto de carne contra carne en las camas, entre rojos y blancos relucientes.

El niño se hizo amigo de un chico que tenía cola, como un animal. El chico robaba cositas de las mantas de los niños en coma para jugar con ellas. Los médicos iban a cortarle la cola al chico, según contaba, y cuando preguntaba, las monjas le decían que un cura enterraría la cola en un cementerio. Cuando el chico preguntó si le permitirían ir al funeral, las monjas dijeron que no, que su alma no estaba en la cola.

—Entonces voy a escaparme —le confió el chico al niño roto, mientras se le agitaba la cola en la pernera del pantalón en la que estaba encajada.

Cuando llegó la hora del chico con cola, le pillaron por sorpresa. Las monjas le apartaron de su bandeja de desayuno y le pusieron una bata de hospital que después abrocharon. El niño roto le despidió con la mano mientras pasaron a su lado empujándole en la cama con ruedas. Más tarde, el chico volvió con la cola. Lo que ahora le faltaba eran las piernas.

—¡Se lo dijiste tú! Te voy a matar —acusó el chico con cola al niño roto, mientras su cola nadaba nerviosa entre las sábanas vacías buscando las piernas.

Un día, en el Ala de Recuperación, el chico con cola le dijo al niño

roto:

—Estoy cada vez mejor. Te aconsejo no dormir por la noche.

Por la noche, el niño observaba la cama del chico de la cola. En la entrada de la sala, en la oscuridad azul, roncaba una monja sobre un libro abierto, una lámpara y una taza de té. El niño veía que un brazo se elevaba súbitamente de las mantas y le arrojaba algo, y entonces sentía el hormigueo de una cucaracha en la cara. Había cientos de ellas, del tamaño de dedos, en los orinales junto a las camas. El niño roto trataba de atrapar las cucarachas antes de que descendieran hasta la escayola y anidaran allí. ¡Pilla! Un lanzamiento rápido y un susurro. ¡Pilla! Y así hasta que el barrido de una linterna imponía el silencio.

El Mes del Cerebro el chico con cola se puso a comer de todas las bandejas a su alrededor.

—Me estoy poniendo fuerte —susurró el chico con cola—. Me como todo para ponerme fuerte. Te aconsejo ponerte fuerte —le dijo al niño roto—. Te aconsejo decir tus oraciones para reunirte con Jesús.

A su alrededor, brazos sin cerebro saludaban y se despedían con las manos.

Las vacaciones de Navidad coincidían con el Mes del Reformatorio. A cada rato, inspecciones nocturnas y robos de ropa. Peleas a puñetazos en las duchas y aún peor. Un incendio en la lavandería y una monja que casi se queda ciega con un tenedor. A todos les fascinaba la cola del chico. Se inclinaban sobre las barandillas de su cama, cual granjeros en una valla, y la tocaban.

—Les he pagado para que te maten —le dijo el chico con cola al niño roto—. Van a pillarte por la noche, chivato, te van a estrangular, te van a matar.

—Pero si no tienes dinero —respondió el niño roto, y el chico con cola abrió un puño y enseñó un centavo.

En Navidad iban misioneros con naranjas y crucecitas de plástico para que jugaran los niños. Le daban al niño roto una naranja de más porque el chico con cola les había dicho, de manera confidencial, que al niño no le quedaba mucho de vida.

—El Señor acoja y proteja tu alma —decían los misioneros.

Llegó una dama a tocar la flauta y enseñar a los niños fotos de animales en un libro.

—¡Mira, eres tú! —le gritaban a un niño que tenía un hocico como un cerdo.

—¡Mira, eres tú! —le gritaban a un niño que parecía un animal con colmillos.

—¡Mira, eres tú! —le gritaban a un niño ciego que decía: «¿Y yo, a cuál me parezco?».

La dama estaba cerrando el libro, con la intención de irse, cuando el chico con cola dijo:

—¡Mira, soy yo! ¿Qué es eso?

—Es una foto de un mono —dijo la dama al mirar el libro—. Escalan árboles y se cuelgan de la cola.

—Sí, soy yo, soy yo —dijo el chico con cola—. Y tú ni siquiera estabas en el libro —le dijo al niño roto cuando la dama se largó.

A partir de entonces, les decía a las monjas:

—Dadme plátanos y cacahuetes. Soy un mono. Puedo colgarme de la cola. Mirad lo que hago —el chico se desplazaba de la barandilla de una cama a otra con la cola—. Pronto aprenderé a colgarme de las bombillas y a bajar girando desde los ventiladores. Una noche te vas a despertar y me verás colgado encima de tu cama —le dijo al niño roto —. Entonces ya será demasiado tarde para ti. Después me iré por los árboles. Nadie podrá atraparme y a nadie le importará lo que te pase.

El niño roto rogó a las monjas que encontraran a su madre. Está con Jesús, le decían siempre. Las monjas llamaron al ejército y encontraron un padre para el niño. El padre pasaba el día rastrillando calles para los desfiles, la artillería le había perjudicado las entendederas.

—Llamen a otro sitio —dijo el ejército a las monjas antes de colgar.

Una noche se oyeron ruidos. El chico con cola estaba en el suelo. Se cayó de la cama, le dijeron las monjas al niño roto.

—Iba a por ti —dijo el chico con cola al niño.

Cuando sacaron al niño de su escayola era el Mes del Miembro de Más. Llegaron visitas. Cuando sacaron al niño roto de su escayola descubrieron que sus piernas se habían convertido en unos palos tiesos con largos pelos negros.

—Qué interesante —dijeron las visitas antes de ver al chico con cola.

Hicieron un carrito con ruedas para que el niño roto pudiera desplazarse por los pasillos y esperar. Iba rodando hasta el final del largo pasillo que llevaba a la sala donde estaban la comida y los donativos de las obras de caridad. Cuando veía que llegaba el camión con las bandejas de comida, volvía de vuelta por el pasillo cantando: «¡El Camión de las Bandejas! ¡El Camión de las Bandejas!». Ya no le asustaba el chico con cola. El chico con cola se había ido con las visitas. Con el dinero que las visitas dieron a las monjas, compraron un reloj de pie. Se alza solitario en el largo pasillo que lleva a la sala de las obras de caridad. Hasta el día de hoy sigue dando la hora exacta.

La Roca de Plymouth

Yo he visto el futuro de la ley y el orden en este país, y es mi hermano Douglas. Douglas, conectado, pinganillo en la oreja, micrófono en la solapa, mirada fija bajo las gafas de sol reflectantes. Se abre paso a empujones entre la multitud, abriendo su enorme chaqueta comprada en Sears para fardar de pipa, para hacer relumbrar la pistola pegada a su costado como un sistema de respiración asistida. Farda por aquí, farda por allá, que todo el mundo sepa que se expone a morir víctima de una bala expansiva.

Todo el mundo está orgullosísimo de Douglas. A mí ni me habla. Hacía mucho tiempo que no veía a Douglas. Bajé a la tienda a comprar unas cervezas y una revista. De la nada, salieron Douglas y un gorila y me empujaron contra el escaparate.

—Escúchame bien, payaso. Te tenemos controlado —dice Douglas —. Tenemos gente que te vigila, listos para arrestarte.

Douglas me dice que, cuando venga el presidente a la ciudad, más me vale quedarme en casa.

—Ni se te ocurra salir a la calle, ni mascar chicle, ni tirarte un pedo en dirección del presidente.

A continuación, Douglas me quita las gafas de sol de un manotazo.

—¿Ves? Tiene ojos de asesino —le dice al gorila.

Douglas me deja caer en la acera y se largan en uno de sus coches de paisano.

¡Ojos de asesino y una mierda!, digo a la calle en voz alta. Todo el mundo dice que tengo los ojos de mi madre. Me parezco a la parte de mi madre. A sus hermanos, mis tíos, les gusta beber, estar de fiesta y echar a perder la vida como yo. Douglas se parece a papá.

Como el último Día de Acción de Gracias, que fue la última vez que vi a Douglas. Yo estaba tan tranquilo tomándome unos Bloody Mary con mi bata al estilo George Jetson, el padre en la serie de dibujos *Los Supersónicos*, mientras veía el desfile en televisión. De repente llega Douglas, dándose aires al quitarse la chaqueta, para fardar de pipa delante de mí. Lleva debajo un chaleco antibalas de teflón plastificado.

—Douglas, tío, ¿por qué no te tomas una copa conmigo y te relajas?

Douglas no bebe. A la más mínima, le cascan un análisis de orina.

—Douglas, siéntate aquí a ver el desfile. Te va a gustar, Douglas, están bajando con globos de superhéroes por la Quinta Avenida. Tienen a Super Can[1] y todo.

Sigo así hasta que es la hora de comer. Madre dice que puedo vestir el albornoz en la mesa siempre que vaya peinado como Dios manda.

Padre trincha el ave y yo ya estoy con el vino dulce. Madre pide que alguien bendiga la mesa. Miro a Douglas. Estoy pensativo, porque me pregunto: ¿qué le tiene que pasar a uno en la vida para que se meta a trabajar en la ley y el orden? Me pregunto: ¿será por mí? Madre y Padre siempre estaban castigando a Douglas por no impedir que su hermano se metiera en problemas, por no impedir que le sacara el ojo a Bobby Van con la escopeta de aire comprimido, por no impedir que Buddy Burnette y yo tiráramos aquel maniquí en medio del tráfico en Halloween. Después, cuando nos portábamos bien y estábamos sentados en el montón de arena, Douglas salía de casa para neutralizarnos y nos hacía una llave, practicando el jiu-jitsu de aquella revista que había pedido por correspondencia, hasta que uno de los dos vomitaba.

Douglas y yo éramos muy diferentes. A Douglas le iban los aviones colgados de hilos del techo. Unos bombarderos nazis enormes, de color negro, con las alas plegadas, con pequeñas municiones en los cañones y bombas para soltarlas.

Una vez el tío Kip, hermano de Madre, vino a una fiesta en el patio de los Cutchins, los vecinos. El tío Kip se puso hasta las cejas y tuvieron que acostarle en mi cuarto, así que yo dormí en el de Douglas. Tumbado en la cama, la luz del patio de los Cutchins iluminaba la Luftwaffe de Douglas, pendida de hilos, como si sobrevolara Londres. Me dormí un rato y cuando me desperté la fiesta se había acabado, todo el mundo se había marchado. Me quedé tumbado y miré hacia arriba, a esos grandes aparatos negros que giraban en la brisa, en suspensión, a la espera de reventarte la cara si te dormías otra vez. En eso estaba pensando en el último Día de Acción de Gracias. Al mirar a Douglas, me dije: ¿qué forma es esa de irse a dormir para un niño todas las noches? Y Douglas me devolvía la mirada con ganas de fardar de pipa.

A mí lo que me iba eran los barcos. En mi habitación construí el Cutty Sark, el Kearsarge, el Royal Hind y el Yankee Clipper, además de los grandes acorazados japoneses. Pero yo no los tenía expuestos flotando en una pecera. Buddy Burnette y yo los quemábamos en las batallas marinas del montón de arena. Había una mecedora en el rincón de mi habitación en la que Madre solía mecerse cuando yo era pequeño. A veces, yo me subía a la mecedora, de rodillas y de cara al respaldo, y me agarraba a los dos pomos de madera como si fueran el timón de un barco. Me mecía en el mar encrespado, hacia adelante, hacia atrás, asomándome cuando el barco surcaba las olas. Me mecía, hacia adelante, hacia atrás, e imitaba el ruido del viento y el sonido

del agua como si se oyera el silbido de la espuma. Las olas arremetían contra la proa y trataban de arrojarme por la borda. La gente gritaba: «Socorro, socorro», entre ellos mi primer oficial, y después todos caían por la borda, y me quedaba prácticamente solo mientras me mecía, hacia adelante, hacia atrás, y me preparaba para otra ola, hasta que una vez un huracán me arrojó al mar del suelo. Madre subió a ver qué pasaba con aquel griterío de gente pidiendo socorro y aquel ruido de olas y viento. Me vio nadando en el suelo. La espuma en la boca solo era para lograr mayor realismo. Ese naufragio fue la gota que colmó el vaso para que me llevaran a ver a la doctora Harriet Frech, una psiquiatra de niños.

No voy a mentir, había otros elementos. Estaba la relación con Douglas. Estaban algunos profesores en el colegio. La señorita Mauk. La señorita Mauk nos dijo que hiciéramos a los peregrinos que llegaban a la Roca de Plymouth, el lugar donde desembarcaron los colonos del Mayflower. Yo estaba en mi fase de océano oriental por unos *National Geographic* que el tío Kip me había traído. Pinté a los peregrinos arribando al Nuevo Mundo, iban en unos barcos chinos de juncos con sus neumáticos recauchutados atados en los laterales, con su colada negra y blanca, bien almidonada, en la jarcia. Los Peregrinos estaban amarrando el barco a un muelle donde estaban los indios, que tenían surtidores de gasolina y carteles que anunciaban la venta de CEBOS VIVOS y CERVEZA FRÍA. La señorita Mauk mandó el dibujo a mis padres con una nota en la que decía que quizá deberían hacérmelo mirar. La doctora Frech me hizo dibujar un montón de cosas que en realidad eran pruebas. Me dejaron volver al colegio con la condición de que Douglas no me quitara ojo.

Yo estaba pensando en todo esto el último Día de Acción de Gracias, cuando Madre pidió que alguien bendijera la mesa. Yo estaba mirando a Douglas. Douglas me devolvía la mirada.

—Madre, Douglas me está fardando de pipa todo el rato —dije.

—Douglas, por favor —dijo Madre.

—Pero si está borracho, teníais que haberle echado de casa hace años —dijo Douglas.

Me puse en pie. Estiré mi brazo George Jetson hasta Douglas, que estaba enfrente.

—Venga, rómpemelo —dije—. Sé que te sentirás mejor.

La historia de mi brazo y Douglas se remonta al instituto. Entonces a nadie le caía bien Douglas. A Douglas solo le faltaba el rabo para rebuznar, era el típico imbécil al que ignorabas cuando te cruzabas con él por los pasillos. Douglas quería ser ujier en la asamblea de estudiantes.

—No lo hagas —le rogué—. La gente ya piensa que eres un

gilipollas.

Intenté ayudarle. Buddy Burnette y yo arrancamos todos los carteles de su campaña, pero aun así ganó, porque no había otro candidato. En la primera asamblea de estudiantes estaban intentando cambiar el consejo estudiantil. Había muchas mociones y enmiendas, para no tener que ir a clase. Douglas se situó en la parte trasera del auditorio, a la espera de una señal de nuestro director, Lewis K. Smith, para expulsar a alguien. Lewis K. Smith no paraba de levantarse para decir: «Si no hay orden pronto, volvemos todos a la clase de tutorías». Finalmente alcé la mano y, aunque era yo, tuvieron que darme la palabra, porque eran muy estrictos con las reglas de orden.

Estaba sentado junto a Buddy Burnette. Me levanté y dije que para solventar la crisis estudiantil proponía abolir el consejo de estudiantes y nombrar a Lewis K. Smith «Rey del Instituto». Buddy Burnette se levantó y gritó: «¡El rey ha muerto! ¡Viva el rey Smith!», porque habíamos estado estudiando historia de Francia. El entrenador de educación física y Douglas se acercaron por el pasillo para expulsarnos, salvo que, al poner tanto entusiasmo, Douglas me rompió el brazo por dos sitios al agarrarme, como en los dibujos animados, y tuve que ir al hospital.

De modo que, en el último Día de Acción de Gracias, le ofrecí el brazo por encima de la mesa, para que me lo rompiera, como una oferta de paz. Todos me pidieron que me sentara y me comiera el pavo.

Todo el mundo estaba muy emocionado el día que vinieron a la ciudad los gorilas a hacer preguntas sobre la capacidad de Douglas para fardar de pipa. Hicieron preguntas a Lewis K. Smith, la señorita Mauk, los Cutchins. Después vinieron a entrevistar a la familia. Yo estaba arriba, con mi bata George Jetson, peinándome. Tenía mi dossier sobre Douglas en mi cuaderno marca Blue Horse. Tenía las calcomanías de bombarderos nazis, los recortes de jiu-jitsu de las revistas compradas por correo y una foto de Buddy Burnette en octavo de primaria. Esperé que me llamaran para bajar con mi Dossier Douglas. Por casualidad, miré por la ventana y los gorilas se estaban yendo ya de casa. Bajé las escaleras corriendo y se me cayeron los materiales del cuaderno Blue Horse, por todas partes se diseminaron mis detallados croquis de sus neutralizaciones en el montón de arena.

Yo estaba pensando en todo esto el último Día de Acción de Gracias, mientras Madre y Padre le preguntaban a Douglas cómo era el presidente en persona.

—Dinos algo, algún detalle —dijeron.

Douglas me miró, se secó la boca y dijo:

—No debería decirle esto a nadie.

Vacíe mi copa de vino. Douglas dijo que tenían nombres en código para todos.

—Nunca adivinaríais el nombre en código del presidente.

Miré a Madre y Padre y observé que no tenían ni puñetera idea.

—Llamamos al presidente Jinete Rojo —dijo Douglas.

—¿Cómo? —dijo Madre.

—Douglas dice que llaman al presidente Jinete Rojo —dijo Padre.

—¿Jinete Rojo? —dijo Madre—. ¿No es el juego al que jugaban los niños en el patio? ¿Jinete Rojo? ¿No le hizo Douglas a Buddy Burnette un traumatismo craneoencefálico mientras jugaban a Jinete Rojo?

—No, a lo que jugaban los niños era a Vagabundo Rojo —dijo Padre, añadiendo que el traumatismo me lo hizo a mí.

—No es más que un código, Jinete Rojo —dijo Douglas—. Un código, nada más.

Madre preguntó si los padres de Buddy Burnette nos hicieron pagar por la hospitalización de Buddy después de jugar a Jinete Rojo. Que habría sido típico de ellos. Padre respondió que no, que era Vagabundo Rojo, Vagabundo Rojo. Ese juego de niños.

—No es más que un código, Jinete Rojo, un código que usan —dijo Douglas.

Me levanté. Me había olvidado de poner lo del traumatismo en el cuaderno Blue Horse. Pisé al perro, me tropecé con el gato, subí a trompicones a mi habitación. Me arrodillé en mi mecedora y recé.

Ayúdame con mi futuro, Señor. Ayúdame con mi montículo de hierba, como ayudaste a Lee Harvey Oswald.

Ayúdame con sonidos como los de las bolsas de papel al reventar, como en Dallas.

Ilumina los ojos de mi hermano para que me localice entre la gente en la acera.

Farda de pipa para mí, Señor, porque he visto mi futuro, y es mi hermano Douglas.

Tunga tuggo, lingua dingua

Cuando Cyphus levantó la vista de su rastrillo y vio al guarda negro con su sombrero del Oso Smokey y la linterna de servicio en la cadera, exhibida como un simulacro de arma de fuego, en el fondo de su corazón Cyphus pensó: «Este me va a salir en plan chuleta o en plan Tío Tom».

—Déjame que hable yo —le dijo al joven Samuel.

Samuel comentó que había sido una suerte comprar solo los rastrillos y no la pala, y Cyphus dijo que no había sido por «suerte» por lo que no habían comprado la pala, que él «poseía» los dieciséis dólares que costaba la pala, pero que el único motivo para no comprarla fue el «déficit de información» de Samuel sobre la ubicación del padre de ambos y, lo que es todavía más importante, sobre la ubicación de la cartera de su padre, que podía estar enterrada en algún lugar de las dunas. Cyphus preguntó, además, si Samuel había excavado con una pala alguna vez, a lo que Samuel respondió que la verdad es que no, y entonces Cyphus le explicó que la arena vuelve a llenar el agujero mientras cavas; y si está húmeda, olvídate. Además, andar con rastrillos en la reserva ya era suficientemente grave, así que lo mejor era que le dejara hablar a él.

—¡Muy buenas! —exclamó Cyphus con un tono de turista ignorante que acaba de bajar del tren, consciente de pronto de la ropa de calle que vestía, y del barato sombrero mexicano del joven Samuel, en una zona de la reserva donde nunca iba nadie. Habían caminado en la arena unos largos y, para Samuel, penosos kilómetros tras aparcar el coche, la vieja limusina de su padre, donde acababa el asfalto.

—No estarán arrancando avena marina, ¿no? —dijo el guarda, y Cyphus contestó que no, claro que no, que habían visto los carteles al principio del camino, que decían LA AVENA MARINA ESTÁ PROTEGIDA, NO HAGA FUEGO, NO ENTRE EN LA RESERVA DESPUÉS DE ANOCHECER, LOS PONIS SALVAJES DAN COCES Y MUERDEN.

El guarda miró a Cyphus, miró al tímido Samuel —sombrero, rastrillo y el pie zambo a medio calzar— y después miró el océano otoñal. Hasta donde llegaba la vista, el océano era una vasta y monótona extensión en blanco y negro.

—No, agente, nada de avena marina —reiteró Cyphus, dejando que los dientes Súper Resistentes de su rastrillo rebotaran brevemente en la arena, al límite de las olas.

Cyphus hizo como si se estuviera quitando una mota del ojo para

poder leer WESTBROOK en la placa del guarda, aunque después pensó que era demasiado pronto para utilizar esta información con el fin de ganarse al guarda, así que probó de otra manera.

—¿Es usted de Baltimore? —dijo Cyphus, que se enorgullecía de su oído para los acentos, su capacidad de distinguir el habla de Emporia del de la parte occidental de la región de Tidewater, allá donde los cacahuetes dan paso al tabaco, pero el guarda dijo que era de Filadelfia, y Cyphus asintió dócilmente, con su gesto de docilidad ignorante.

—Pero mi madre es de Baltimore —dijo el guarda, con lo que se iluminó el rostro de Cyphus, que hundió con aplomo las púas Súper Resistentes en la arena, apoyado en el mango cual granjero, y dijo:

—Así que, ¿sería atrevido decir que en su casa se hablaba a la manera de Baltimore?

—No se les ocurra arrancar avena marina —dijo el guarda tras mirar a Cyphus, y con unas ágiles zancadas subió por el lado escarpado de la duna más cercana, con una rapidez que hubiera dejado sin aliento a la mayoría de los seres humanos, que habrían sudado sangre, agarrándose a la avena marina y arrancándola para impulsarse.

Cyphus sabía que el guarda se quedaría parado un momento, justo al otro lado de la cúspide de la duna, y el guarda sabía que Cyphus lo sabía, de modo que, para establecer este hecho consabido, Cyphus gritó en dirección a la cúspide de la duna:

—Entonces, ¿cuántas hectáreas hay en la reserva?

En ese momento apareció, por encima de la duna, la cabeza del guarda, con su sombrero de Oso Smokey, y miró hacia Cyphus y Samuel, hacia la gran extensión blanquinegra, calculando, y la cabeza dijo que serían unas nueve mil hectáreas.

—¿Y cuántas son de arena? —dijo Cyphus.

—Casi todo —dijo la cabeza, y por el ritmo de las vocales, Cyphus pensó que su padre quizá era del sur de Jersey.

El guarda se despidió con la mano, una mano que permaneció sobre la cima de la duna unos segundos después de que desapareciera la cabeza, y Cyphus gritó:

—Gracias, ¡agente Westbrook! —dijo Cyphus, y después, en voz más baja, a Samuel—: ¡Nueve mil hectáreas, y tú querías comprar una pala!

Samuel, que se denominaba a sí mismo científico de cohetes, que vivía con una hermana mayor en una vivienda protegida prácticamente declarada en ruinas en las afueras del arsenal Redstone; Samuel, capaz de relatarle a un interlocutor paciente la evolución paso a paso del programa lunar Apollo, comenzando por el confinamiento

amistoso de los expertos alemanes del V2 en Huntsville después de la guerra, un confinamiento del que procedía, como una estela de humo, parte de la ascendencia de Samuel, aunque él desmentía este linaje cada vez que Cyphus profesaba interés en oír el acento genuino de la mezcla entre un experto nazi en cohetes y una manipuladora de estiércol de Alabama.

—Vámonos a casa —dijo Samuel, que empleaba la palabra «casa» cuando estaba fatigado y «guarida» cuando no lo estaba, pues de hecho el lugar donde dormían no era ni lo uno ni lo otro: una casa junto a la playa donde nadie sabía bien lo que hacían y a nadie le importaba, nadie salvo el jurado de parientes que esperaba cada día en la casa un informe sobre el padre desaparecido y, lo que es más importante, unos trozos de papel desaparecidos con la cartera desaparecida del padre.

Eran parientes de tres ramas genealógicas, descendientes de orígenes nebulosos, comilones en el proceso de espera: huevas de cangrejo, empanadas de beicon, calabaza frita, *chow-chow*, ceviche de mollejas, soldaditos de Pavía… alimentos de otra era, pensaba Cyphus mientras los platos desfilaban por la mañana, añadiendo para sí: arritmia cardiaca, gota en el pie, sangre en las heces. Y por la noche, Cyphus y Samuel «escondían» la vieja limusina entre los contenedores de basura —salvo los jueves—, recorrían el sendero de la playa justo después del crepúsculo, y allí estaban todos, ya ubicados para mirar la luna de sal de roca que había esa semana en el cielo, alineados en las nuevas sillas de jardín con el respaldo recto de plástico que todos odiaban, con aquellas cabezas de pelo canoso que parecían cascos, esferas de filamentos azules iluminados por la luz vacilante de una única farola, y, en el caso de una o dos, con el pelo cardado como una aureola, listas para el ascenso celestial. «¡Hola!», exclamaba siempre Cyphus en un intento de encubrir su regreso con las manos vacías, y casi todos podían oír el susurro de la Tía Marty, casi sorda: «Mierda».

—Pues no nos vamos a casa —dijo Cyphus, con un ligero deje a Baltimore en su acento por inconsciente deferencia al Agente Westbrook—. No nos vamos a casa porque ya no puedo soportar la forma en que hablan, esos fonemas de puerto sureño y esa forma de alargar las palabras como si tuvieran un rollito de cacahuete en la boca, Dios santo, y además la saliva en el babero del Tío Reston, Dios santo.

—A mí no me importa hablar con ellos —dijo Samuel, el único de los dos con el que hablaban los parientes.

Le hablaban de las mejoras de la casa de la playa, de la lavadora con secadora que habían comprado las esposas de los que padecían incontinencia, de la estación meteorológica colocada en el tejado, sensible a los cambios atmosféricos, al viento y a la lluvia. «Sí, ¿dónde

está ese viejo armatoste que estaba en la pared y papá solía pulsar por la mañana, que siempre se equivocaba con el pronóstico?», y es que ellos estaban más que dispuestos a tirar todos los vestigios de su padre en cuanto hubo desaparecido, pensó Cyphus mientras se echaba al hombro el rastrillo y capitaneaba el desfile de vuelta a casa. ¡Tirar sus vestigios! «Tirar», con sus sílabas muy estiradas y la «r» pronunciada como si las mandíbulas fueran una embocadura estática; ellos, que siempre sostenían que de todas maneras sus achaques y dolores eran mejores barómetros que un mecanismo con resortes, y en cualquier caso, cuando Cyphus les preguntó dónde estaba el viejo armatoste, se acordaron de la vez que tuvieron que envolver a Tía Irma con un rollo de hule, ¿se había muerto de escarlatina o de viruela?; aquel virus había pervivido dieciséis años en algunos libros viejos que olvidaron quemar, y la Prima Gernice, la codiciosa Prima Gernice, había cogido los libros que no tenía que coger, y su hija había muerto por pasar las páginas (o más bien por morder la cubierta, o algo peor siendo la hija de Gernice), así aprenderás, Cyphus, sobre la codicia, y también sobre tanto leer, de modo que Cyphus tuvo que irse rápidamente del porche, a frotarse la zona blanda de la cabeza, en dirección a la playa, donde el joven Samuel sacaba medusas de entre la espuma de las olas con su pie zambo lleno de callos y protuberancias, como si fueran seres fantasmales en los bordes penumbrosos del perímetro lumínico de las farolas, y Samuel decía que la parte superior de las medusas era inofensiva, era la inferior la que te escaldaba la piel con las neurotoxinas de los tentáculos, y Samuel las sacaba con el pie y las sujetaba en la mano, como un pastel que estuviera a punto de estrellar en la cara de Cyphus.

—Suelta esa medusa —le había dicho entonces Cyphus—, quiero hablar contigo.

—Y yo también contigo —había respondido Samuel.

Aquel día Samuel dijo que le había parecido entender que su padre estaba enterrado en algún lugar de las dunas de la reserva, con su cartera y los documentos de la familia, y Cyphus reconoció que no había oído nada al respecto, pero que sí que tenía la sensación de que en ninguno de esos documentos de la familia aparecía el nombre de Samuel o el suyo, y Cyphus comenzó a explicar cómo iba disminuyendo su entusiasmo, y cómo empezaba a molestarle la función de recadero, pues Cyphus y Samuel eran los descastados, excluidos centrífugamente de aquella colonia de prole anglosajona de un decimotercer hijo asentada en las marismas, pues Samuel residía en Alabama y Cyphus «pa'l norte», y habían venido para escarbar entre las sobras, entre las pistas frías y los postulados de aquella gente, aquellos familiares que se repanchingaban en el porche y cotorreaban de todo menos de lo importante de veras, o sea la desaparición del

padre, la desaparición y supuesta muerte, seis días en el periódico y sin pista alguna, y lo que era más trágico, sin la cartera grande y negra, aquella cartera curtida al aceite por los dedos grasientos del padre, que la abría al comprar fincas decrépitas a precio de saldo a gente de color, para gente de color (¿*por* gente de color, también? No era raro que los que conocían muy bien al padre murmuraran: «Mira las narices y los labios gruesos de ese hijo»), había que encontrar la cartera de una maldita vez para que todos se pudieran ir a casa. Era igual que el caso de aquella mujer que vino a reclamar a su marido ahogado en un barco, volcado en perturbadoras circunstancias junto a la costa, veinticinco tipos caídos al mar desde la cubierta, casi todos se ahogaron borrachos, y más de una mujer había bajado a la comisaría del muelle donde habían tumbado a los pescadores muertos, en unos bancos, las esposas habían bajado solo a por las llaves del coche y las carteras repletas de billetes que había en los bolsillos de los marineros de pesca deportiva ahogados, y una había soltado, al irse, al sargento de policía del muelle, cuando este les preguntó qué hacer con los cuerpos: «Le gustaban mucho los peces, dáselo a ellos». Eso somos nosotros, tú y yo, Samuel, dijo Cyphus, mujeres de pescadores que venimos de correveidile, y para serte sincero, me estoy cansando de la forma como nos habla la gente, como cuando dicen: «A ver si os morís ya, vosotros y vuestra familia, moríos ya», eso es lo que la gente les decía a Cyphus y Samuel cuando iban a husmear, a investigar, pues obviamente alguien había mandado un mensaje claro a su padre para que lo entendiera bien; alguien había registrado la casa de su padre, habían puesto patas arriba su despacho, y él había desaparecido, alguna gente incluso había dicho —en un banquete de pescado por el que se habían pasado Cyphus y Samuel a inspeccionar— que de toda la gente nacida en la zona, nadie desde Nat Turner había merecido tanto que le mataran, e incluso llegaron al punto de afirmar que era una desgracia que el cuerpo (y para la mente de detective *amateur* de Cyphus la palabra «cuerpo» implicaba, más que una fuga precipitada, que el cuerpo del padre estaba en proceso de descomposición), era una desgracia que el cuerpo no hubiera sido encontrado para poder cortarle la cabeza con un tablón serrado de ciprés y clavarla en una pica en algún cruce, quizá cerca del nuevo Wal-Mart, a modo de aviso contra los artistas del chanchullo inmobiliario, contra los criadores de puercos reconvertidos en timadores dispuestos a dejar que los negros vivieran en calles asfaltadas con bocas de riego, la madre que lo parió, y cuando miraron de cerca a Samuel y Cyphus, cuando se acercaron derramando su cerveza de barril —servida en vasos de cartón— sobre los zapatos de Samuel y Cyphus, cuando miraron más de cerca… ¿no se parecía Samuel muchísimo a su padre?, y de repente Cyphus se dio cuenta de que la cosa podía torcerse, podían hacer acto de aparición

las guadañas y las antorchas, podían verse obligados a huir por los pantanos, perseguidos por perros de presa y una turba de espaldas chepudas, para cortarle la cabeza a Samuel en ausencia del padre, pues era una réplica aceptable por su parecido a papá, y la decapitación tendría la virtud de acelerar el proceso de envejecimiento y por tanto el parecido, así que salieron por patas de aquel banquete de pescado y se movieron por autopistas anónimas y carreteras secundarias por la noche, y al anochecer siempre escondían la limusina entre los contenedores de basura —salvo los jueves— y llegaban a la casa que estaban empezando a llamar «guarida», con su propia familia, aquella gente que era capaz de envolver de buen grado a sus parientes en un rollo de hule con el fin de quemarlos para mayor comodidad, como si fuera basura de la que hubiera que deshacerse en la vivienda, aquella vivienda a la que, según le dijo Cyphus a Samuel, no iban a volver ni locos aquella noche y quizá nunca jamás. Y santas pascuas.

Así que Cyphus y Samuel comenzaron a caminar hacia la limusina del padre, parando de vez en cuando para pasar el rastrillo por un trozo de madera que asemejaba una mano, una concha de cauri con forma de oreja o una cuerda vieja que recordaba a una columna vertebral, y todo el rato Cyphus sentía los ojos avizores del Agente Westbrook desde el otro lado de la cúspide de la duna afilada por el viento. De golpe, a Cyphus le entró angustia al pensar que quizá el Agente Westbrook se había dado cuenta de que eran parte del clan de Darrell Dontell Boyd, por esas mejillas de Samuel, que parecían embadurnadas de arcilla, por esos andares —encorvados de resentimiento— del propio Cyphus, pues había algo en la mirada del Agente Westbrook cuando vio sus caras y se fijó después en un punto en el océano blanquinegro, como si fuera un punto pixelado entre todas las fotos de personas desaparecidas en el periódico, de las que ellos formaban parte de una manera congénita. Me cago en todo, sombrero del Oso Smokey por aquí, sombrero del Oso Smokey por allá, ¿cómo era posible que apareciera tan rápido a un lado y al otro de aquel camino que se dirigía hacia el interior?, y el misterio se reveló cuando Cyphus oyó el resoplido de un caballo, o como quiera que se llamara el sonido que hacen al expulsar aire por la nariz. Estaban cansados y el sol se restregaba ya contra el dentado borde brumoso del horizonte. Cyphus estaba listo para echar un trago y a Samuel casi se le saltaban lágrimas de los ojos por el pie zambo. Llegaron al aparcamiento de la reserva del parque, tras caminar por la última pasarela sobre la arena, y enseguida vieron que alguien les había robado el coche.

Cyphus preveía un par de problemas burocráticos en la comisaría.

Si fuera por él, no habría denunciado el robo del coche, pero había llegado el Agente Westbrook, que había visto a Cyphus y Samuel dar vueltas, desconcertados, observando el sitio en la arena donde había estado el coche, como si la tierra se hubiera abierto y se lo hubiera tragado. Si fuera por él, habrían hecho dedo hasta la autopista, donde había visto una pequeña taberna de carretera, y desde allí habría llamado a un taxi o habría llegado a dedo hasta una estación de autocares Greyhound, y se habría vuelto a Nueva York. Recordemos que ya antes del robo era de la opinión de abandonar esta búsqueda. Pero como estaba el Agente Westbrook con su poni de Chincoteague y también estaba Samuel con su pie zambo, y como también estaba el hecho de que el coche había sido robado en terreno federal, en menos que canta un gallo ya estaban caminando por la arena en dirección a la oficina del Agente Westbrook, envueltos en la oscuridad. El pie zambo de Samuel casi le hacía llorar, de modo que el Agente Westbrook le dejó ir montado en el poni, pero los largos rastrillos de plástico rojo asustaban al caballo. Se quedaba inmóvil a menos que Cyphus caminara delante, de modo que Cyphus abría la marcha, con los rastrillos desplegados por delante, mientras el Agente Westbrook llevaba al equino por la brida y Samuel iba encima como un santo; Cyphus miraba atrás de cuando en cuando, pensando que, maldita la gracia, para su gusto aquella escena se parecía demasiado a la de María y José entrando en burro a Belén.

Los problemas burocráticos que Cyphus preveía tenían que ver con dos cuestiones: Cyphus no tenía los papeles del coche porque lo lógico es que los papeles del coche estuvieran todavía en la larga cartera negra de su padre, o en la guantera, o en manos del hombre que había sido chófer de su padre durante mucho tiempo, el Sr. Buck; y, en segundo lugar, lo cual sería seguramente un problema más serio, Cyphus y Samuel habían sacado el coche de un depósito de vehículos confiscados después de que agentes federales lo embargaran tras la desaparición de Darrell Dontell Boyd. Cyphus y Samuel habían ido al depósito, a buscar en el maletero la cartera con documentos de la familia, y vieron que las llaves estaban metidas en la visera del vehículo y la puerta de la verja estaba abierta. Cyphus se metió de un salto, ordenó al dubitativo Samuel que hiciera lo propio y se largaron del aparcamiento. Nadie intentó detenerlos porque no había nadie. A veces ocurren cosas así. Era la hora de la comida.

Los parientes de Boyd se habían animado mucho, al principio, cuando Cyphus y Samuel aparcaron junto a la casa de la playa en la vieja limusina. La última vez que habían oído hablar del coche había sido por los recuerdos incoherentes del Sr. Buck sobre dónde lo había dejado antes de que le molieran a palos los agentes de las Fuerzas Especiales de la Marina; la versión del Sr. Buck sobre el último

avistamiento de Darrell Dontell Boyd mutaba constantemente, pero no era del todo sospechoso porque todo el mundo conocía de sobra al Sr. Buck, tenía ochenta y ocho años y nunca había estado sobrio después de los catorce. Cuando el Sr. Buck conducía por los bulevares de nuestra ciudad, desviaba los coches hacia la mediana y hacia los jardines de las casas al torcer el cuello para alzar la vista al cielo, no fuera que explotara el depósito de combustible de una avioneta en prácticas de la marina, y es que una vez se había salvado por poco y tenía la certeza de que la vida le depararía un destino explosivo, así que en la ropa se echaba líquido ignífugo, por lo que cuando hacía calor desprendía un olor semejante al de una fuga de queroseno en un albergue de indigentes. El Sr. Buck vivía en la limusina, dormía en la parte de atrás a la espera de las órdenes de Dontell Boyd, y se bañaba alguna vez en el garaje de Dontell Boyd cuando este insistía; las posesiones del Sr. Buck —unas latas de comida, una cantimplora, libros de bolsillo, una botella de reserva— estaban en una caja de tomates de Derby Farms en el maletero. Para tomar su desayuno de *crackers* de queso durante su llanto matinal, el Sr. Buck se ponía de cuclillas con la cabeza inclinada contra el parachoques. Por todo ello, los familiares de Boyd siempre habían pensado que el Sr. Buck era un gorrón desvergonzado.

La oficina del Agente Westbrook era una casa de aperos del servicio de parques públicos, construida en contrachapado marrón, con las ventanas deterioradas por el sol y pequeños trípticos baratos que describían la abundante fauna de alimañas de la zona. Cyphus se relajó. No había ordenador, ni teléfono, ni nadie más salvo ellos tres. Había pasado la hora de cerrar y tenían que rellenar el impreso oficial de Objetos Perdidos, que era uno de los tres impresos que tenía el Agente Westbrook en su escritorio federal de quinta generación con cajones que se atascaban; el segundo impreso era el que firmaban los senderistas aceptando no responsabilizar al estado si durante una ruta de veintisiete kilómetros en plena naturaleza, a través de maleza y arenas movedizas, recibían la cornada de un colmillo de jabalí, sucumbían a un golpe de calor, los calcinaba un rayo o sufrían la mordedura de una o varias de las numerosas serpientes venenosas que pululaban por la reserva; el tercer impreso en el escritorio del Agente Westbrook era una solicitud de empleo para el verano.

Lo que empezaba a irritar a Cyphus, mientras rellenaba las ficciones de su vida en el formulario de Objetos Perdidos, era la amistad que se estaba gestando entre el Agente Westbrook y Samuel. Habían estado hablando durante todo el camino y ahora Cyphus se percató de que se estaban cortejando desde un estado sureño a otro, estirando sus lenguas regionales, por así decirlo, para tocarse. Samuel estaba estirando las *oes* largas con el fin de desplegarlas desde

Huntsville a Asheville, y el Agente Westbrook había arrojado el sonsonete de la terminación *-ing* desde Baltimore, pasando por Richmond, para girar hacia la derecha antes de llegar a Charlotte, y reunirse con Samuel en algún lugar en torno a Hickory, en Carolina del Norte. De alguna extraña manera, habían transformado un cuento de viejas —la utilización de los pelos de oruga para pronosticar el frío — en una sórdida metáfora sexual y se estaban riendo, con excesiva ligereza para el gusto de Cyphus, que trataba de concentrarse para inventar un número del seguro y garabatearlo con lo que quedaba de tinta de una pluma defectuosa, una pluma de propaganda de la candidatura de Darrell Dontell Boyd a la Asamblea del Estado que llevaba la inscripción LLEGÓ LA HORA DE DESENGRASAR y que había encontrado en el asiento delantero de la limusina. No veía la hora de sacar a Samuel y pellizcarle el brazo.

—¿Por qué no alquiláis una habitación, tú y el Agente Westbrook? —le dijo Cyphus al joven Samuel mientras esperaban a que el Agente Westbrook guardara al poni en el establo y los llevara a la ciudad.

—Tendrías que oírte —dijo Samuel.

Cyphus respondió que no necesitaba oírse porque se había grabado muchas veces en una cinta.

—Pues estás hablando como si fueras homoneurótico, así es como estás hablando.

Samuel le dijo a Cyphus que podía ser más amable con el Agente Westbrook, puesto que iba a llevarlos donde necesitaban ir y, además, el Agente Westbrook tenía problemas en casa.

—Para empezar —dijo Cyphus—, lo mínimo que el Agente Westbrook puede hacer es llevarnos, teniendo en cuenta que debería pasar más tiempo protegiendo los coches de la gente que cotilleando en las dunas para asegurarse de que nadie arranque la maldita avena marina. Y, en segundo lugar, ¿qué tipo de problemas puede tener que sean de tu incumbencia?

—¡Chiss! Ahí viene. Ha dejado a su novia embarazada la primera vez que lo han hecho, ella era virgen y lo hicieron en un fin de semana organizado por la parroquia.

—Ese es exactamente el tipo de mierda compasiva cuasinegroide que ha hecho que a nuestro padre se lo trague la arena de esas dunas —dijo Cyphus.

—Es posible —dijo Samuel—, pero va a llevarnos a ver a Padre.

Los faros del Agente Westbrook barrieron el paisaje de terror de serie B en su flamante cuatro por cuatro. Samuel iba en el asiento de copiloto soltando majaderías de la Fe Afirmativa con el guarda, mientras Cyphus, incrédulo e iracundo en el asiento trasero, de brazos cruzados, sospechaba que iban a encontrarse con un timo montado

con un doble indigente de Dontell Boyd como anzuelo, o, en el mejor de los casos, que el interés del Agente Westbrook en Samuel estaba de alguna forma relacionado con una predilección ortopedofílica. Cyphus estaba tan rabioso que ni siquiera se sacudió la arena de los zapatos al entrar en el coche del Agente Westbrook. En el punto en el que el asfalto cubierto con arena se fundía con la autopista del condado, Cyphus olvidó por un momento su pataleta para fijarse en las luces de la pequeña taberna de carretera y gritar, apuntando más allá de las cabezas estupefactas del Agente Westbrook y Samuel:

—¡Esperad! ¡Mirad! ¡Es el coche!

Junto al Baja Bar, bajo una iluminación vaporosa digna de una prisión, estaba la limusina aparcada o quizá, por la forma en que la habían dejado, abandonada. El Baja Bar era un tugurio con un porche de tablones construido a partir de un bebedero de animales para los porqueros del lugar, que dejaban la mierda de puerco de sus botas embarradas pegada en grandes retazos en los bordes de los escalones de la entrada. Una vez dentro, Cyphus descubriría cartas, enmarcadas en la pared, que clientes del Baja habían redactado a golpe de lápiz furibundo y enviado a directores de periódicos y parlamentarios advirtiendo de todos los peligros, la mayoría imaginados —nunca reflexionados—, que amenazaban a todos los misteriosos elementos de la dinámica industria de la cría porcina, quejándose en especial de la creciente reticencia del Gobierno a subvencionar las tripas de cerdo; había dibujos de gorrinos, fotografías de gorrinos —gorrinos con sombrero, gorrinos al volante, Miss Reina de los Productos Porcinos (pero no de la Cerdita Peggy, según observó Cyphus)—, todo con marcos baratos de latón adornados con tornillos enormes, y colgado todo ello bajo bagatelas náuticas de cobre fundido, un par de maquetas de barcos bañados en polvo, con las jarcias envueltas en telarañas, formando un conjunto que le daba al Baja, se dijo Cyphus, un jovial ambiente de pocilga marina.

Cyphus descubriría esto solo, ya que el Agente Westbrook y Samuel se negaron a bajar del todoterreno y entrar en el Baja Bar. Los blancos que iban a la reserva y hablaban con el Agente Westbrook para pedirle ayuda o preguntarle cosas eran animales muy distintos de los que se reunían en el Baja, y es que la calaña que aquí se congregaba eran gentes del «campo profundo», que en sus tierras bajas colgaban cuerdas y cadenas de los árboles altos (para hacer chapuzas de mecánica a la sombra de un árbol, o eso decían), que contaban con calderos enormes en hierro fundido para hervir animales gruesos de más de noventa kilos (para hacer jabón, o eso decían), que siempre tenían a mano guadañas, picos y hachas (porque siempre había algún animal que matar en la granja, o eso decían). El Agente Westbrook dijo que esperaría a Cyphus unos minutos, pero que no entraría, y

Samuel se negó a entrar. Tras hacer una rápida ecuación basada en la teoría de que «más vale pájaro en mano…», Cyphus decidió minimizar pérdidas, con la idea de recuperar la limusina y largarse de vuelta al norte.

—Pues entonces adiós —dijo Samuel.

—Que Dios le bendiga —dijo el Agente Westbrook.

—Adiós y viento fresco —dijo Cyphus, cerrando de un portazo la puerta del todoterreno, aliviado por haberse librado de su papel en aquel baile de despropósitos y preguntándose ya cuál sería la mejor manera de sujetar su rastrillo de plástico rojo para entrar en el bar sin atraer miradas y al mismo tiempo mantener el rastrillo dispuesto para su utilización contra el ladrón o ladrones del coche en caso de que el asunto se pusiera feo. Una desconfianza despreocupada le pareció la mejor actitud. Entró al Baja Bar rastrillo al hombro y silbando.

Solo estaban el barman y un camarero, hablando al final de la barra, y detrás de ellos había una enorme pecera habitada por un banco de pirañas de dientes felinos que, como si de lunas plateadas se tratara, cortaban el agua en movimientos voraces de un lado a otro del cristal. No había nadie sentado en las mesas, aunque había un taburete separado de una zona encharcada en la barra donde flotaban diversos residuos: un vaso de cerveza vacío, un paquete de tabaco arrugado, un cenicero, un libro de bolsillo y el llavero de la limusina. El barman y el camarero dejaron de hablar para mirar a Cyphus. No había música y el único sonido era el de la pecera, de la que llegaba un burbujeo procedente de un cofrecito de plástico colocado entre gruesos granos de arena, al lado de una sortija de graduación, depositada allí en plan de broma o quizá como resultado de alguna apuesta de machitos bebedores de tequila en la que se hubieran desafiado a meter los dedos en el agua. Por lo demás, el único sonido era el de la cadena del váter en la parte trasera, y después el de la puerta del baño de mujeres al abrirse violentamente y revelar la figura tambaleante del Sr. Buck, entre refunfuños y con la bragueta abierta.

—¡Hola! —soltó Cyphus, adentrándose en el local, mano en alto, enganchando momentáneamente el rastrillo rojo en un casco de buzo que colgaba del techo como si fuera una cabeza cercenada bajo el agua.

Cyphus avanzó hasta la mitad de la barra y se sentó en el taburete desplazado, mientras contemplaba el charco de cerveza en la barra, que empapaba el paquete de tabaco y el llavero de la limusina. Colocó el rastrillo con las púas contra el reposapiés y esperó a que el Sr. Buck se abriera camino como una bola de *pinball* que golpeó todos los postes que sujetaban el tejado de chapa del Baja.

—¿Qué va a ser? —dijo el barman, al tiempo que lanzó con destreza una pequeña servilleta de papel que quedó flotando delante

de Cyphus, mientras Cyphus seguía contemplando el bamboleo del Sr. Buck, a veces redundante, cada vez más cerca del taburete.

—Lo mismo que este señor —dijo Cyphus.

—¡Eh! —gritó el barman al camarero—. ¡Que dice que quiere lo mismo que el señor!

—¡Pues pónselo! —dijo el camarero, pasándose la lengua por un hueco negro en la encía.

—¡Marchando un especial! —gritó el barman a Cyphus, y Cyphus estiró la pierna para acercar el mango del rastrillo, ante la sensación de que la cosa pintaba fea y acechaba el peligro, pues su aguja de reconocer acentos se había torcido como una brújula encima de una losa de hierro y ágata, mientras el barman gritaba al Sr. Buck:

—¡Eh, señor! ¿Otro especial o qué hostias?

El Sr. Buck se asustó al sacar una mano de su inmundo impermeable ignífugo y confundir sus temblorosos dedos con serpientes bailarinas. La visión le hizo rebobinar en dirección contraria al taburete, hasta situarse debajo de un póster de camioneros en el que se veía a una rubia con bikini y vaqueros cortos, sobre la que alguien había dibujado con trazo tosco un pene sin circuncidar.

—¡Dos especiales, marchando! —gritó el barman.

Cyphus observó, en un plato junto a la caja registradora cubierto con una servilleta de papel, una bolsita y un cuchillo pequeño para cortar fruta, seguramente tranquilizante para cerdos cortado con estricnina.

—Dos especiales —repitió para sí el barman.

Al inclinarse hacia el interior de la nevera, las pirañas de la pecera, que estaba situada sobre el refrigerador, se apelotonaron contra el cristal, dispuestas a arrancarle la cabeza a mordiscos. Extrajo una bolsa grande de pececitos dorados y, con una cucharilla larga para cócteles, atrapó un par contra un lado del plástico transparente. Con gran esfuerzo, soltó uno de los peces en un vaso de cerveza.

—Uno —dijo.

—Que sea doble —dijo el camarero podrido.

—Nanay —dijo el barman—, el señor ha pedido un especial, no ha dicho nada de doble.

El otro pez cayó goteando al suelo. Los temblores del barman complicaban la tarea de atrapar otro pez contra el lateral de la bolsa.

—Venid con papá, cabroncetes —dijo, arrinconando una mancha dorada contra un pliegue de plástico con la larga cuchara de metal.

Al escuchar al barman, Cyphus dibujó un triángulo mental entre el habla porcina de las tierras bajas de Carolina del Sur y la colonia perdida de basura blanca endogámica mezclada con desertores del ejército prisionero de Cornwallis en Yorktown; en cuanto al camarero

de dientes podridos, era probable que tuviera un progenitor surgido entre la escoria que vivía en las caravanas de las zonas tabaqueras. Cyphus estaba sopesando la idea de acercarse a las llaves de la limusina, cuando sintió una mano esquelética que le agarraba el hombro y tiraba de su camisa.

—¡Hola! —dijo Cyphus al Sr. Buck cuando este se situó casi encima del taburete que había a su lado y soltó por fin la camisa de Cyphus, que había estado sujetando sin casi darse cuenta. Al oír el saludo de Cyphus, se incorporó como un resorte y recuperó la conciencia, y a modo de agradecimiento por haber utilizado el hombro de Cyphus para impulsarse hacia la barra, le dedicó un mohín a Cyphus durante un instante prolongado de exagerada cortesía que no pudo reprimir.

—Ni se atreva a tocarme —dijo el Sr. Buck entre dientes, apoyado ahora de manera autónoma en sus codos, enfundados en el impermeable de hedor químico, al tiempo que trataba de lanzar una mirada amenazadora hacia un Cyphus de sonrisa falsa—. Ponerme la mano encima sería un error monumental por su parte. ¿Dónde está mi vaso? —gritó de repente, prácticamente a la cara de Cyphus.

—Ahí van, dos especiales —y el barman colocó los vasos espumosos con un golpe que meneó los peces como si de corrientes marinas se tratase.

Cyphus levantó el dedo para señalar el pez que picoteaba en el fondo del vaso del Sr. Buck, pero el Sr. Buck le apartó la mano de un manotazo.

—Cuando la gente me pone la mano encima, en el hombro, por ejemplo, es cuando son más vulnerables —dijo el Sr. Buck, que levantó lentamente su vaso chorreante del mostrador—. Entonces les agarro el brazo y les parto las putas muñecas.

La boca ciega del Sr. Buck trasegó toda la espuma y la mitad de la cerveza, incluido el desesperado pez dorado, que trató de nadar de vuelta al vaso. Tragó.

—Croc, y luego crac —dijo, relamiéndose—, y a tomar por saco tus muñecas.

Cyphus observó en el vaso el pez medio triturado, que arrastraba débilmente sus entrañas y abría la boquita lentamente en una pulsación muda.

—Venga, vamos —le dijo el Sr. Buck a Cyphus. El camarero y el barman observaban desde el extremo de la barra. Ahora nadie sonreía —. Vamos, solo para probar. No le voy a romper las muñecas de verdad. Vamos, joder —dijo el Sr. Buck, y casi tiró a Cyphus del taburete de un empellón.

—¿Algún problema, señores?

—Quiero otra copa —dijo el Sr. Buck, empujando su vaso vacío hacia el barman.

—Lo único que tenemos esta noche son especiales —dijo el barman directamente a Cyphus.

—Pues entonces otro especial —dijo el Sr. Buck.

—¿Y tiene para pagar los especiales?

El Sr. Buck cambió de posición, removiendo la mano en el bolsillo de sus pantalones militares de tela gruesa pringada de grasa humana.

—Primero me agarran el hombro, entonces les agarro el brazo, y es ahí cuando les rompo las muñecas —dijo, mientras sacaba triunfante un fajo de billetes de un dólar de su bolsillo y les decía tiernamente a los dólares—: Después les rompo las rodillas.

Metió otra vez el dinero en el bolsillo y se encaramó al taburete. Entonces se giró hacia Cyphus.

—Y a veces, cuando están en el suelo, me gusta patearles la cara —dijo.

—Maravilloso —dijo Cyphus.

—¿Se va a beber eso? —le dijo el Sr. Buck a la cerveza moribunda de Cyphus.

Cyphus le acercó el vaso al Sr. Buck.

—Me gustaría preguntarle por su coche, el que está ahí fuera —dijo Cyphus.

—No está a la venta —dijo el Sr. Buck.

—Lo sé —dijo Cyphus—, pertenece a mi padre. ¿Le ha visto?

El Sr. Buck vació el vaso y lo dejó bruscamente en la barra.

—Ahora voy a tener que mear otra vez, copón —anunció, sin dejar ninguna duda de que era culpa de Cyphus.

El barman puso otros dos especiales con su espuma y su pez en la barra delante de Cyphus.

—¿Está buscando a su viejo? —dijo el barman.

—Estaba buscándole, sí —dijo Cyphus, y se sorprendió acercándose el vaso, en un gesto destinado a inspirar camaradería con aquel sádico descendiente de porqueros de Hesse.

—Me han dicho que unos perros han desenterrado a un vagabundo en la reserva —dijo el barman—. Una turista vio un dedo que salía de una duna, y cuando volvió con el guarda negro los perros salvajes ya habían rapiñado casi todo lo bueno.

—¡Ja! —dijo el camarero con una palmada en la barra.

—Hablo de Darrell Boyd, Darrell Dontell Boyd, mi padre —dijo Cyphus.

—Sí, venía por aquí para lo de las elecciones. El mismo —dijo el barman—. Dando la chapa con que le votara la gente. Repartió

muchos bolígrafos y cortaúñas.

El Sr. Buck regresó del baño de mujeres, con la ropa empapada y goterones que caían de su cara a la barra.

—Me he caído —dijo.

—¿Pero ha vuelto a ver a mi padre? —dijo Cyphus.

—He visto al cabronazo una vez desde que desapareció, vino vestido con una bolsa de basura, y le dije: «¿Qué pasa, Darrell? ¿Ya estás vestido para Halloween? ¿Vienes vestido de saco de mierda?» —dijo el barman.

—¡Ja! —dijo el camarero.

El Sr. Buck vació su especial y dejó el vaso en la barra.

—Yo quería mucho al viejo, era como un padre para mí —dijo, con la barbilla embargada de la emoción.

El barman abrió la caja registradora.

—Aquí está lo que debía —dijo el barman, con un gesto de la cabeza en dirección al camarero de los dientes podridos—. Ha venido a pagar, ¿no?

El cerrojo que el camarero echó a la puerta del bar era propio de Fuerte Apache, pensó Cyphus.

Cyphus inclinó la cuenta hacia la luz para leerla.

—Esta firma no es suya —dijo.

—Sí que lo es, firmó ahí por los especiales que se tomó aquella noche —dijo el barman, que hizo rodar un bate de béisbol por el borde de la barra.

El camarero sacó el platillo de encima del acuario y fue a la mesa a hacerse unas rayas con el cuchillo de cortar fruta.

—Nunca metí el coche del viejo en una zanja —lloriqueó el Sr. Buck—. El mío sí, y la furgoneta también, pero el del viejo nunca. La última vez que metí mi coche en una zanja, alguien me robó una nevera llena de pescado del maletero —dijo el Sr. Buck, con la cabeza erguida, sumido en sus recuerdos—. Cuando volví con la furgoneta para sacar el coche, se habían llevado el pescado y la nevera.

El camarero esnifó dos veces y después chocó el filo del cuchillo de fruta con el borde del platillo. El barman le miró y aspiró, elevando el labio superior.

—Hora de cerrar —dijo el barman, y escribió la cuenta del Sr. Buck.

—¿Y esto qué es? —dijo el Sr. Buck.

—Su cuenta —dijo el barman.

—No he acabado todavía —dijo el Sr. Buck—. No me he acabado el especial.

—Pues echando leches y a pagar —dijo el barman.

—Hay que joderse —dijo el Sr. Buck.

Cyphus sacó todo el dinero que le quedaba en el mundo y lo puso sobre el mostrador para pagar la falsa cuenta de su padre. Sabía que nunca iba a ser suficiente. El Sr. Buck agarró todos los billetes, los rompió en pedazos y los tiró por encima de la cabeza del barman como si fuera confeti.

—Ahí va la propina —dijo el Sr. Buck.

Todos miraron al barman mientras se sacudía las manos sobre el fregadero, se las secaba con un trapo y salía sin premura de la barra en dirección al Sr. Buck. Le puso una mano en el hombro al Sr. Buck y le retorció un brazo detrás de la espalda.

—¡Ya te tengo! —dijo el Sr. Buck, que se revolvió de forma tan repentina que de pronto el barman se encontró con un impermeable viejo y vacío entre las manos.

Cada uno de los músculos de pollo del torso tembloroso y descamisado del Sr. Buck se activaron al levantar un taburete y lanzárselo al barman. En su búsqueda de un proyectil más grande, el Sr. Buck se acercó a una mesa voluminosa clavada al suelo. Su esfuerzo fue tan descomunal, y sus músculos de alas de pollo acumularon con tal intensidad su energía restante, que al tratar de levantar la enorme mesa de roble por encima de su cabeza salió proyectado contra la mesa inamovible, con un sonoro coscorrón de la frente que le dejó inconsciente, y cayó rápidamente al suelo sin más aspavientos.

—Esto es la primera vez que lo hace —reflexionó el barman, que hizo una bola con el impermeable y se la tiró al Sr. Buck.

Alguien dio una patada a la puerta.

El Agente Westbrook y Samuel habían subido al porche del bar. Desde esta posición privilegiada, a través del pequeño ventanuco cubierto de sal de la puerta, no habían podido ver al camarero con el cuchillo de fruta en la mesa, pero habían visto el bate de béisbol en la barra y la caída del Sr. Buck. De tanto escalar dunas, el Agente Westbrook había desarrollado unas piernas de inmenso poderío que de hecho eran su mejor recurso cuando la arpía de su mujer terminaba de tirarle utensilios de cocina y trataba de hacerle una llave con los tobillos por detrás, y con esas piernas recias, al ver que el barman sacaba una recortada de debajo de la barra y apuntaba con ella a Cyphus —que se había posicionado para defenderse del cuchillo de cortar fruta con el rastrillo rojo de plástico—, con esas piernas recias el Agente Westbrook abrió la puerta de una patada.

La sal, la falta de cuidados y el óxido habían estropeado los cartuchos de la recortada, de modo que no funcionó, así que el barman la soltó cuando el Agente Westbrook, con el fin de cubrir la

huida de Cyphus, se echó la mano a la amenazante cartuchera de la linterna y apuntó por turnos con su luz al barman y al camarero, girando la cadera a la izquierda, a la derecha, y retrocediendo después a paso lento por la puerta del Baja, con cuidado de no tropezar en el agujero de madera astillada en el suelo.

—Síganos —le dijo el Agente Westbrook a Cyphus en el aparcamiento, mientras este sujetaba con una mano el rastrillo y con la otra la muñeca del Sr. Buck.

A Cyphus le había parecido que lo más ético era sacar del Baja aquel cuerpo flojo, conmocionado y balbuceante, y descender con él los escalones desiguales. Lo cierto es que no era tan pesado, y Cyphus fue capaz de hacerlo con una mano, con la idea de meter al Sr. Buck en la parte de atrás del todoterreno del Agente Westbrook, pero el vehículo ya había comenzado a dejar tras de sí una polvareda de arena y la luz de los faros traseros, y Cyphus se quedó allí con el hombre descamisado. Tenía la certeza de que, si dejaba al Sr. Buck en el aparcamiento, al amanecer le aplastaría contra el barro un camión de pescado o un cuatro por cuatro, así que metió al Sr. Buck, que seguía farfullando, en el asiento trasero de la limusina, y en la oscuridad cerró por accidente la puerta sobre la mano del hombre, esbozando una mueca de compasión al oír un crujido.

De camino a los pequeños establos de ponis de la reserva, los caminos de arena y las luces traseras del coche del Agente Westbrook comenzaron a deprimir a Cyphus más aún que su terrible indiferencia por el partido universitario de fútbol americano que sonaba en la radio de la limusina. Empate, los Marlins contra los Sharks. El Agente Westbrook los llevó hasta el corral de ponis salvajes, donde los Boy Scouts se ganaban insignias domando a los caballitos que se dejaban montar y disparando y despellejando a los que no.

El Agente Westbrook aparcó el todoterreno junto a unos establos sencillos de madera.

—Quizá está todavía fuera —le dijo a Cyphus—. Vamos a ver.

—¿Fuera dónde? —dijo Cyphus.

Al callarse el motor, se elevó un gran estruendo de grillos, ranas toro, vientres de caimanes y un chirrido constante de metales de industria ligera, que reverberaban bajo la neblina marina que había cubierto el cielo nocturno. Las luces vaporosas del cercano polígono industrial tiznaban de rosa la niebla y un resplandor que parecía provenir de un estadio inflaba un cumulonimbo cilíndrico en el noreste.

Cyphus aguzó el oído hacia el lejano fragor del público.

—La semana pasada la jefa de las animadoras de los Sharks salió

corriendo por el campo y le rompió el brazo a una chica en las gradas de los visitantes —dijo el Agente Westbrook—. A veces viene aquí y se tumba desnuda en la playa a fumar porros. Dice que ha abortado dos veces. Lleva espuelas. Tiene un tatuaje en forma de miembro masculino.

—¿Vamos a tener que desenterrar a nuestro padre o le van a sacar trozo a trozo los perros salvajes? —dijo Cyphus.

El Agente Westbrook desapareció en el interior de un lugar de donde provenían gruñidos y patadas. Cyphus se giró hacia Samuel.

—Muy bien, si conseguimos la cartera, nos la dividimos al cincuenta por ciento y cada uno por su lado. Yo me voy a mi casa con el coche y tú decides cómo te lo montas con el Oso Smokey —dijo Cyphus.

—El coche no es tuyo —dijo Samuel.

—Tú no tienes carné —dijo Cyphus.

—Esa no es la cuestión —dijo Samuel.

—¡Chiss! —los calló el Agente Westbrook, saliendo de los establos con la linterna enfocada hacia la extensa penumbra del exterior—. Su padre está listo para recibirlos.

La figura corpulenta de Darrell Dontell Boyd estaba reclinada contra una manta para caballos y un montón de heno, en un comedero colocado contra el lado abierto de un cobertizo vacío. El intenso pataleo de los ponis del corral lanzó una humareda de polvo hacia el farol que había encendido el Agente Westbrook. Darrell Boyd tenía el pelo mojado, peinado hacia atrás, llevaba el torso embutido en una enorme camiseta de Fruit of the Loom, y en las rodillas desnudas se veían magulladuras de su reciente choque con unas olas moderadas y un fondo marino rocoso. Una enorme bolsa de basura negra le cubría los hombros a modo de chal, sujeto a la altura de la garganta con un clip. No se levantó del pesebre cuando el Agente Westbrook trajo a Cyphus y Samuel, y mantuvo la mirada beatífica en dirección a la bola de resplandor que ardía en el noreste sobre el estadio.

—Padre —dijo Samuel, acercándose al pesebre. No era necesario ni conveniente arrodillarse, pues el pesebre llegaba casi hasta el pecho. Arrodillarse hubiera supuesto ubicarse por debajo de la escena, en el barro pisoteado por los caballos.

Darrell Boyd extendió la mano hacia su joven hijo para concederle algún tipo de bendición. Después hizo que el Agente Westbrook acercara la oreja a su boca y comenzó a susurrar en voz alta en un lenguaje que el sabio oído de Cyphus intentó identificar; era un popurrí con elementos de yidis hipotético, malayo occidental y cherokee latinizado.

—Su padre también se alegra de verle a usted, Cyphus —dijo el

Agente Westbrook, con un tono que a gusto de Cyphus sonó demasiado paternalista—. Su padre se alegra de que hayan venido a ser testigos de estas grandes revelaciones, envía saludos al resto de la familia que espera entre tinieblas y se pregunta a qué viene el rastrillo.

—¿Qué es lo que le pasa? ¿Por qué no me habla normalmente? —dijo Cyphus.

—Está hablando normalmente —dijo el Agente Westbrook con una sonrisa resplandeciente.

—Vamos a ver, papá —dijo Cyphus—. Este sitio no sería mi primera elección para esconderme, pero parece que a ti te agrada y quizá te ayude a perder algo de peso. La familia nos ha enviado a Samuel y a mí para que busquemos unos papeles que al parecer llevas encima, así que lo mejor será que nos des la cartera.

El Agente Westbrook se rio en la cara de Cyphus mientras este hacía ademán de acercarse a Darrell Boyd.

—Lo que su padre va a traer al mundo es mucho más preciado que cualquier cosa escrita en un papel —dijo el Agente Westbrook—. Su padre es el elegido. Todas las noches sale a nadar al fondo del mar, donde los ángeles están preparando la segunda venida.

—Pero si no sabe nadar, casi se ahogó de pequeño —dijo Cyphus.

El Agente Westbrook se rio otra vez y ajustó la toga hecha con el bolsón de basura sobre los hombros de Dontell Boyd, que alzó la mirada hacia la llameante columna encendida en el noreste, sobre el estadio.

—Los ángeles marinos se están reuniendo en el fondo del mar. Están afilando sus espadas y calzando sus pies para salir del mar y ponerse en marcha. Le han contado a su padre cosas maravillosas y le han dado baratijas que los hombres han arrojado al lecho del océano —dijo el Agente Westbrook.

—Y, por casualidad, no habrán encontrado su cartera, ¿no? —preguntó Cyphus.

—No, pero le han dado esto —y el Agente Westbrook sacó del bolsillo una pieza de oro.

—Guau, un doblón de oro —dijo Samuel.

—Vamos a ver —dijo Cyphus.

Cyphus examinó la pieza rudimentaria y al momento la reconoció: era el fragmento de metal pintado con espray dorado que Darrell Dontell Boyd solía llevar en su cartera para burlarse de los desprevenidos turistas que barrían las playas con detectores de metales. Era un gran divertimento que Darrell solía montar en la playa para sus amigos, que miraban desde detrás del ventanal del Thunderbird Lounge. Soltaba la pieza en el camino de los turistas con

detector de metales —bermudas, calcetines negros— y justo antes de que llegaran se abalanzaba y lo agarraba, anunciando: «¡Un doblón de oro! ¡Toma ya! ¡Estaba en la arena! ¡Qué bueno! Si no lo hubiera visto, lo habría encontrado usted. ¡Toma ya! ¡Es algo que solo se encuentra una vez en la vida!». Y los espectadores del Thunderbird contemplaban al turista que se arrancaba los auriculares de la cabeza, con la cara lívida, arrojaba a las olas el detector —por el que había pagado varios cientos de dólares— y casi se le caían las bermudas por el esfuerzo, mientras en los bolsillos tintineaban los tesoros encontrados hasta el momento durante el verano: una moneda de cinco centavos y una de veinticinco, extraviadas por los bañistas en la arena, y una llave oxidada de una habitación del Holiday Inn.

—Esto no vale nada —dijo Cyphus, tirando la moneda al amplio regazo de Darrell—. Quiero la cartera de donde ha salido y la quiero ahora.

Unos gruñidos y un traqueteo cerca de la puerta provocaron el pataleo de los caballos y el aire se llenó de relinchos, tras lo cual se hizo un silencio que rompió el lejano fragor por una jugada de los Marlins.

—A los caballos les pasa algo —dijo el Agente Westbrook—. ¡Podría ser una pantera!

Los ponis se echaron a galopar alrededor de la supuesta pantera, que resultó ser un hombrecito blanco descamisado, con una constelación de motas doradas que centelleaban en su pecho enclenque, manchado de bilis y cerveza agria.

—Que alguien llame a esos perros, ¡copón! —dijo el Sr. Buck.

Una pequeña estampida de caballos de Chincoteague arrolló de repente la cancela y embistió contra Cyphus, intentando morder las púas Súper Resistentes con sus bocas terribles. Varios cientos de kilos de carne de caballo arrinconaron a Cyphus contra el pesebre, a los pies de Dontell Boyd.

—*Esso bactoro factum dicta funk* —dijo Darrell.

—Eso es mentira —dijo Cyphus, que rodó por el suelo con los ojos en blanco y al recobrar después el aliento se puso a escupir paja—. Eres un… ¡impostor fonético!

—*¡Ogan block!* —ordenó Darrell Boyd, poniéndose en pie—. *¡Ogan block de yevuh ah here ruh!*

El Agente Westbrook y Samuel se pusieron de rodillas en el polvo, con dificultad en el caso de Samuel.

—Haz lo que dice —le dijo Samuel a Cyphus mientras este salía rodando del abrevadero.

—Pero si ni siquiera entiendo lo que dice —argumentó Cyphus, mientras se arrastraba por el perímetro de la luz del farol en busca del

rastrillo. Tan pronto como encontrara el mango, iba a utilizarlo para empujar a este ser, su padre, de vuelta al mar.

—*¡Osta la bean ba!* —anunció Darrell Dontell Boyd. —¡Es otro mensaje del Primer Jesús Bajo el Agua Viva! —dijo el Agente Westbrook—. ¡Está hablando en lenguas! ¿No es maravilloso?

—¡Sí, sí, ahora lo oigo! —dijo Cyphus, poniéndose en pie y haciendo rebotar las púas del rastrillo con emoción anticipada—. Ya oigo la llamada del Cristo Buzo —gritó, mientras se decía: No te olvides de ir con cuidado; en esta época del año el suelo donde rompen las olas suele estar quebradizo y la resaca resulta inesperadamente traidora.

El Día de los Caídos

El niño había tomado a la muerte por uno de los hijos de la dueña que venía a cobrar el alquiler. La muerte se apoyó en un árbol para quitarse el estiércol fresco del zapato con un palo. El niño le dijo a la muerte que tenía que preguntarle a su madre para lo del alquiler, y la muerte le dijo que no había venido a cobrar el alquiler.

—Mi hermano está muy enfermo, será mejor que venga más tarde —dijo el niño.

La muerte dijo que no le importaba esperar.

Habían devuelto al hermano, que había estado en la guerra, en una caja. Cuando el niño y su madre abrieron la caja, el hermano no estaba dentro. En la caja había una estatua, a tamaño natural, de una mujer que acercaba una caracola a su oído. Del cuello de la estatua colgaba un morral con un mensaje. «Esconded esto para mí —decía la nota en el morral—. Os quiere, Hermano».

Luego llegó el hermano, una semana después. Estaba delgado, macilento y acongojado, demasiado débil para esquivar a su madre cuando ella le dio un bofetón, demasiado débil para abrazarle. La madre y el niño le ayudaron a entrar en casa y le metieron en la cama.

La mañana siguiente, una curandera negra entró por el camino bordeado de caracolas que llevaba a la casa y entró a apretarle la tripa al hermano mayor y olerle el aliento. También miró detrás de ella y observó los juncos altos, la caja de la estatua y, más allá, el golfo de aguas marrones y amargas, y dijo:

—En este lugar, mucha agua, mucha agua, mucha agua. Y apesta, además.

La madre bañó al hermano con una esponja empapada en alcohol y la curandera negra le retorció la columna para tratar de bajarle la fiebre. En las esquinas del techo el hermano veía monos que querían atraparle, unos monos a los que les castañeteaban los dientes ensangrentados. La curandera negra y la madre pelearon con el hermano y le dijeron al niño: «¡Vete!», cuando el niño entró a decirles que había alguien esperando en el patio.

No era algo insólito que el niño pudiera ver a la muerte, aunque la madre y la curandera no pudieran. Una vez, en un picnic de la iglesia, el niño había visto a Bad Bob Cohen caminar por el campo de béisbol, junto a las mesas de la barbacoa, con un rifle del calibre 22 colgado al hombro con una cuerda. El niño había visto a Bad Bob Cohen pasar junto a la orilla del río, donde estaban chapoteando las madres y los niños pequeños, había visto a Bad Bob estirar los brazos y seleccionar

dos ramas recias para subirse, y Bad Bob se había girado y había mirado al niño, al sentir que le estaba mirando, y Bad Bob le había hecho un gesto con la cabeza porque los dos sabían que Bad Bob era invisible, y después, cuando el adjunto al *sheriff* y los otros agentes vinieron al picnic en busca de Bob, nadie le había visto y nadie habría creído al niño si hubiera dicho lo que había visto, así que no dijo nada. Además, una vez en Semana Santa había visto a un ángel.

—Diles que tendrán que esperar —dijo la madre—. Además, el día de pago es mañana.

—Tendrá que esperar —dijo el niño a la muerte, sentada en un árbol.

La muerte se comió una galleta de la fortuna que llevaba en el bolsillo. Los labios se le movían mientras leía su propio destino en el mensaje que venía con la galleta china.

—Volveré mañana —dijo finalmente la muerte, bajando del árbol de un salto.

La curandera estaba en el porche y dijo que impediría a la muerte que entrara por la puerta siempre que tuvieran fe en Jesucristo Nuestro Salvador, sin olvidar un poco de dinero para cubrir sus gastos por venir por el largo camino bordeado de caracolas que llevaba a la casa. Aquel día la muerte vestía pantalones blancos y una chaqueta de esmoquin, también blanca, en cuya solapa se había puesto una sombrilla amarilla plegada, de las que se ponen en los cócteles. Tenía tres cicatrices grandes en la mejilla, se las había hecho la noche anterior una mujer guapa que no había querido bailar el último baile con la muerte a bordo de un barco.

—No tengo mucho tiempo libre con este trabajo, nada más que trabajo, trabajo, trabajo —le confió al niño bajo el árbol—. Trabajo, trabajo, trabajo. Soy una gran incomprendida. De hecho, tengo un fantástico sentido del humor y me llevo bien con la gente. Soy muy sociable.

La muerte subió los escalones del porche para hacer caras detrás de la curandera negra. La muerte se dio la vuelta a los párpados, sacó la lengua y después se pellizcó las mejillas sin acordarse de que tenía las cicatrices.

—¡Ay! —dijo la muerte.

La curandera negra no oyó a la muerte, ni la vio, pero hay que darle crédito porque le recorrió el cuerpo un escalofrío cuando la muerte le sopló en la nuca.

El niño siguió a la curandera negra y a su madre a la habitación trasera, donde su hermano apestaba. La curandera negra quemó unos conos de salvia y frotó carbones en las sienes del hermano y en las

plantas de los pies para sacarle la fiebre.

—¿Cómo es que no trabajas? —le dijo la curandera al niño.

—No es más que un niño —dijo la madre. La madre estaba deshaciendo la cama para hervir las sábanas en la cocina.

—Cuando yo era pequeña, trabajaba —dijo la curandera negra.

—Hago cestas de juncos —dijo el niño.

—¿Para qué va a querer la gente cestas de juncos cuando las dan gratis de madera en los campos de tomates? —dijo la mujer.

Cuando el hermano se incorporó y gritó: «¡Atrapad a los monos!», la curandera negra le dijo:

—Tu hermanito va a atrapar a los monos, tu hermanito va a atrapar a los monos y los va a meter en cestas, en cestas *de madera*. Una cesta *de juncos* no puede retener a un mono —y el hermano se volvió a tumbar.

—Aquí está el dinero del alquiler —dijo la madre—. No quiero que entre nadie en casa mientras le bajamos la fiebre a tu hermano.

—Sí, señora —dijo el niño.

Sacó el morral que su hermano había enviado a casa en la caja con la estatua. Estaba claro que aquello no era un monedero. Tenía dos bolsillos largos y un bolso impermeable por si tenías que cruzar un río a nado. El niño metió el dinero del alquiler en el bolso impermeable porque cerraba con dos broches.

Cuando vino el hijo de la dueña a por el dinero del alquiler, la muerte le dijo al niño que pidiera un recibo.

—Quiero un recibo —le dijo el niño al hijo de la dueña.

—¿Quieres que os desahucien? —dijo el hijo de la dueña—. ¿Quieres que os pongan en la calle de una patada en el culo?

—No te preocupes —dijo la muerte—. Tiene miedo de contagiarse de lo que tiene tu hermano. No va a entrar en casa. Dile que quieres un recibo como es debido. Que traiga un recibo para el alquiler.

Antes de que el niño pudiera decírselo, el hijo de la dueña se adelantó:

—Dame el dinero, seguro que lo tienes en ese monedero.

—¡No es un monedero! —dijo el niño, agarrándolo con más fuerza.

—Muy bien, volveré mañana —dijo el hijo de la dueña.

La muerte se sentó en el borde del porche y sus labios leyeron otra galleta de la fortuna. Se quedó pensando en una palabra de la parte final del mensaje.

—Este no está mal —dijo la muerte, antes de masticar la galleta con sus grandes dientes blancos.

Al hermano se le enturbió el habla y con sus delirios se ponían a

ladrar todos los perros malos de la calle toda la noche.

La curandera negra se presentó en el porche.

—Tráeme una caja de zapatos llena de escorpiones, que me hacen falta —le dijo al niño—. De los blancos. Son más fuertes que esos marrones esmirriados. Vete a traérmelos.

Tenían escorpiones entre la leña, escorpiones en el arenero, escorpiones en la bolsa de las pinzas, escorpiones en los bloques de hormigón donde quemaban basura, escorpiones bajo el lavabo del baño, escorpiones en la bandeja de desagüe de la nevera y escorpiones en la cuna del bebé. Menos mal que ya no había ningún bebé.

—Yo que tú no andaría con escorpiones —dijo la muerte—. Hay gente que es muy alérgica. Es por una neurotoxina que tienen en el aguijón.

La muerte siguió al niño mientras buscaba una caja de zapatos. El niño no encontraba una caja de zapatos por ninguna parte. Había visto una caja de puros de madera. Vieja y con la tapa rota.

—Yo que tú no usaría esa caja de puros, no cierra bien —dijo la muerte.

El niño respondió que ya se había dado cuenta.

El niño sacó el dinero del alquiler del bolso impermeable y se lo metió en el bolsillo. Cortó un palo y, antes de comer, ya tenía tres escorpiones marrones y uno blanco. Metió los escorpiones en el bolso y lo cerró con cuidado para no aplastarlos, y cada vez que lo abría, lo sacudía antes para que los escorpiones quedaran abajo y no le picaran. Nunca le habían picado y había oído que era diez veces peor que una avispa, quizá cincuenta veces.

—Me parece que tu hermano tiene una infección neuronal que podría venir de la base del cerebro —dijo la muerte—. Aunque claro, no he estudiado medicina.

El niño estaba empezando a cansarse de que la muerte anduviera siempre por allí, todo el día de cháchara, dale que te pego. Hablaba por los codos. Más abajo, donde las aguas marrones y amargas del golfo traían una espuma sucia, la muerte habló de los husos horarios y la velocidad de la luz. Debajo del gran árbol del patio, la muerte habló de unas piñas de las que solo salían los piñones cuando ardían. Debajo de la ventana del hermano, la muerte dijo —mientras observaba a la madre y a la curandera negra— que la estatua marrón de la chica que sujetaba la caracola junto a la oreja era de vulgar terracota.

—Pues yo creo que es muy valiosa —dijo el niño.

—Sí, claro, como ancla para un barco —dijo la muerte.

La madre le pidió al niño el dinero del alquiler para llamar a un médico de verdad. Vino el hijo de la dueña con un amigo que olía a vómito y el amigo que olía a vómito le tiró un terrón sucio al niño que

le dio en la boca. El hijo de la dueña abrió la puerta principal de una patada. El niño se había olvidado de que había sacado el dinero del alquiler del bolso, así que sujetó con fuerza la correa hasta que el hijo de la dueña la rompió y le dijo: «Ahí tienes tu recibo», y le arreó dos sopapos en la oreja. El hijo de la señora y el amigo que olía a vómito arrancaron el coche con gran estruendo y se largaron con el bolso, llevándose en su interior la sombrilla amarilla plegada, doce escorpiones blancos y treinta —quizá incluso cincuenta— escorpiones marrones en el bolso impermeable. La muerte se rio desde la copa del árbol.

La muerte no dejaba al niño ni a sol ni a sombra. Dijo que quizá la cura con escorpiones podría haber funcionado o quizá habría matado al hermano de una vez por todas. Habría dependido de si la curandera negra era capaz de idear un método bueno para extraer la neurotoxina y dejarle en un estado de *shock* moderado para bajarle la fiebre.

—Supongo que en teoría es posible que funcione, quizá en un laboratorio —dijo la muerte, y el niño, sujetándose la oreja donde ahora tenía un pitido, dijo:

—Tú lo que quieres es una forma fácil de quitarme a mi hermano.

La muerte dijo que el niño la había malinterpretado.

—Pero bueno, ya estoy acostumbrada, soy una incomprendida —empezó otra vez la muerte—. Y vilipendiada.

El niño dejó a la muerte con sus monólogos en el patio delantero. Sonaba, para el oído bueno del niño, como el viento en el conducto de la estufa.

Al médico le pareció que no merecía la pena arriesgarse a que se rompiera el eje del coche por ir a ver al hermano, así que tomó todo el dinero del alquiler como compensación por haber ido andando, y dijo que le dieran friegas de alcohol al hermano y que le echaran unos polvos de sulfato en té con miel. El médico le puso al hermano una inyección y antes de salir dijo que al niño le hacía falta aceite de pescado, pero no les dio nada.

—¿Me has encontrado los escorpiones? —susurró la curandera negra cuando el médico ya se había ido.

—Tenía un montón, pero ya no —respondió el niño.

La mujer dijo que le trajera otro montón si no quería que su hermano se muriera.

—Esta noche —dijo la mujer.

La curandera negra no tenía fe en la inyección, ni en el sulfato, ni en el médico. Dijo que le había visto agarrar a recién nacidos por los talones y golpearlos contra un árbol en los sitios donde vivía la basura blanca de verdad.

—Tráeme esos escorpiones y que sea rápido —dijo.

La muerte se sentó en el conducto de la presa a mirar cómo hacía una cesta de juncos el niño. La muerte dijo que, con una cesta de juncos bien hecha como esa, le podías sacar a los turistas dos, o incluso tres dólares. Eso sí, el niño tendría que aprender a hacer el diseño de cruz trenzada, muy popular, en un lugar del lazo doble sencillo.

—Es para meter escorpiones —dijo el niño.

El niño dijo que se había fijado en que la muerte no había ido por la casa cuando vino el médico, y la muerte se rio y dijo que le gustaban los médicos, que podías hacer carrera siguiendo a los médicos. No, la muerte dijo que lo que había pasado es que tenía una cita que le llevó mucho más tiempo del pensado, y le ofreció al niño una galleta de la fortuna.

—No, gracias —dijo el niño, mientras hacía la cesta.

La muerte leyó el mensaje sobre su destino.

—A veces estas cosas no hay quien las entienda —dijo, y dejó que el papelito blanco cayera volando.

Esa noche el hermano le rompió la mandíbula a la madre. Le dio un puñetazo en sus malditos dientes de mono, esos dientes rojos que siempre estaban castañeteando.

Nadie sabe su hora. El hermano se recuperó, volvió a la guerra y después dirigió un pequeño y rentable negocio de importación hasta su muerte, a la edad de cincuenta y ocho años, por inhalación de humos. Había intentado salvar a un perro viejo con tres patas de un incendio en un almacén.

El hombre que olía a vómito murió de enfisema a la edad de setenta y dos años, tras vivir de la benevolencia del Estado. El Estado se deshizo de Bad Bob Cohen a la edad de cuarenta y uno con una inyección letal.

Se afirma, en la familia de la curandera negra y entre los que recibieron sus cuidados, que Dios la encomendó, que Dios la libró de la muerte por completo y que la elevó directamente al cielo, pues un día desapareció sin más.

La madre murió siete años después de la recuperación del hermano mayor. Su mandíbula no curó bien y su peso descendió hasta un nivel ligeramente por debajo de lo normal para su altura, dieta y disposición hereditaria. El deceso de la madre a la edad de cuarenta y ocho años por lo general se atribuyó a la pena, por haber encontrado a su hijo pequeño en la orilla del golfo de aguas cálidas y marrones. Según el adjunto del *sheriff* y el forense que condujo la furgoneta para ir a recoger el cuerpo, al parecer la parte de abajo de la cesta de

juncos que el niño llevaba se había abierto por algún motivo, como si la persona que hubiera hecho la cesta hubiera doblado los juncos al revés, haciendo una espiral hacia el centro en lugar de hacia los bordes, y el fondo se había roto con el movimiento y el peso de varios cientos de escorpiones. Le habían picado tantas veces que no se podían ni contar las picaduras. La neurotoxina, a la que el niño era muy alérgico, le había cerrado la tráquea, y cuando le encontraron en la orilla del golfo, ya estaba azul, con la lengua fuera, negra y moteada por las moscas. Era como si el niño hubiera corrido hacia el golfo cuando le picaron para beber el agua amarga y no hubiera podido beber. No pudo forzarse a beber aquella agua que sabía que no podía tragar, y solo la muerte le había visto mientras lo intentaba. La muerte le dijo: «Corre hasta el agua a beber, vamos, corre conmigo hasta el agua del golfo a beber», y el niño había tomado la mano extendida de la muerte porque estaba empezando a tropezar, y la muerte le animó: «¡Corre conmigo!», y el niño corrió con la muerte hasta que finalmente dejó de existir, pues la muerte se lo había llevado.

En cuanto al hijo de la dueña, es uno más entre tantos que desde hace mucho han caído en el olvido.

Agradecimientos

Por su generosidad, gracias de corazón a los herederos de Tennessee Williams, a John y Renee Grisham, y a la familia de Charles Hobson.

Por sus consejos, elogios, amenazas, ánimos, préstamos, proclamaciones, coches, furgonetas, ropa de bebé, oraciones, seguros, casas y cenas a las 3 a.m. en el Denny's: Tom Waits, Joe Kerr, Amy Hempel, Georges Borchardt, George Parker, Chase Crossingham, Margery Tabankin, Julie & Johnny, Susan & George, Kiersten & Bruce, Greg & Christine, Nan Talese, Gale Duke, Alice Sonnier, Elin Vanderlip, la familia Overtron, Etty y Claire.

M.R.

DIRTY WORKS

— Est. 2014 —

dirtyworkseditorial.com

NOTAS

[1] Serie estadounidense de dibujos animados, retransmitida entre 1964 y 1973, con un perro superhéroe como protagonista. En los doblajes latinoamericanos, este superperro recibió el nombre de Underdog (igual que en el original en inglés) o Super Can. (*N. del T.*)